



VIAJE DESDE EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

Luis Carlos Lapuente Casajús

Abril 2012



1

A veces disfrutamos de lo que no hemos codiciado, contemplamos lo que no hemos querido y queremos lo que no hemos debido desear. Julio se quedó atónito al ver la noticia en el Telediario. No podía creer ni admitir lo que estaba presenciando y por supuesto estaba contemplando algo que nunca habría querido ni imaginar. Su amigo Enrique había sido asesinado.

Unos pistoleros habían entrado en su despacho de la calle Atocha y le habían descerrajado dos tiros, muriendo en el acto. Pero no fue el único; cuatro compañeros más murieron en el tiroteo y otros cuatro resultaron heridos. Uno de los heridos era una mujer embarazada, esposa de uno de los fallecidos, quien perdió el hijo que estaban esperando.

Esta fue la seca y fría noticia tal y como la leyó el presentador del noticiero. Pero Julio sabía que ese crimen no se iba a quedar en un mero artículo en la crónica de sucesos. Se iba a hablar, y mucho, de aquel crimen, que a partir de entonces fue conocido como *La matanza de Atocha de 1977*.

Una vez conoció la noticia, salió a la calle para dirigirse al número 55 de la cercana calle de Atocha. Cuando llegó, todavía había varias furgonetas de la Policía Nacional aparcadas en la puerta y el revuelo de periodistas hacía casi imposible acercarse ni siquiera al cordón policial. Allí, unos grises individuos con el estrecho bigote que caracterizaba a todos esos tipos con un mínimo de poder en las fuerzas de seguridad, herencia de tiempos todavía vigentes,



atendían a los chicos de la prensa dándoles todas las largas que podían, al principio de buenas maneras pero luego despachándolos a empujones, como bien sabían y estaban acostumbrados; la paciencia y equidad que les exigían sus nuevos responsables todavía no había calado entre ellos; tan sólo eran palabras bonitas que no conducían a nada.

Julio se asustó con el sonido de la sirena de un Seat 1500 que llegaba a toda velocidad, al que imaginó trayendo a algún alto cargo del Ministerio. Se quedó mirándolo y vio salir a un hombre alto con una gabardina gris al que reconoció de inmediato y cuya aparición le produjo un estremecimiento que lo ponía en alerta. Era el Comisario Redondo, un viejo conocido suyo con el que había tenido alguna entrevista no muy amistosa en los sótanos de la Casa de Correos de la Puerta del Sol. Todavía, en los días fríos, como ese 24 de enero, la cicatriz que le hizo Redondo hacía ya unos años, le molestaba y le tiraba en la cara, dibujándole una sonrisa no muy alegre. Ahora se había dejado barba para disimularla, pero aun así la chapuza del cirujano de La Paz que le atendió marcaba un visible surco en su delgada y aquilina cara.

Julio se subió el cuello de su pelliza de piel vuelta para protegerse del frío y la lluvia que empezaba a caer en ese momento en Madrid mientras recordaba la última vez que había estado con su amigo Enrique. Fue en la inauguración de un café en la calle de Ruiz, en el barrio de Malasaña y allí, entre copas y risas, Enrique le comentó que en el despacho andaban bastante revolucionados, pero no le quiso contar nada más. Sabía que se estaba metiendo en algo grande, quizá muy grande para él, pero era de la opinión de que la gente no suele hacer nada a la espera de que lo hagan los demás y él no quería ser así; necesitaba comprometerse, luchar por algo, creer que su vida tenía un cometido fuera de sí mismo. Estaba a un tiempo nervioso y exultante, como si estuviera a la espera del mayor acontecimiento de su vida.

Enrique Valdevira era un abogado laboralista de Comisiones Obreras y militante del Partido



Comunista, todavía ilegal en aquellos momentos, aunque ya se empezaba a ver cercana su legalización. Trabajaba con pasión y honestidad en un despacho con otros compañeros de sindicato y de partido defendiendo con ímpetu y entusiasmo los derechos de los trabajadores lo poco que las obsoletas leyes les permitían, intentando forzarlas siempre al máximo o buscándoles la vuelta para tratar de conseguir algo de lo que ellos llamaban justicia social. Julio seguía sin poder creerse que alguien tan lleno de vida, con tantos proyectos para el futuro y tanta energía para abordarlos, ahora estuviera muerto, casi con total seguridad a causa de sus ideales.

Eran ya más de las dos de la madrugada y Julio decidió irse a dormir. Allí no hacía nada y ya estaba calado y aterido y la muerte de su amigo Enrique pesaba sobre su ánimo como una losa. A pesar del frío y la lluvia decidió irse caminando hasta su pequeño apartamento de la calle Tetuán, justo encima del mítico *Casa Labra*. No era gran cosa, pero sus ingresos de detective privado eran muy variables y no se podía permitir muchos lujos. Lo que sí había tenido siempre claro era que quería vivir allí, aunque fuera con humildad, cerca del café donde se fundó el Partido Socialista, allá por 1879 y del que luego se escindiría el Partido Comunista. Ahora se preveían nuevos y buenos tiempos para estos, pero la matanza de aquella noche hacía cubrir con grandes y negros nubarrones ese halagüeño futuro.

Cuando llegó a casa se dio una ducha de agua caliente, casi hirviendo. Era lo que más le relajaba y esa era la mejor hora para ducharse porque la instalación de la fontanería del edificio tenía más de cincuenta años y por el día, con el uso de los vecinos, sólo conseguía un hilillo de agua que no le llegaba ni a mojar el pelo de la barba.

Una vez se vistió, se preparó un café caliente, sacó una de sus libretas con hojas pautadas, un nueva para la ocasión, y empezó a anotar detalles sobre lo que recordaba de su conversación con Enrique, de cómo estaba la situación de la política nacional, sobre todo en cuanto a la legalización del partido y de todo aquello que le podía servir para iniciar la



investigación. Quizá nada de aquello tuviera que ver con lo que había pasado aquella noche, o quizá sí, pero de momento era lo único que podía hacer y con lo único que iba a poder tranquilizarse y sentirse útil.

Acababa de tomar la decisión de dedicarse por completo a averiguar qué había pasado, porqué habían asesinado a Enrique, a los también abogados Luis Javier y Francisco Javier, al estudiante de derecho Serafín y al administrativo Ángel y habían herido a Miguel, Alejandro, Luis y Dolores, quien había perdido a su hijo y a su marido, el abogado Francisco Javier. Ella iba a sufrir un trauma para toda la vida. “*Yo no podría superarlo*”, pensaba Julio mientras escribía frases inconexas en su libreta. Así era como solía siempre empezar un caso, anotando detalles e ideas con las que emprender la investigación. Solía intentar abstraerse de las implicaciones emocionales que siempre tenían sus trabajos ya que estaba seguro de que esa forma de trabajar era la única garantía de éxito. Esto casi nunca le suponía ningún problema ya que no solía tener ningún contacto con sus clientes o sus investigados, pero esta vez iba a ser diferente. Estaba convencido de que los coletazos del régimen habían llegado demasiado lejos esta vez y esto no se podía quedar impune. A pesar de su malparada economía, tenía que dejar sus pocos trabajos en curso y dedicarse en cuerpo y alma a éste.

Después de anotar en su libreta sus impresiones y las diferentes vías por las que seguir, o mejor dicho, por las que comenzar la investigación, empezó a sentirse mal, como casi todas las noches, aunque esta vez había estado tan absorto en sus pensamientos que casi no se había dado ni cuenta. Cuando estaba cansado y se acercaba la media noche solía tener problemas con la vista, que se le nublaban, y dolores en la parte derecha del cuerpo, incluso en alguna ocasión había tenido una sensación de mareo e incluso de vértigo que, aunque no le resultaba del todo desagradable sí que le incapacitaba por completo, aunque hasta entonces sólo había sido de forma momentánea.



Casi siempre se le pasaba yéndose a dormir, así que nunca había acudido al médico, cosa que por otro lado le desasosegaba bastante, ya sólo con pensar en él. Los hospitales le resultaban tanto o más desagradables que los bajos de la Real Casa de Correos de la Puerta del Sol. Se levantó como buenamente pudo y se fue al lavabo de su minúsculo cuarto de baño. Al mirarse en el espejo, casi no se reconoció. Había adelgazado mucho y la barba le hacía aún más delgado. La pesadumbre y la desazón le atormentaban cada vez más.

¿Cómo se pasa la vida? Nos esforzamos con valentía, día tras día, en conseguir nuestro papel en esta comedia fantasma. Como primates que somos, lo esencial de nuestra actividad consiste en mantener y conservar nuestro territorio de tal suerte que nos protege y nos acaricia, en ascender o en no descender en la escala jerárquica de la tribu. Hablamos del amor, del bien y del mal, de filosofía y de la civilización y nos aferramos a estos iconos respetables como una garrapata sedienta a su gran perro sudoroso.

Pero todo esto ya no iba con Enrique. Él ya no podía sentirse feliz, ni desasosegado, ni podía disfrutar del placer de vivir ni de la condena que a veces puede parecer ese mismo hecho de vivir. La vida debería de ofrecernos suficientes razones para seguir viviendo sin necesidad de optar por la radical solución de la autoaniquilación.

Con estos pensamientos royéndole el espíritu, haciéndole sentirse cada vez más pequeño, con un vértigo trepidante, Julio se echó a dormir.



2

Más descansado y de mejor humor, después de desayunar en Casa Labra, como acostumbraba todos los días desde hacía siete años, justo desde el día que cumplió los treinta y se mudó a su apartamento, Julio fue caminando hacia la calle Atocha, a ver qué se movía por allí.

Conforme se fue acercando al lugar donde la noche anterior se habían perpetrado los asesinatos, la densidad de población iba en aumento según iba subiendo por la calle del Correo, algo extraño una mañana de martes del frío enero de 1977, a pesar de lo céntrico de la zona. Al llegar a la plaza de Antón Martín no pudo ni siquiera atravesarla debido al gentío que allí se hacinaba para condenar el atentado, increpando a la policía y llamándoles asesinos. Parecía que la muchedumbre ya había ejercido de jurado y había condenado a los policías como autores de los asesinatos. Julio estaba seguro de que ellos no habían tenido nada que ver, o al menos así le hubiera gustado creerlo. Había visto muchos crímenes por parte de la policía, en especial durante los últimos años del régimen franquista, pero ninguno tan sangriento, cruel y cobarde como el que se había producido la noche anterior en el despacho de Enrique. Allí empezó a propagarse, entre los corrillos que se habían formado, que el entierro iba a ser al día siguiente y que había que conseguir congregarse a cuanta más gente mejor para que el gobierno supiera cuáles eran los verdaderos sentimientos de la mayoría de la gente, quien no iba a permitir una vuelta atrás.

El 26 de enero de aquel año límite, fronterizo entre la dictadura y la democracia, se intentó



desde los colectivos progresistas de letrados del Colegio de Madrid realizar en su propia sede el velatorio de los compañeros e instalar su capilla ardiente en el mismo salón de plenos del centro, que se encontraba en la Plaza de la Villa del Conde de París. El Ministerio del Interior no podía garantizar la seguridad en aquellas circunstancias, hasta que, gracias a diferentes negociaciones colegiales, tanto con su equipo decanal, como con algunos letrados, se consiguió instalar la capilla ardiente de los que murieron asesinados en Atocha en el mismo Colegio de Abogados. Las negociaciones, por tanto, finalizaron con satisfacción para todos y, así, muchos colegiados, sindicalistas, camaradas del partido, trabajadores, ciudadanos madrileños y venidos de otras ciudades de toda España, pudieron asistir aturcidos, solidarios y compungidos a la impresionante manifestación de dolor común compartido en aquellas horas madrileñas. La contención, el silencio, la rabia y la impotencia que recorrió la concentración en las Salesas, transformada en manifestación silenciosa y espontánea de duelo y de dolor, fueron raíces del proceso de construcción democrática que volvió a reiniciarse tras aquella semana negra de Madrid. En los dos días previos a la matanza habían muerto otras dos personas, una a manos de la Triple A, un grupo parapolicial de extrema derecha de origen argentino, y otra por un bote de humo lanzado por la policía en una manifestación por la muerte del primero.

Julio se acercó todo lo que pudo a la cabeza de la manifestación, para ver quién se encontraba por allí cuando por detrás sintió que alguien se acercaba a él y le ponía la mano en el hombro. Era la de Ezequiel, un amigo de la infancia y también afiliado al sindicato comunista.

– ¿Qué te parece esta salvajada, Julio? –le preguntó Ezequiel–.

– ¿Tú que crees que me puede parecer esto? Ni siquiera los terroristas de la ETA son tan sanguinarios. Esto tiene unos tintes políticos que clama al cielo. Estoy destrozado. Ya sabes que era muy amigo de Enrique y esto me está superando –respondió Julio con un escalofrío



que le recorrió todo el cuerpo—. Nada más de pensar en lo que pudo pasar allí...

– Esto no se puede quedar así, pero no sé qué es lo que podemos hacer –se lamentó Ezequiel–.

– Pues de momento acompañarles en el entierro. Yo después intentaré investigar por mi cuenta qué ha podido pasar, quién les ha hecho esto y, sobre todo, quién lo ha ordenado. Porque estoy seguro de que esto no ha sido un simple robo. Enrique andaba metido en algo y quiero saber qué era –dijo Julio decidido–. Voy a dejar todos los casos en los que ando trabajando y me voy a dedicar por completo a éste –aunque eso no le iba a costar mucho, ya que sólo tenía como actuales clientas a un par de esposas engañadas por sus maridos, algo que no le iba a procurar muchos ingresos–.

Julio temía que la manifestación se tornara violenta y que pudiera haber altercados entre la policía y los manifestantes, pero ocurrió todo lo contrario. Se dio la situación paradójica de que las fuerzas de seguridad protegieron a los miembros y simpatizantes de un partido ilegalizado. Julio se quedó pensando en lo que estaba viendo. Creía que aquella situación era un signo de lo que podría producirse en España en ese momento histórico. Parecía que de verdad Suárez estaba dispuesto, pesase a quien pesase, a legalizar a los partidos opositores al régimen y dar paso así a una verdadera democracia, con muchos opositores internos que añoraban el poder perdido y la dictadura como medio para sus fines, una democracia con cuarenta años a las espaldas que todavía pesaban como una losa, tanto que le costaba un mundo moverse a cada paso, una democracia recién nacida con todo un futuro por delante con Adolfo Suárez como padre adoptivo y con una madre desaparecida y a la que era necesario encontrar, pero una democracia al fin y al cabo. Había costado mucho volver a tenerla delante así que no había que dar ningún paso en falso.

Sentía de verdad que era un momento clave para el devenir a corto plazo, y también



presentía que él debía de jugar un papel en la guía de la recién nacida, ayudándole a dar algún pasito más. También presentía que los melancólicos del régimen y del poder que gozaban en él, harían todo lo posible por volver a tener ese poder, aunque fuera reaccionario y en contra de lo que la historia parecía tener preparado para un país que siempre había sufrido sus propios miedos e incompetencias, pero que también tenía las genialidades necesarias para poder ser un ejemplo de la decisión de su propio futuro. Como decía Antonio Machado, España, la tierra de las negligencias lamentables, ha sido también el pueblo de los aciertos insuperables. Y Julio estaba convencido de que esta vez estaba a punto de consumir uno de esos aciertos.

Julio era conocido en Madrid, en los ambientes opositores al régimen, por su incesable lucha por la conquista de las libertades perdidas cuarenta años atrás, y también muy afamado por sus visitas repetidas a la Casa de Correos de la Puerta del Sol, donde los miembros de la Dirección General de Seguridad le hacían pasar con periodicidad para hacerle interrogatorios, intentar sonsacarle algo de información o sin más intención que desahogarse y darle una buena somanta de hostias. Fue en una de esas visitas cuando al Comisario Redondo se le fue la mano y le dio un puñetazo con un vaso en la mano que al romperse le hizo un tajo en la cara, que ahora lucía como una impresionante cicatriz que le cruzaba desde el ojo hasta el labio del lado derecho de la cara. Aunque peor parado salió el policía, con los tendones de la mano rajados e irre recuperables con la cirugía existente en aquel momento, obligándole a aprender a disparar con la izquierda y a tener que delegar en otros las palizas a los detenidos, con lo que a él le gustaban. Los dos meses que tuvo que pasar en el hospital por la herida de la cara le hicieron adelgazar casi treinta kilos y adoptar un aspecto lamentable y enfermizo que no le hacía honor a su vitalidad y al instinto natural que le hacía sentir allí donde otros ni siquiera veían ni el menor vínculo, lo que le convertía en uno de los mejores en su terreno. Y ahora era la ocasión de demostrarse a sí mismo y a sus



compañeros que de verdad era capaz de descubrir lo que los demás no podían.

Julio siguió la manifestación en la que se había convertido el entierro, más pendiente de los que intentaban reventar la marcha que de manifestar el luto que sentía por Enrique y sus compañeros. Miles de personas habían decidido dejar atrás el miedo a las represalias y a las porras y se habían lanzado a tapar la calle para mostrar su repulsa por el atentado y su deseo de que la democracia siguiera hacia adelante. Pero también había muchas personas que habían salido para insultar a los manifestantes, individuos reaccionarios contrarios a la evolución de la sociedad. Por suerte, se decía Julio, había personas que eran capaces de pensar y crear así nuevos valores para esa misma sociedad e incluso establecer nuevas normas morales a las que se adapta la vida de la comunidad; sin personalidades creadoras capaces de pensar y crear con independencia, el progreso de la sociedad es tan inconcebible como la evolución de la personalidad individual sin el suelo nutritivo de la comunidad. La salud de la sociedad depende tanto de la independencia de los individuos que la forman como de su íntima cohesión social. En la política de otros países, Julio había observado que no sólo faltaban dirigentes sino que había disminuido en gran medida el espíritu independiente y el sentido de justicia del ciudadano. Creía que en ese momento en España se podría producir la situación contraria si los grupos interesados en la involución no conseguían sus objetivos.

Los ideales y las creencias derivados de la experiencia histórica, el anhelo de justicia y libertad han sido de inmediato aceptados por el hombre y pisoteados siempre por la misma gente bajo la presión de sus instintos animales. Una gran parte de la historia la cubre la lucha por esos derechos, una lucha eterna en la que no habrá nunca una victoria definitiva, pero desfallecer en esa lucha significaría la ruina de la sociedad.

El instinto de Julio le permitía identificar con rapidez a aquellos que estaban en la manifestación para intentar generar incidentes que dieran al traste con la marcha pacífica,



convirtiéndola en una batalla campal y así hacer intervenir a las fuerzas de seguridad. Por todas partes veía sospechosos y en más de una ocasión pudo evitar que alguien lanzara algún insulto o alguna provocación, pero él sólo bien poco podía hacer. No obstante, los manifestantes se dedicaron a ignorar los ataques que provenían de los reaccionarios e inmovilistas del régimen y aquellos que intentaban ir más allá de las palabras eran repelidos por la Policía.

Conforme avanzaba la manifestación, Julio se fue relajando y se dedicó a proclamar consignas con el resto de los manifestantes, reclamando la legalización del Partido Comunista, la recuperación de las libertades perdidas y que se hiciera justicia con los asesinos y sus líderes. Al final de la manifestación se le acercó un viejo conocido:

- Hola Julio. Tienes que averiguar qué ha pasado –le dijo Marcelino Camacho–.
- Hola Marcelino. De eso puedes estar seguro –respondió Julio antes de darse la vuelta. La voz de Camacho le resultaba inconfundible–.
- No creo que haya sido cosa de unos pistoleros. Hay que ir más allá de los meros hechos, Julio.
- Yo también lo creo así, pero para saber toda la verdad hay que empezar por el principio. Hay que saber quiénes fueron los pistoleros y porqué los mataron. Sólo a partir de ese momento podremos ir hasta el fondo del asunto. La última vez que estuve con Enrique me dio a entender que estaban metidos en algo gordo; no me extrañaría que su asesinato tuviera que ver con ese asunto. Lo primero que quiero hacer es entrar en el despacho antes de que lo hagan otros. ¿Cómo podría entrar en el despacho?
- Toma –le dijo Camacho ofreciéndole una llave–. Ve cuanto antes.

Nada más terminar la manifestación, Julio se fue hasta la calle Atocha nº 55 para tratar de



entrar en el despacho. Para su sorpresa, no había nadie en el portal de la entrada, así que subió las escaleras y llegó hasta la puerta del despacho. El precinto que rodeaba la puerta, tapando la rendija de unión con el marco, había sido rasgado. Al verlo, el instinto de Julio le hizo echar la mano debajo de la axila para comprobar si llevaba la pistola, una Smith & Wesson modelo 29, con el cañón de 102 mm., que había adquirido en el mercado negro y que le había sacado de más de un apuro. Desenfundó el revólver y abrió la puerta.

Nada más abrir, comprendió que allí no iba a encontrar a nadie y que no era el primero en haber entrado en el despacho después de que la policía lo precintara. Fuera lo que fuera que andaba buscando, si alguna vez estuvo allí, ahora ya habría cambiado de manos. No obstante, una vez dentro decidió echar un vistazo, por si encontraba algo que le diera alguna pista.

El piso constaba de cuatro habitaciones habilitadas como despachos, una sala de reuniones, en lo que en su día debió de ser un amplio salón, un baño y una cocina preparada a modo de office, con una cafetera y una nevera como únicos elementos en la estancia.

Todo el suelo del bufete se encontraba cubierto de papeles esparcidos. Sólo había papeles; no había ni lámparas, ni libros, ni cajas; sólo papeles tapizaban el suelo. “*Está claro que lo que buscaban eran documentos*” pensó Julio mientras observaba con detenimiento todas las estancias, una por una, todas ellas en la misma situación.

En la mesa de Enrique había una fotografía de su mujer y otra de un grupo de amigos, de “*camaradas*” como le gustaba decir a Enrique, entre los que se encontraba Julio, mucho más gordo y sin la cicatriz y la barba que ahora le caracterizaban y con un puro en la boca, “*como Fidel*”. Se quedó observando la fotografía durante un buen rato, recordando el momento en que se la hicieron, el último curso de la carrera de Derecho, después de una fiesta clandestina de las que solían organizar a finales de los sesenta, en las que empezaban por



hablar de política y terminaban bastante borrachos.

Julio siempre le decía a Enrique que él sí había aprovechado sus estudios, usando sus conocimientos para luchar por lo que creía justo y no como él, un detective mediocre que se ganaba la vida persiguiendo a maridos de esposas desengañadas que querían chantajearles o al menos tener pruebas que poder echárselas en cara.

Esta vez Julio sentía que iba a ser diferente. Por primera vez en su vida sentía que el trabajo que iba a realizar era importante, no sólo para él sino, con toda probabilidad, también para el futuro de la democracia en España, aunque en ese momento lo que más le importaba era poder decirle a la madre de Enrique que sus asesinos iban a pagar por el brutal crimen que habían cometido.

Apoyó de nuevo la fotografía en la mesa y siguió dando una vuelta por todo el piso, buscando algún sitio en el que hubieran podido ocultar unos documentos. Fue golpeando todas las baldosas de terrazo que pavimentaban las estancias para ver si alguna estaba hueca por debajo, miraba detrás de los cuadros, en los cajones buscaba dobles fondos y en los armarios diferencias de grosor que permitieran albergar cobijo para unos pocos papeles. Nada.

Estuvo buscando durante más de dos horas, sin obtener resultado alguno hasta que por fin desistió, cogió la fotografía en la que aparecían él y Enrique juntos y salió del apartamento, dejando todo como estaba cuando entró.

Al salir se topó con un anciano que bajaba las escaleras ayudado de un bastón. Cuando el abuelo apoyó su cayado en una de las baldosas del rellano, Julio notó por el sonido que debajo de esa losa había un hueco. Esperó a que el anciano vecino del despacho hubiera bajado y entonces, ayudado de la navaja que siempre le acompañaba, levantó la baldosa descubriendo debajo una cavidad en la que había una carpeta con varios documentos y



fotografías.

Con rapidez y con el corazón latiéndole a toda velocidad, cogió el portafolios, recolocó la baldosa y salió a la calle jadeando y sudando a pesar del frío reinante, con un viento helador que cortaba la cara y una lluvia fina que calaba hasta los huesos.

Ya oscurecía cuando Julio llegó a la calle Tetuán. En lugar de subir a su pisito entró en *Casa Labra* a tomarse un café y entrar un poco en calor. El paseo desde la calle Atocha, aunque no muy largo, le había bajado la temperatura y la ansiedad. Dejó la carpeta en la mesa y se tomó el café sin apartar los ojos de ella. No sabía qué se podría encontrar tan importante como para matar a cinco personas y porque no pudieron matar a más.

Se sentía como si tuviera que volver a reconstruir su identidad, ese embalaje mal estructurado y efímero, tan frágil que viste la desesperación y cuenta las mentiras en las que es necesario creer. Cuando las máscaras caen porque una crisis sobreviene, como estaba ocurriendo en ese momento en el que la muerte se manifestaba en toda su crudeza, la verdad es terrible. En estas situaciones son en las que uno siente odio de sí mismo, lo que le conduce a convertirse en un muerto en vida, a anestesiarse los malos sentimientos pero también los buenos, para no experimentar la náusea y la rabia de sí mismo.

El ánimo se le fue templando a la vez que el cuerpo, pero no conseguía reunir el valor necesario para poder abrir la carpeta, por miedo a lo que se pudiera encontrar, se decía, pero era más bien por el pánico a encontrarse consigo mismo.

Subió a su casa y se dio una ducha. A caerle el breve hilillo de agua sin presión sobre la cara, aún aterida, Julio pensaba que la espera es insoportable, ese período de inactividad suspendido del “*no todavía*” por el que sentimos la inutilidad de las batallas.

Permaneció sentado durante un largo rato, en el silencio, sin luz, paladeando el gusto del sentimiento amargo de lo absurdo. Se echó a dormir.



3

A la mañana siguiente Julio se despertó más animado y con el empuje necesario para poder afrontar la investigación. Ya tenía por dónde empezar. Había decidido ir a ver a Camacho y abrir juntos la carpeta para ver el contenido. El hecho mismo de estar con el dirigente del sindicato le producía una sensación de seguridad y de tranquilidad que no experimentaba junto a ninguna otra persona. Decidió tomar un taxi para ir a la sede central del sindicato ya que sabía que Camacho prefería trabajar a primera hora; así podrían aprovechar la mañana estudiando el contenido de la carpeta encontrada en el bufete de Enrique.

Cuando entró en el despacho estaba nervioso e impaciente por abrir el cartapacio. Se arrepintió de no haberlo abierto antes y haber analizado el contenido para así llevarle a Camacho la información ya mascada, pero para eso ya era tarde. Se sentó en la mesa enfrente de Camacho.

- Buenos días Marcelino. Ya tenemos algo por dónde empezar a buscar.
- Eso son buenas noticias, Julio.
- Ayer estuve en el despacho y me lo encontré todo patas arriba; parece que no fui el único que andaba buscando algo. Yo no sabía lo que era, pero quien estuvo antes de mí seguro que sí. Lo único que había revuelto eran todos los papeles y documentos del despacho; el resto permanecía en su sitio, o al menos tal y como yo lo recuerdo de la última vez que estuve con Enrique allí, hace unos meses.



– ¿Y cómo es que tú has encontrado esto y quien estuvo antes que tú no? –preguntó Camacho–.

– Puro azar. La carpeta estaba debajo de una baldosa del rellano, ya fuera del piso. Ni a mí ni a quien haya estado antes que yo se nos hubiera ocurrido buscar ahí; Enrique sabía lo que hacía. Por casualidad me encontré con un vejete a la salida y al apoyar el bastón en una baldosa me sonó a hueco, así que me esperé a estar solo, levanté la baldosa y *voilà* –dijo Julio señalando la carpeta–.

– Bueno, pues no esperemos más, vamos a ver qué hay dentro tan importante que hay personas capaces de matar y de morir por ello –urgió Camacho, también impaciente–.

Camacho cogió la carpeta de cartón azul, desplazó las gomas que le servían de cierre y la abrió. Dentro había dos subcarpetas de cartulina, una roja y otra negra. Sacó la roja y la abrió sobre la mesa. El contenido eran sólo unas fotografías. En ellas se veían sobre todo a dos personas hablando en varios escenarios diferentes. Julio no conocía a ninguna de las dos personas, pero Camacho sí pareció identificar a una de ellas.

– El de la chaqueta oscura es Rafael Espinosa, juez de la Audiencia Nacional y ex-Secretario de Justicia en los últimos años del franquismo –dijo Camacho señalando a un tipo alto, trajeado, con el pelo peinado hacia atrás y un bigotito que a Julio le recordó a cierto personaje, mientras le recorría un escalofrío por todo el cuerpo–. Es un elemento con el que es mejor no toparse si no quieres acabar con tus huesos en la cárcel o algo peor. Haría muy buena pareja con tu amigo el Comisario Redondo–.

Según decía estas palabras, en la siguiente fotografía aparecía un tercer personaje al que Julio reconoció al instante, con un escalofrío, como el Comisario.

– Esto no me gusta nada –susurró Julio–. Tenemos a dos nostálgicos del régimen con una tercera persona en diferentes días y sitios y si están aquí es porque los tres están tramando



algo o implicados en algo que Enrique y sus compañeros habían descubierto.

– O más bien iban a descubrir –dijo Camacho–. Esta mañana he estado de madrugada en el Hospital de La Paz hablando con Miguel, uno de los heridos, el único que de momento ha podido contarme algo de lo sucedido. Él no vio nada porque estaba en el baño; oyó disparos y cuando salió vio a dos tipos salir corriendo. Uno de ellos al verlo le disparó dos veces al tiempo que cerraba la puerta, dándole en el hombro y en un costado.

– ¿Y te ha dicho algo de estos documentos?

– Él no estaba involucrado en la investigación, eran sobre todo Enrique y Luis Javier Benavides, pero según lo poco que sabía él, estaban a punto de descubrir algo gordo, pero no querían comentar nada hasta que no estuvieran seguros del tema.

– Así que tendremos que seguir esa investigación nosotros sin ninguna ayuda –dijo Julio mientras observaba la fotografía en la que aparecían el juez Espinosa, el Comisario Redondo y el desconocido. Al levantar la fotografía puso a la vista de Camacho la parte posterior de ésta–.

– ¡Mira Julio! Dale la vuelta a la fotografía.

Julio volvió la fotografía y vieron unas anotaciones: “*Redondo, Lahuerta y Espinosa en París. Apartamento de Lahuerta. ¿GRET? 12-12-1976*”. Volvieron el resto de las fotografías y en todas aparecían anotaciones similares, indicando los nombres de los fotografiados, el lugar donde se tomó la instantánea y la fecha. En algunas de ellas aparecían las mismas siglas entre interrogantes *¿GRET?* Todas las fotografías eran de menos de un año de antigüedad y la mayoría estaban tomadas en diferentes escenarios de París, salvo aquellas en las que no aparecía el desconocido, que habían sido tomadas en diferentes pueblos de los alrededores de Madrid.



– ¿Tú qué crees que significan estas fotografías? –preguntó Camacho–.

– Pues no sé, Marcelino, pero no creo que estén cambiando cromos de fútbol. Vamos a ver si lo que hay en la otra carpeta nos aclara algo.

En ese momento alguien llamó con los nudillos en la puerta del despacho de Marcelino Camacho. Sin pensarlo, Julio recogió las fotografías, las metió en su carpeta y las dos carpetas en el cartapacio.

– Tranquilo, Julio. Estoy esperando a alguien que quiero que trabaje contigo en este asunto. ¡Pasa! –dijo Camacho en voz alta–. Es Irene, una joven sindicalista digna de toda mi confianza. La conozco desde niña y sé que se puede confiar en ella sin ninguna duda – explicó al tiempo que la puerta se abría–.

Acto seguido entró Irene, una chica de 31 años, hija de la mano derecha de Camacho y ahijada suya. Vestía una falda larga estampada de flores y una pelliza similar a la de Julio. Tenía una larga melena castaña y nada más verla a Julio le recordó a su adorada Janis Joplin.

– Irene es licenciada en Ciencias Políticas y en Derecho. Me gustaría, si no te importa, que estuviera contigo en este tema. Además de ayudarte podría aprender mucho de ti y me harías un gran favor.

– ¿Es que no te fías de mí? –preguntó Julio un poco incómodo–.

– Todo lo contrario, Julio. Irene es casi como mi propia hija y no le encomendaría a nadie que no fuera de mi total confianza. Creo que podéis formar juntos un buen equipo y, quién sabe, a lo mejor aprendes algo de ella. Estoy seguro de que te sorprenderá.

Estos comentarios fueron realizados delante de Irene quien no pareció darse por aludida. Julio se levantó y le dio dos besos. Se sentaron y la pusieron al corriente de cómo había



encontrado Julio la carpeta y de lo que habían visto en las fotografías. Cuando Irene vio una de las fotografías de París, intervino en la conversación.

– Ese sitio lo conozco. Eso está en el barrio de Montmartre, cerca de la Basílica del Sagrado Corazón.

– ¿Conoces París? –preguntó Julio sorprendido–.

– Sí, estuve allí estudiando Ciencias Políticas hasta hace siete años –respondió Irene sin dar mayor importancia al tema–.

– ¿Entonces estarías en mayo del 68 allí? –siguió interrogando Julio–.

– Sí. Estudiaba en la Sorbona y estuve en las protestas iniciales. Tenía gran amistad con Daniel Cohn–Bendit y fui miembro de lo que después de denominó el grupo de *los ocho de Nanterre*. En la noche de las barricadas la policía, como a otros cientos de compañeros, me dio una paliza y me dejó ciega del ojo derecho. Antes llevaba un parche, pero llamaba mucho la atención y me he puesto un ojo de cristal – Camacho asistía gustoso a la conversación entre ambos, viendo que a Julio le iba cambiando la cara, pasando del desagrado a la atención–.

– Bueno, ya le contarás más cosas de tu paso por París. Ahora vamos a lo que nos ocupa – interrumpió Camacho–. Vamos a abrir la segunda carpeta para ver qué nos encontramos.

Julio recogió las fotos en la subcarpeta roja y abrió la negra. En ella había unas pocas fotocopias de facturas a nombre de Roberto Lahuerta de restaurantes parisinos, siempre de dos o tres comensales y, lo único con algo de interés, al menos a priori, una factura de una armería francesa por la compra de cuatro revólveres Smith & Wesson modelo 29, con el cañón de 102 mm., igual que la de Julio.

– Sería interesante acceder al informe policial para ver el tipo de munición empleada en la



matanza –dijo Julio–.

– Eso déjalo en mis manos –replicó Irene–. Tengo amigos en la policía que pueden informarme. No sé si conseguiré alguna copia del informe, pero seguro que ese dato sí lo podré conseguir.

Cada vez Julio se sorprendía más con Irene. Estaba empezando a sentirse muy a gusto en su compañía. Pasaron la mañana en el despacho de Camacho quien asistía como espectador a los intercambios de ideas y opiniones de Julio e Irene. Estaba satisfecho de la relación que parecía estar empezando entre ellos. Hablaron por supuesto de los asesinatos y de qué era lo mejor que podían hacer para avanzar en la investigación, pero también hablaron de muchos más temas, rayando incluso en lo filosófico. No era una discusión propiamente dicha ya que estaban bastante de acuerdo en casi todo, sino más bien una exposición de idearios y un intercambio de planteamientos frente a la sociedad.

Hubo un tema en el que se detuvieron bastante y fue en la necesidad de un pensamiento crítico para que la sociedad civil en general y la española en particular pudieran avanzar hacia un progreso real. Ambos estaban de acuerdo en que el pensamiento crítico, tal y como ellos lo entendían, era fundamental para el progreso de la sociedad. Consistía en el esfuerzo intelectual por no aceptar sin ningún tipo de reflexión, y por mero hábito, las ideas, los modos de actuar y las relaciones sociales dominantes, por conocer los fundamentos de las cosas de manera efectivamente real. Las acciones y fines del hombre no deben ser producto de una ciega necesidad; ni los conceptos científicos, ni la forma de vida social, ni el modo de pensar dominante, ni las costumbres prevalecientes deben ser adoptadas como rutina y practicadas sin crítica.

El verdadero objetivo del pensamiento crítico, según lo entendían ellos, no es la revelación de verdades inmutables, ni objetar sistemáticamente ideas, sino el cambio social, impidiendo



a los hombres abandonarse a las formas de conducta y a las ideas que la sociedad, en su organización actual, les dicta. Las acciones y fines del hombre no deben ser producto de una ciega necesidad.

Cuando los hombres, teniendo presente las coacciones y las limitaciones a las que está sujeta su situación vital, definen cuáles han de ser sus necesidades, sus fines colectivos y los valores que han de guiar su acción, sólo entonces es racional su vida y son dueños de su destino. Hoy en día, la razón instrumental, es decir, aquella que actúa con arreglo a fines, se ha asimilado al poder renunciando con ello a su fuerza crítica.

También estaban de acuerdo en que el mejor medio para conseguir un pensamiento crítico en la sociedad es la educación. Todo el espíritu que inspira la educación había de cambiarse por completo, a fin de que se pudiera animar a los niños a pensar y a sentir por sí mismos, y a no conformarse de forma pasiva con las ideas y sentimientos de los demás. No hay nada que estimule la iniciativa salvo cierta atmósfera intelectual, pero en ese momento se estaba aniquilando la individualidad y la libertad intelectual y forzando cada vez más a los hombres a amoldarse a un modelo único, a un modelo neutro que no tuviera la más mínima oportunidad de tener un comportamiento fuera de lo establecido, de lo considerado como correcto.

La sociedad en la que se habían inmerso la mayoría de países europeos y hacia la que caminaba España sin remisión, promovía una lógica cultural en la que se podía reconocer una ruptura entre la cultura de élite y la popular, con gran capacidad para desnaturalizar aportes de los individuos haciéndoles perder su carácter crítico o subversivo. La mercantilización de la cultura y del conocimiento provocaba la disminución de la distancia crítica desde la que resistirse y oponerse, así como la aparición de una creencia debilitadora de que únicamente existía el presente, que borraba toda noción del pasado histórico y, por tanto, el sentido de diferencia respecto del futuro. Había una falta de espacio para la crítica y para la resistencia activa en una sociedad habitada por individuos que habían perdido todo



sentido de la totalidad.

La incorporación de la cultura superior al trabajo diario y al tiempo libre, el consumo organizado de belleza, goce y dolor, se habían convertido en parte integrante de la administración social del individuo. La tensión entre cultura y sociedad, entre producción material e intelectual, había sido eliminada tan eficazmente que se planteaba la cuestión de si, dadas las tendencias predominantes en la sociedad, podía mantenerse todavía la distinción entre cultura y civilización. Más precisamente, ¿no había sido resuelta la tensión entre medios y fines, entre valores culturales y hechos sociales, por la absorción de los fines por los medios? Con la integración de la cultura en la sociedad, ésta tendía a convertirse en totalitaria incluso donde conservaba las formas y las instituciones democráticas.

La lucha contra la cultura de masas no podía llevarse adelante más que mostrando la conexión que existe entre la cultura masificada y la persistencia de la injusticia social. El mensaje subliminal de casi todo lo que pasaba por arte eran el conformismo y la resignación. La industria cultural esclavizaba a los hombres de una forma mucho más sutil y eficaz que lo hacían los rudos métodos de dominación practicados en eras anteriores. La falsa armonía de lo particular y lo universal era en algunos aspectos más siniestra que el choque de las contradicciones sociales, a causa de su habilidad para inducir a las víctimas a la aceptación pasiva. En definitiva, la industria cultural elevaba la imitación a la categoría de absoluto.

La cultura había contribuido siempre a dominar y a controlar los instintos, tanto los revolucionarios como los bárbaros, pero la cultura industrializada hacía aún algo más. Ella enseñaba a inculcar la condición que era preciso observar para poder tolerar de algún modo la vida despiadada. El individuo debía utilizar su disgusto general como impulso para abandonarse al poder colectivo, del que estaba harto. La afinidad originaria entre negocio y diversión aparecía en el significado mismo de ésta última, en la apología de la sociedad: divertirse significaba estar de acuerdo.



La industria cultural ofrecía como paraíso la misma vida cotidiana de la que se quería escapar. Huida y evasión estaban destinadas por principio a reconducir al punto de partida. La diversión promovía la resignación que se quería olvidar precisamente en ella. Por tanto, el engaño no residía en que la industria cultural sirviera distracción, sino en que echaba a perder el placer al quedar ligada, por su celo comercial, a los clichés de la cultura que se liquidaba a sí misma. La industria estaba interesada en los hombres sólo en cuanto clientes y empleados suyos. En cuanto empleados, se les llamaba la atención sobre la organización racional y se les imponía el incorporarse a ella con sano sentido común. Como clientes, en cambio, se les presentaba a través de episodios humanos privados, en la pantalla o en la prensa, la libertad de elección y la atracción de lo que no había sido aún clasificado. En cualquiera de los casos, ellos no dejaban de ser objetos. Aquella industria cultural era tan camaleónica que era capaz de rechazar tanto las objeciones contra ella misma como las dirigidas contra el mundo que duplicaba intencionalmente. Lo que se podría denominar valor de uso en la recepción de bienes culturales era sustituido por el valor de cambio; en lugar del goce se imponía el participar y estar al corriente; en lugar de la competencia del conocedor, el aumento de prestigio. El consumidor se convertía en coartada ideológica de la industria de la diversión, a cuyas instituciones no podía sustraerse.

Julio estaba de acuerdo con las ideas de Irene pero era ella la que sabía expresarlas. A pesar de su licenciatura en Derecho, a Julio no se le daba nada bien reflejar sus pensamientos ni plantear ideas o conclusiones; quizá por ello no se dedicó a la abogacía y sí a contentar a esposas despechadas. Era capaz de entrever donde otros ni siquiera sospechaban, sabía observar, analizar y deducir, pero no era una persona creativa ni sabía expresar en palabras lo que sentía o lo que quería transmitir. Junto a Irene, esa dificultad parecía desaparecer.

Al final de la mañana decidieron que lo mejor sería ir a París a intentar averiguar quién era el tal Roberto Lahuerta, porque tenía tantas entrevistas con el juez Espinosa, y alguna con el



comisario, y en definitiva, qué era lo que se traían entre manos, tan importante como para originar una masacre como la que había habido en el despacho de la calle Atocha. “*Si es que tiene algo que ver*” repetía Camacho después de cada intervención de Julio o de Irene, nada convencido de la relación entre lo que había encontrado Julio en el edificio de Atocha 55 y lo que allí había pasado unos días antes. “*Si es que tiene algo que ver*”.



4

Julio e Irene habían quedado en el vestíbulo de la estación de tren de Chamartín en donde iban a tomar el coche cama para dirigirse hacia París. Julio estaba bastante nervioso, no por lo que pudieran encontrar a orillas del Sena, sino por viajar con Irene. En los tres días que hacía que la conocía no se había separado de ella y conforme hablaban se sentía más y más fascinado por sus conocimientos, por su discurso, por su filosofía, por sus ojos pardos y por esa sonrisa que tanto le embelesaba. Irene parecía amar todo lo que hacía y en ello ponía todo su empeño, como si la vida le fuera en ello; no era una persona cínica como casi todas las que había conocido. Era bella como el día, era la belleza misma.

Cuando estaba con ella se producía una especie de milagro. Todas sus preocupaciones, todos sus odios y deseos, todas sus angustias, sus vulgaridades, sus clientas abigarradas con sus vidas arrastradas hechas de crisis, de gritos y de lágrimas, todas sus risas, sus luchas, sus rupturas, sus esperanzas frustradas y sus suertes inesperadas, todo, todo desaparecía de repente cuando se encontraba a su lado.

Faltaban sólo cinco minutos para la salida del tren cuando vio aparecer a Irene caminando sin prisas por el extremo del gran vestíbulo de la estación, como si la cosa no fuese con ella. O bien tenía una templanza a prueba de bombas o bien era un desastre. Fuera como fuese, se subieron al tren a la hora en punto en que este iba a partir y se acomodaron en sus respectivos compartimentos. A los diez minutos ya servían la cena en el coche–restaurante y se sentaron juntos a compartir una ensalada acompañada de unos espartanos filetes de



cerdo y una botella de un recio Monteviejo que les arañaba la garganta y les dejaba el paladar áspero como el albardín. Julio no podía evitar observarla. Intentaba adoptar un aire distraído y se armaba de fuerza para no acariciar la larga melena que casi llegaba a rozar el plato.

En los tres días que llevaban juntos, salvo en el despacho de Camacho, no habían cruzado todavía ni una sola palabra acerca de los asesinatos de los que ahora se dirigían a comenzar la investigación.

– ¿Por qué no me has comentado todavía nada acerca de la matanza? –preguntó Irene—. Se supone que vamos a investigar qué es lo que pasó en ese despacho, pero todavía no me has dicho nada.

– No he sacado el tema porque todavía no tenemos nada sobre lo que basarnos. Sólo podemos tener conjeturas y eso quizá nos pueda predisponer a una u otra acción en el curso de la investigación. En los años que llevo como investigador he comprobado que el no dar nada por sentado y la objetividad total es lo único que te puede asegurar el éxito. Además éste es un tema que me toca en lo personal, en lo político e incluso en lo intelectual y quiero tomar una cierta distancia con él.

– ¿Por qué te toca en lo personal?

– No sé si te lo habrá comentado Marcelino, pero Enrique Valdevira, uno de los abogados asesinados, era uno de mis mejores amigos –respondió Julio mientras le ponía encima de la mesa la fotografía que había cogido en el despacho—. Este es Enrique y el tonel que hay a su lado soy yo –dijo señalando la oronda figura que un día fuera suya—.

– ¿Este eres tú? –preguntó Irene incrédula, soltando una sonora carcajada—. Tiene un cierto aire a ti, pero nada más.



Julio le contó entonces su encuentro con el comisario Redondo, su estancia en el hospital y el porqué de su nuevo aspecto.

- ¿Ese comisario Redondo es el mismo de las fotografías?
- Así es. Parece que el destino no me quiere separar de él, ni siquiera en un asunto como este. Este hombre representa lo que más odio en una persona. La intransigencia, el complejo de superioridad, la prepotencia, el creerse estar en posesión de la verdad absoluta, el inmovilismo, el tradicionalismo, la violencia gratuita, ...
- O sea, que este asunto te toca en lo personal por ambos lados. Lo de Enrique en realidad sí lo sabía, ya me lo había comentado Marcelino, pero de lo de este elemento no tenía ni idea. He sacado el tema para que te sinceraras un poco, pero no tenía idea de que tu implicación llegara hasta tal punto. Estoy de acuerdo contigo en que la distancia y la objetividad son fundamentales, pero ¿tú crees que la puedes conseguir en este caso?
- Es probable que no, pero lo intentaré por todos los medios. Además estás tú para intentar ponerme los pies en el suelo –se confesó Julio mientras le cogía la mano–.
- Me alegro de que confíes en mí –respondió Irene poniendo su otra mano en la de Julio mirándole a los ojos–.
- Cuando me habló Marcelino de tenerte a mi lado me pareció una carga y un signo de desconfianza, pero conforme te voy conociendo veo que estaba equivocado. No sólo no eres una carga sino que sé que me vas a ayudar mucho a resolver este tema. Y ahora cuéntame cosas de cuando estuviste en París –dijo Julio para cambiar de tema mientras quitaba su mano de las de Irene–. ¿Estuviste en la marcha que llegó hasta el Eliseo?
- Sí, estuve allí con Herbert Marcuse.
- ¡Con Herbert Marcuse! –Julio no dejaba de sorprenderse–. Si es mi escritor favorito. Habré



leído *El Hombre Unidimensional* como una docena de veces. ¿Cómo lo conociste?

– Estuve en una conferencia que dio en la Sorbona y al final fui a que me firmara un ejemplar de ese libro. Yo iba con Daniel Cohn–Bendit que nos presentó, estuvimos charlando un rato y al final nos llegamos a hacer muy buenos amigos. Desde entonces nos hemos visto muchas veces, aunque hace ya bastante que él ya no viaja porque tiene ya casi los ochenta años y yo no tengo ni tiempo ni ganas de ir a Alemania, la verdad.

– ¿Y tuvo algo que ver con las revueltas del 68?

– ¡Y tanto! Él fue nuestro principal ideólogo. Ahí se desmarcó un poco de la Escuela de Frankfurt a la que pertenecía, ya que los demás defendían la teoría frente a la práctica, frente al paso a la acción. Marcuse se decidió por apoyar activamente el movimiento de protesta, que al principio fue contra la sociedad de consumo, pero después se extendió a todos los ámbitos político, económico, social y cultural. ¿Qué te pareció el libro? ¿Cómo lo interpretas?

– Creo que es una crítica de dos formas represoras de la actualidad, tanto el capitalismo occidental por un lado como el modelo soviético de comunismo o socialismo planificado por el otro. Para ello Marcuse argumenta que la sociedad industrial avanzada crea falsas necesidades, las cuales integrarían al individuo en el existente sistema de producción y consumo, focalizado a través de los medios de comunicación masiva, la publicidad y el sistema industrial. Este sistema da lugar a un universo unidimensional, con individuos que no piensan, donde no existe la posibilidad de crítica social u oposición a lo establecido.

– Estoy de acuerdo contigo, aunque no son solamente la velocidad y el alcance lo que distingue a los medios de comunicación de masas de sus predecesores; se introduce la cualidad nueva por la progresiva transferencia de poder del individuo al aparato técnico o burocrático, pero lo que ocurre en realidad es que en esta transferencia de poder se produce también una transferencia del sentimiento de responsabilidad, se exime al individuo de ser



una persona autónoma: en el trabajo y en el tiempo libre, en sus necesidades y satisfacciones, en su pensamiento y en sus emociones. Marcuse tenía la intención de llegar a esas conclusiones o más bien que sus lectores llegaran a esas conclusiones. Creo que esto tiene también bastante que ver con la conversación que tuvimos el otro día acerca del pensamiento crítico, ¿no te parece?

– Yo creo que el individuo creador, o creativo, empieza siendo una persona no conformista – Julio se expresaba como nunca había sabido–. En la sociedad establecida este individuo no puede ser realista sin traicionarse a sí mismo; su autonomía es la de su imaginación, que tiene su racionalidad y verdad propias, tal vez más válidas y más racionales que las del sistema, pero cuando se pone a vivir y a trabajar de acuerdo consigo mismo y con sus facultades, reconoce que debe dimitir de sí mismo y encontrar su autonomía en la razón más que en la imaginación –las palabras salían de boca Julio instintivamente–. En otras palabras, el individuo se encuentra a sí mismo en la medida en que aprende a limitar su persona y a reconciliar su felicidad con su ser infeliz: autonomía significa resignación.

– ¿Y cuál crees que debería ser la función de lo que Marcuse denominaba como aparato técnico? –preguntó Irene tan sorprendida como Julio del análisis de éste–.

– Debería de servir para crear un nuevo entorno natural y social, de forma que los seres humanos tuvieran sus propias ciudades, sus propias casas, su propio espacio de tranquilidad y esparcimiento; se convertirían en seres libres y aprenderían a vivir en libertad con los demás. Solamente con la creación de un entorno tan completamente diferente (que se halla tanto dentro de las posibilidades de la tecnología como fuera de las posibilidades de los intereses creados que la controlan), palabras como *belleza*, *creatividad* y *comunidad* designarían objetivos significativos; la creación de un entorno semejante sería en realidad trabajo no alienado.



Una vez que hubieron cenado se fueron a acostar. Irene se durmió a los cinco minutos pero Julio no podía conciliar el sueño. Estaba muy inquieto y lo único que le tranquilizaba un poco era saber que ella estaba al otro lado del panel de separación de los compartimentos.

Esto le tranquilizaba por un lado y le hacía estar desasosegado a su vez. Estuvo tentado de levantarse y entrar en el habitáculo de Irene pero al final terminó por convencerse que eso no sería una buena idea. Quizá sería forzar la situación. Él no estaba acostumbrado a manejarse en este tipo de circunstancias, siempre había tenido la frialdad necesaria para manejarse en cualquier coyuntura, pero el tener que luchar contra sus sentimientos era algo a lo que no estaba habituado y en lo que no sabía cómo actuar. Pasó toda la noche dando vueltas en el camastro del coche cama y entre sueños con Irene y sobresaltos por los movimientos del vagón, llegó la mañana y con ella el tren puntual a su destino.

En cuanto bajaron, Irene acudió a la zona del vestíbulo en donde se encontraban las cabinas telefónicas y realizó una breve llamada.

– Los mataron con dos Smith & Wesson modelo 29, con el cañón de 102 mm. –confirmó Irene–. Parece que no hubiera otra arma en el mercado.

– ¿A quién has llamado?

– Prefiero guardarme esa información.

– ¿Por qué? –preguntó Julio un poco molesto–.

– Creo que es mejor así. ¿A que tú no revelas tus fuentes? Eso es de primer curso de detective, me parece a mí ¿no? Además no viene al caso y así me lo ha pedido mi informador. Incluso me ha dicho que jurará no haber visto nunca el informe e incluso no conocerme, así que mejor lo dejamos. No quiero poner en evidencia ni mucho menos en peligro a mis amigos.



– Vale, tienes razón –reconoció Julio–. Vámonos.

A la salida de la estación tomaron un taxi hasta la rue Tholozé, donde se encontraba el hotel Des Arts en el que se iban a alojar, un pequeño y acogedor establecimiento en el corazón de Montmartre. Se registraron, dejaron las maletas y se fueron derechos a la rue Gabrielle, la que Irene había identificado en alguna de las fotografías en las que aparecía el tal Roberto Lahuerta con el comisario o con el juez.

Eran ya más de las diez de la mañana y la calle estaba bastante concurrida, así que se sentaron en un banco que había al otro lado de la calle a esperar, justo enfrente del portal que aparecía tantas veces en las instantáneas. Pasaron la mañana sin tener suerte ya que por allí no apareció nadie. A la una del mediodía Irene decidió irse a comer mientras Julio se quedaba en el banco de guardia. Fue a una crepería a la que solía ir cuando estudiaba en París pero se sintió decepcionada al ver que ya no tenía nada que ver con el ambiente acogedor que ella recordaba; aun así entró y pidió una crêpe salada y otra dulce que no le gustaron en absoluto. Su humor se volvió áspero y se acordó del dicho de que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver.

Regresó al banco donde Julio la esperaba impaciente con un hambre voraz. “*No vayas a la crepería de la rue Chappe*”, le advirtió Irene, pero como Julio no conocía nada de París, entró en el primer local que le pareció, un bistrot pequeño con mucho bullicio en el que había una pequeña mesa libre. Comió un solomillo de cerdo que estaba delicioso y una crêpe de canela y confitura de manzana que le levantó el ánimo. Cogió dos cafés en vasos de plástico y volvió con Irene que aún se puso de peor humor cuando Julio le contó su comida.

Pasaron la tarde sin más suerte que por la mañana, casi sin hablar, turnándose para dar una vuelta por los alrededores para ver si había más fortuna y de paso estiraban las piernas. A las ocho de la tarde ya casi no se veía un alma por la calle, así que decidieron irse al hotel. Irene



se fue a la cama de inmediato, sin cenar, pero Julio tomó un sandwich y una cerveza en la cafetería del hotel y se fue a dar una vuelta.

Bajó por la calle hasta el boulevard de Clichy, dándose casi de bruces con el mítico Moulin Rouge. Se quedó mirando su imponente fachada, un poco deteriorada, y siguió bajando por la rue Fontaine hasta que dio a parar en la rue Pigalle, donde le asaltaron prostitutas de todos los colores y tallas de sujetador. Fue tal la avalancha de invitaciones que llegó a aturdirse y volvió por el mismo camino al hotel y se metió en la cama.

A la mañana siguiente desayunaron a la seis de la mañana para poder estar temprano enfrente de la supuesta casa de Lahuerta. Julio le explicó a Irene su paseíto nocturno.

– No deberías andar sólo por la noche por este barrio y menos por la zona de Pigalle. Por las calles principales lo menos que te puede pasar es lo que te pasó a ti ayer, pero ni se te ocurra ir sólo por las calles secundarias o los callejones. Acabarías como mínimo sin cartera y quizá dando forma a una silueta de tiza en el suelo.

– ¡Eso se avisa, hombre! Bueno, ya no me volverá a pasar. ¿Ya estás de mejor humor que ayer?

– Olvidado. Pero es que me dio mucha rabia que destrocen un sitio que me traía tan buenos recuerdos. Venga, termina y vámonos antes de que se ponga en marcha nuestro amigo.

Esa mañana tuvieron más suerte que el día anterior. Nada más llegar al banco en el que pasaron el día anterior, vieron salir a Lahuerta del portal. Irene no lo había reconocido porque se había dejado crecer la barba e iba con chándal, pero Julio, que se preciaba de ser un gran fisonomista, lo reconoció al instante. Supusieron que había ido a correr así que decidieron separarse; Irene lo siguió por si estaban equivocados y Julio se quedó sentado en el banco, no sin antes ir a por un café bien caliente que le templara un poco en la fría mañana del invierno parisino.



Al cabo de una media hora volvió Lahuerta de correr un poco por el cercano parque de Montmartre, seguido a cierta distancia por una jadeante Irene, que no tenía muy buena forma física. Un rato después bajaba recién duchado y envuelto en una gabardina gris y otra vez decidieron separarse. Irene lo volvió a seguir mientras Julio iba a intentar entrar en su apartamento.

Nada más cruzar el portal fue a la pared de la izquierda, donde se encontraban los buzones para buscar el nombre de Lahuerta y así saber en qué piso vivía, pero no hubo suerte. En tres de los cajetines no había nombre, así que empezó por intentarlo en esos pisos. Primero subió a la tercera planta y llamó a la puerta, que fue abierta por una mujer de unos ochenta años. *“Excuse-moi, madame. Je me suis trompé”* dijo en un francés con acento de Lavapiés. Seguido subió a la sexta planta y llamó a la puerta de la derecha. No obtuvo ninguna respuesta ante lo que decidió sacar un llavero que llevaba con unos cuantos alambres en forma de gancho de diferentes tamaños. Cogió una de las ganzúas y en menos de veinte segundos estaba dentro del apartamento, que estaba vacío por completo. No obstante dio un repaso concienzudo por toda la casa por si fuera algún tipo de escondite, pero no encontró nada de nada, así que decidió subir al piso justo de encima, en la última planta. Llamó al timbre y tampoco obtuvo ninguna respuesta de modo que procedió como en el piso de abajo, aunque esta vez tardó bastante más rato ya que la cerradura era bastante nueva y más difícil de abrir con un trocito de alambre.

Por fin consiguió correr el pestillo y nada más entrar se le heló la sangre; en el recibidor había una fotografía ampliada del apretón de manos de Franco y Hitler en Hendaya flanqueada por las banderas de la Falange y la esvástica. *“Creo que vive aquí”*, pensó Julio. El apartamento era bastante pequeño, con un solo dormitorio, una pequeña cocina, un baño y una habitación que era usada como despacho y sala de estar. Todas las paredes estaban tapizadas con fotografías y carteles de tinte fascista y en el despacho se acumulaban los



panfletos de *Fuerza Nueva* y de una agrupación que él desconocía llamada *Alianza Nacional del 18 de Julio*. Estuvo ojeando alguno de esos panfletos que defendían los valores morales, nacionales, espirituales y cristianos, el nacional-socialismo o la unidad de España y que presentaban a Suárez como un demonio con cuernos y rabo. Dejó de mirar los pasquines y buscó por toda la dependencia para ver si encontraba algo que le diera alguna pista de por dónde seguir buscando. Lo primero que halló que le llamó la atención fueron dos cajas de Smith & Wesson modelo 29, con el cañón de 102 mm. con las leyendas en francés. “*Mucha casualidad*”, pensó abriendo las cajas para comprobar que estaban vacías. Las cerró y siguió buscando por el resto de la casa.

Mientras tanto, Irene había ido detrás de Roberto Lahuerta. Por suerte para ella fue caminando así que no tuvo que hacer ningún tipo de seguimiento de película. La primero que hizo fue entrar en un café a desayunar; en un principio Irene se quedó fuera a una distancia prudencial, pero hacía frío y le apetecía tomar uno de los deliciosos cafés que preparaban en los establecimientos de Montmartre, así que cambió de idea y entro en el local y tomó un café con leche mientras no le perdía ojo a Lahuerta que estaba dando buena cuenta de un croissant recién hecho, un croissant de los de verdad, no uno de esos que solía tomar en el bar de debajo de su casa en Lavapiés. De repente Lahuerta, sin terminar el desayuno, dejó un billete de diez francos en la mesa y salió a la calle a toda velocidad, como si se hubiera acordado de algo; anduvo a buen paso un par de manzanas y se metió en una oficina bancaria de BNP. Irene dudó de si entrar o no, pero pensó que sería mejor esperar en la calle para evitar cualquier tipo de sospechas. Compró un periódico en un quiosco y se sentó a leerlo enfrente de la puerta del banco; a cada titular que leía miraba a la puerta por si veía salir a Lahuerta, aunque pensaba que lo más probable era que trabajara allí.

Hubo una noticia que le llamó la atención, pero le interrumpió un individuo a mitad de artículo:

– ¿Por qué me estás siguiendo? –preguntó Lahuerta–.



- ¿Comment? –preguntó Irene – Je ne comprends pas.
- No me vengas con monsergas. Tú eres más española que la tortilla de patata. ¿Te crees que soy tonto o qué?

Irene hizo mención de levantarse pero Lahuerta la agarró del brazo tan fuerte que se sentó de inmediato.

- No hagas tonterías. Tú te vienes conmigo –dijo mientras se levantaba la gabardina y la chaqueta para mostrar una pistola que sin dudarlo Irene identificó como una Smith & Wesson–.

- Qu'est-ce que vous faites? –Irene siguió intentando despistar a Lahuerta–.

- Como vuelvas a decir una sola palabra en francés te meto un tiro aquí mismo.

- Un detective me encargó que le siguiera porque su mujer sospecha de usted.

- ¿El qué sospecha?

- Que viene a París a verse con una querida –arriesgó Irene–.

- ¡Esa zorra siempre igual! Anda, vete y dile que sí, que tengo una querida.

La suerte se alió con Irene. Sin pensarlo dos veces se levantó y se fue, pero decidió esperar un poco a una distancia prudencial por si Lahuerta volvía en dirección a su apartamento. Al ver que iba en dirección contraria, corrió a avisar a Julio para irse del piso antes de que volviera Lahuerta. Cuando llegó, se cruzó con Julio en el portal y le contó lo ocurrido.

- Has sido una imprudente. No tenías que haberte metido en el café. Y menos yendo tan guapa como vas hoy; es imposible que un hombre no se fije en ti –le reprendió Julio–.

- ¿De verdad piensas que estoy guapa? –coqueteó Irene–.



- Mucho, pero no me cambies de tema. Ahora mismo podrías estar muerta. A partir de ahora no nos separaremos.
- ¿Y tú qué has averiguado?
- No he encontrado ninguna pista clara, pero sí he comprobado que compró dos Smith & Wesson como las que se usaron para la matanza, que es un facha de marca mayor y que tiene acceso a documentos e informes reservados, como cabía esperar viendo las amistades que tiene.
- ¿Y esos informes sobre qué iban?
- No me ha dado mucho tiempo a verlos. Hay una máxima en este trabajo que dice que no puedes estar más de quince minutos en la propiedad de un investigado. Ahora vamos a ir a comprar unos cuantos carretes de fotos y al hotel a por la cámara para fotografiar los informes. Por lo poco que vi eran actas sobre reuniones de *Fuerza Nueva* y sobre un tal *Grupo de Recuperación* o algo así, que no sé lo que es.
- ¿Y vamos a volver ahora al apartamento? –preguntó Irene todavía con el susto en el cuerpo—. ¿Y si vuelve Lahuerta y nos encuentra allí?
- Tienes razón. Esperaremos a mañana a ver si sigue la misma rutina de hoy y entraremos a la misma hora. Ahora que ya sabemos cuál es el piso y dónde están los documentos no tardaré más de cinco o diez minutos.
- ¿Y qué hacemos hoy?
- ¿Qué te parece si me enseñas París? –sugirió Julio—.

Irene llevó a Julio a dar un paseo por París, por las zonas donde no van los turistas, casi siempre dirigidos por una chica con el paraguas en lo alto a modo de zanahoria que siguen



los burros. Estuvieron por las callejuelas de Montmartre, bajaron hasta el Sena, que cruzaron evitando pasar cerca de Notre–Dame, para después llegar al barrio Latino. Allí entraron en un bistro que, esta vez sí, estaba como lo recordaba Irene, donde tomaron una crema de calabaza y castañas crujientes, seguida de una careta de buey de *Aubrac* guisado y un bizcocho de ron de postre.

– Hacía tiempo que no comía tan bien –dijo Julio reclinándose en la silla y tocándose su inexistente barriga, tal y como hacen las embarazadas–. Ahora un café y un purito con una copa de coñac sería el colofón perfecto.

Irene hizo un gesto al camarero y de inmediato apareció éste con una caja de puros habanos de diferentes marcas y tamaños.

– Y lo mejor es que es muy barato; o al menos lo era cuando vivía aquí –dijo Irene–.

– ¿Tú lo pasabas muy bien aquí, no? –preguntó Julio con un poco se sorna–.

– Fue la mejor época de mi vida. Tenía que estudiar mucho, pero el ambiente cultural e intelectual que había aquí era de lo más enriquecedor.

– Además te pilló en una buena época ...

– Según como lo mires. La verdad es que era una ebullición de movimientos culturales y políticos, pero era muy difícil ser un estudiante extranjero sin dinero. Tuve la suerte de coincidir con los líderes e ideólogos de alguno de esos movimientos, lo que me permitió acceder a los entresijos y enriquecerme intelectualmente, pero hubo momentos en los que no tenía ni para pagar la pensión.

– ¿Y qué hiciste entonces?

– Pues iba alojándome donde me ofrecían los amigos. Estuve en casa de Daniel Cohn–Bendit durante más de seis meses. Hasta el gobierno me dio cobijo durante unos días.



- ¿Dónde? –preguntó Julio sorprendido–.
- En los calabozos –dijo Irene riendo a carcajadas–.
- ¿Por qué hablas siempre de Daniel Cohn–Bendit?
- Porque fue uno de mis mejores amigos y fue uno de los líderes más conocidos de las revueltas del 68. ¿No te suena *Dany el rojo*?
- Sí claro, ese chaval medio francés, medio alemán, que estuvo en todo el ajo.
- Pues ése es mi amigo Daniel. Ahora ha abandonado la actividad contestataria pura y dura para intentar hacer algo desde la política. Ha fundado un partido que se llama *Lucha Revolucionaria*, pero ahora sobre todo lo veo bastante preocupado por los temas del medio ambiente.
- ¿Y qué le pasa al medio ambiente?
- Veo que estás metido en tu burbuja y no te importa lo que ocurra a tu alrededor. Con el petróleo estamos destrozando la atmósfera, la energía nuclear nos va a contaminar a todos, estamos esquilmando los bosques, extinguiendo especies de animales, consumiendo con avaricia y sin sentido. ¿Te parece poco?
- ¿Y tan importante es eso? Si quieres aire sano te vas al campo, los animales y la naturaleza están a nuestro servicio y las nucleares con ponerlas en zonas despobladas es suficiente. Y mientras haya petróleo suficiente no habrá ningún problema.
- ¡Pero qué cenutrio eres Julio! –dijo Irene enfadada–. Hoy te parecen menudencias pero ya verás cómo dentro de unos pocos años son problemas de primer orden. Nos estamos cargando el planeta, que es nuestra casa, por no hablar de las desigualdades que se están generando. Tres cosas hay en el mundo que me ponen enferma: el hambre, la guerra y la



desigualdad, y estamos contribuyendo a ellas directamente con las putadas que le estamos haciendo al medio ambiente.

– Quizá tengas razón Irene. No me había parado a pensar en ello.

– Pues piensa, Julio, piensa, porque esto va a ser el pan nuestro de cada día.

Después de comer siguieron su paseo por Saint–Germain–des–Prés, entrando en alguna de las muchas librerías de viejo que se repartían por el barrio y parando a tomar un chocolate en el famoso *Les Deux Magots*, salpicado de fotografías de ilustres clientes como Picasso, Sartre o Hemingway y presidido por dos *magots*, un tipo de esculturas de figuras orientales sentados sobre unos pedestales, colgados de la columna central del local, cada uno de ellos en un lateral del grueso pilar pintado en blanco y amarillo.

– ¿Quién te atrae más de los fotografiados? –preguntó Julio seguro de sorprenderse por la respuesta–.

– Sin duda alguna Simone de Beauvoir –respondió sin dudar Irene–.

– Pensaba que me ibas a sorprender, pero por una vez he intuido tu respuesta –dijo Julio con su media sonrisa que le delataba cuando empleaba la ironía–.

– ¿Por qué? ¿Crees que ya me conoces del todo?

– No, pero en este caso era fácil. Una mujer, feminista y existencialista tiene mucho terreno ganado al resto de los presentes.

– Es verdad. Pero aparte de su ensayo más famoso, *El segundo sexo*, y su descripción del descubrimiento del ocaso de la religión que le escuché en una conferencia, lo que más me gusta de ella son sus novelas.

– ¿Escribió alguna novela?



- Sí. Aunque en realidad como novelista es una autora muy desconocida. Se la encasilla sobre todo con la evolución del feminismo, pero tenía muchas otras virtudes. Hizo grandes reflexiones sobre la creación literaria, ha escrito seis novelas (aunque sé que está a punto de publicar otra, algo sobre lo espiritual), ha escrito mucho sobre el desarrollo de la izquierda y, por supuesto, ha establecido las bases del existencialismo. Es normal que no conozcas mucho porque en la dictadura fue una de las autoras más censuradas.
- Sí. Lo poco que he podido leer de ella ha sido en francés y el último año. Antes era casi imposible.
- ¿Y qué has leído de ella?
- Sólo algún trozo de *El existencialismo y la sabiduría de los pueblos* que pude leer en unos ejemplares des encuadernados de *Les Temps Modernes* que encontré en la sede del sindicato. Pero estaban en un francés muy complicado para mí. Según lo que entendí, el existencialismo considera qué es la existencia del ser humano libre y qué es lo que define su esencia, en lugar de entender que su esencia o condición humana determina su existencia. Para esta corriente del pensamiento la existencia del ser humano no es nunca un “objeto” sino que, desde el momento que el ser humano es capaz de generar pensamiento “existe”; en consecuencia el reconocimiento de esa existencia tiene primacía y precedencia sobre la esencia.
- No sé si lo recitas de memoria o de verdad lo has entendido, pero es exactamente tal y como lo acabas de describir. Muy resumido, pero has captado la esencia. ¿Ves? Tú si consigues sorprenderme a mí.
- Pero todo eso empieza a estar un poco desfasado, ¿no crees? –preguntó Julio–.
- Yo no lo veo así –respondió Irene–. Por lo menos no para mí, pero desde luego es una



filosofía muy personal. Es una forma de entender nuestra existencia y eso no creo que cambie con las modas o los tiempos.

Se quedaron en silencio, pero no en un silencio incómodo sino en un silencio en el que los gestos cobran un nuevo sentido. Esos instantes en los que se nos revela la trama de nuestra existencia, por la fuerza de un ritual que nos reconduce gustosamente y que ponen al corazón al borde del alma porque, fugitiva pero intensamente, un poco de eternidad viene a menudo a fecundar el tiempo.

Afuera el mundo ruge o se duerme, las guerras abrasan, los hombres viven y mueren, unas naciones perecen mientras que otras surgen para ser engullidas y, en todo ese ruido y todo este furor, en estas erupciones y estas resacas, mientras que el mundo va, se inflama, se rasga, se rompe y renace, ellos tomaban café en silencio. Se trataba de la vida.

Salieron del café ya cuando las sombras del atardecer eran muy alargadas y decidieron irse al hotel a picar algo y a descansar. Una vez más, Julio debió reprimir sus deseos de pasar a la habitación de Irene a pedir un poco de compañía. Cada vez le costaba más cohibirse y dominar sus sentimientos, pero hacía solo unos días que la conocía y no quería estropear algo que podría llegar a ser muy bonito. Él, que siempre se habíapreciado de ser lo bastante inteligente como para no enamorarse de una mujer, estaba comprobando que el corazón puede ganar a la razón.

Hasta aquel momento Julio había sido una persona racional por encima de todo, que equiparaba los sentimientos con la sensiblería y que creía en el poder absoluto del raciocinio reflexivo para todos los aspectos de la vida, pero estaba viendo cómo se tambaleaban los cimientos que habían sustentado su vida. No quería que un capricho amoroso derrumbara el edificio que tanto le había costado construir, pero a cada hora que pasaba con Irene se le hacía más y más difícil mantener en pie el Julio que siempre había querido ser, o al menos el



que había creído que quería ser. Aunque empezara a dudar de ello.

Julio pensaba en lo que le había dicho Irene en algún momento, en que la conciencia feliz, o sea, la creencia de que lo racional y el sistema social establecido producía los bienes, reflejaba un nuevo conformismo que se presentaba como una faceta de la racionalidad tecnológica y se traducía en una forma de conducta social.

Cuando los hombres, teniendo presente las coacciones y las limitaciones a las que está sujeta su situación vital, definen cuáles han de ser sus necesidades, sus fines colectivos y los valores que han de guiar su acción, sólo entonces es racional su vida y son dueños de su destino. En aquella sociedad, la razón instrumental, es decir, aquella que actúa con arreglo a fines, se había asimilado al poder, renunciando con ello a su fuerza crítica. Seguían convirtiéndose en lo que Herbert Marcuse llamaba el individuo “*unidimensional*”, aquel que percibe y siente como suyas las perspectivas y necesidades que los mecanismos publicitarios y de propaganda le prescriben; desaparece la *bidimensionalidad*, es decir, la capacidad del sujeto para percibir crítica y autocriticamente su existencia y su sociedad, en definir sus propias necesidades y anhelos. La razón, en tanto razón instrumental, se había asimilado al poder, renunciando con ello a su fuerza crítica; éste era el último desenmascaramiento de una crítica ideológica aplicada a sí misma. Pero ésta se veía en la precisión de describir la autodestrucción de la capacidad crítica en términos bastante paradójicos, porque en el instante en que efectúa tal descripción no tiene más remedio que seguir haciendo uso de la crítica que declara muerta.



5

A la mañana siguiente volvieron a madrugar para ir a ver qué hacía Lahuerta, aunque esta vez se separaron para que Irene se alejara un poco y no pudiera ser vista por el individuo. Como era de esperar, Lahuerta repitió la misma rutina del día anterior, así que esperaron a que volviera a salir del portal maqueado para ir a no sabían dónde, aunque eso en ese momento era secundario.

Subieron corriendo al apartamento de la séptima planta y Julio sacó ciento setenta fotografías de ochenta y cinco papeles, cada fotografía de mitad de hoja. En cada uno de los folios hizo las instantáneas de forma que se solaparan para evitar que si se las desordenaban al revelarlas, no supiera casarlos como le ocurrió en una investigación de cuernos, en la que no supo identificar lo que ponía en unas cartas y no pudo demostrar las andanzas de un conocido banquero y personaje habitual de la noche madrileña.

Tardó menos de diez minutos en tomar todas las fotografías y se entretuvo en mirar el último documento fotografiado. Era el acta de una reunión del *Grupo de Recuperación*. Al parecer era un grupo formado por altos cargos en el régimen franquista cuya intención era recuperar los principios del *Movimiento* para la patria. No pudo descubrir en el documento ninguna alusión a los medios para conseguirlo y le pareció un grupúsculo más de los muchos que todavía quedaban en la sociedad española. Todavía hacía poco tiempo que España había vuelto a ser una monarquía y aún distaba mucho de ser una democracia, aunque ya se empezara a hablar de que al cabo de unos meses iba a haber unas elecciones democráticas



después de cuarenta y un años desde las últimas celebradas y este grupo parecía que no aportaba nada novedoso, aunque Julio sospechara que no iban a tener miramientos sobre los medios a utilizar para conseguir los difusos fines que se habían propuesto. A él le parecía un grupo de ex-jefazos que querían volver a serlo, pero se obligaba a mantener la objetividad y la frialdad necesaria para resolver cualquier caso. Era cierto que así se olvidaba un poco de Enrique y sus compañeros por lo que no paraba de repetirse que el desapasionamiento a la hora de trabajar era imprescindible. La situación que estaba viviendo le estaba resultando muy difícil de gobernar.

Aún no estaba terminando de recoger los documentos para dejarlos tal y como los había encontrado cuando le sobresaltó Irene:

– ¡Corre Julio, que sube Lahuerta! –avisó Irene en voz baja–.

– ¡Vamos a la azotea, rápido! –dijo Julio dejando el último documento en su lugar y colgándose del cuello la cámara fotográfica–.

Irene subió rápida, pero Julio se entretuvo un poco ordenando el apartamento. Cuando salió vio que Roberto Lahuerta iba ya por el quinto piso, así que decidió bajar en lugar de subir. Se cruzó con él en la sexta planta del edificio saludándole con un lacónico “*bonjour*”, mientras unas lágrimas de sudor le recorrían el rostro a pesar del frío helador que había en el inmueble. Hasta ese día la frialdad le había permitido sortear estos apuros con buen pie pero otra vez este trabajo le desconcertaba y le hacía vacilar. Por suerte Lahuerta no le prestó más atención a pesar de que en la séptima planta no había más apartamento que el suyo y por encima lo único que tenía era la terraza y después el luminoso cielo de París. Julio pensó que quizá el presunto esbirro de Redondo y Espinosa no era demasiado listo, aunque habiendo visto la decoración del apartamento, ¿qué otra cosa cabía esperar?

Mientras, Irene permanecía inmóvil en la terraza desde la que se divisaban los tejados de



Montmartre y las tres cúpulas de la basílica del Sagrado Corazón, uno de los pocos edificios religiosos que le gustaban. De normal, detestaba este tipo de construcciones, no ya por su arquitectura, que le solía parecer recargada, burda y chabacana, sino sobre todo por lo que representaban. La ostentación, la exhibición de poder y el complejo de superioridad sobre las gentes que con inocencia e ingenuidad contribuían a mantener esos templos de culto al poder, no le permitían ver los edificios como meras edificaciones, abstrayéndose a lo que representaban, ya que simbolizaban lo que más aborrecía. Pero el caso del Sagrado Corazón era especial; quizá porque le recordaba al Taj Mahal de Agra y su carácter romántico o porque se elevaba sobre la ciudad como una vigía que todo lo ve, pero el caso es que le producía una paz interior que sólo era comparable a la que sentía en la compañía de sus amigos. Porque a Irene, si algo de verdad la caracterizaba, no era su belleza o su inteligencia muy por encima de la media, sino la fidelidad hacia sus amigos. Como solía decir, ella sobre todas las cosas era amiga de sus amigos, y una buena conversación con alguno de sus amigos era el mejor clímax que podía alcanzar.

Cuando por fin volvió en sí se dio cuenta de que Julio estaba a su lado observándola como el que mira un cuadro o una escultura de la que se ha quedado prendado, como hacía Irene cada vez que iba al museo del Prado a ver *El Jardín de las Delicias* de El Bosco y se sentaba enfrente durante horas intentando apreciar los infinitos detalles y enigmas que alberga la obra. Irene se dio cuenta pero no quiso decir nada para no dar pie a una incómoda conversación.

- Ya se ha ido otra vez. Ha estado sólo unos minutos en el apartamento y ha salido con un portafolios de piel bastante abultado. Vamos corriendo a ver si le pillamos, pero esta vez vamos a hacerlo bien.
- Vale. Lo haremos bien tal y como sólo tú sabes hacerlo –dijo Irene con media sonrisa–.



Salieron corriendo a la calle y vieron alejarse a Lahuerta por la esquina del fondo de la calle y entrar en el funicular que sube hasta la colina en la que se planta la basílica del Sagrado Corazón y la iglesia de San Pedro de Montmartre. Corrieron para intentar alcanzarlo pero no llegaron más que a montarse en el siguiente vagón del funicular, el que iba en la vía paralela; desde su interior consiguieron ver cómo Lahuerta se metía en la iglesia de San Pedro de Montmartre, a pesar de no ser hora de culto ni de visita.

Cuando se bajaron del vagón, fueron con rapidez hasta la puerta de la iglesia por la que había entrado el hombre pero ésta permanecía cerrada. Rodearon el templo románico y ninguna de las tres puertas de acceso al recinto estaba abierta así que decidieron esperar a una distancia razonable para ver sin ser vistos. Hasta las once de la mañana no hubo ningún movimiento alrededor de la iglesia y como a esa hora la abrían para las visitas turísticas, decidieron que fuera Julio quien entrara.

– Quédate por aquí fuera no sea que te reconozca. Si saliera antes que yo sígueme y nos vemos luego en el hotel. Pero, por favor, que no te vea, ¿vale?

– Sí señor –contestó Irene cuadrándose y poniéndose la mano en la cabeza a modo de saludo militar–.

– Así me gusta, soldado. Descanse –se despidió Julio siguiendo la broma–.

Por una vez, la suerte le sonrió a Julio y pudo unirse a un grupo de turistas españoles, pudiendo así pasar inadvertido. Recorrieron todo el interior del edificio, o al menos todo lo visitable, pero Lahuerta no estaba por allí, algo por otro lado comprensible. Si había podido entrar fuera de horario de apertura al público significaba que no era un extraño, por lo que era lógico que estuviera por alguna de las estancias privadas. En el ábside de la iglesia descubrió un saliente, justo debajo de una de las magníficas vidrieras coloridas que lo decoraban, a modo de garita de guardia, tras la cual pudo esconderse a esperar. Al cabo de



una media hora, cuando se terminó el horario de visitas turísticas, el párroco cerró la puerta y empezó a preparar la misa que se iba a celebrar a la una del mediodía y, por una puerta que Julio no había advertido, disimulada en una de las capillas laterales, salieron unos cuantos individuos, todos de mediana edad, hablando en español. Iban precedidos por Lahuerta que parecía ser un lacayo de los demás, sujetándoles la puerta, apartándoles los bancos que les estorbaban y llamando a todos ellos “Señor”. Detrás de Lahuerta pudo identificar al comisario Redondo, al juez Espinosa y a otra persona de la que no recordaba el nombre pero que sin duda había visto en multitud de ocasiones, tanto en los periódicos como en la televisión, reconociéndolo como uno de los responsables policiales en la dictadura. También les acompañaban otros tres individuos que Julio no había visto en su vida. Al llegar a una de las puertas laterales del edificio, la que daba a la rue Norvins, todos los presentes se pusieron de frente al desconocido que le sonaba a Julio y le hicieron el saludo fascista con la mano derecha levantada, a lo cual el desconocido respondió con un flojo levantar de su mano derecha que a Julio le recordó a dos personajes de bigote, mientras le recorría un helador escalofrío por todo el cuerpo.

Una vez que se fueron y antes de que volvieran a abrir las puertas del templo, Julio consiguió llegar delante de la puerta escamoteada, todavía abierta, y entró en un corredor que se dirigía hacia una estrecha escalera, que bajaba empinada ocho escalones para llegar a una sala presidida por las mismas banderas que había encontrado en el apartamento de Lahuerta, que por lo que parecía no era más que un mero secretario o lacayo de los personajes que allí se habían reunido. La dependencia estaba salpicada también de un símbolo que se repetía en banderas, panfletos, carpetas y pancartas; era una especie de cruz gamada con los lados curvos en lugar de rectos y cada uno de los cuatro extremos de la cruz terminados en una punta de flecha, como los lauburu vascos o los cuatrefuellas aragoneses, pero terminados en puntas. Todos los símbolos tenían la leyenda de “Grupo de



Recuperación de la España Tradicional” o las siglas *GRET*. Aquella habitación le daba mucho miedo y le hacía recordar tiempos no tan lejanos, en especial sus repetidas visitas a los sótanos de la casa de Correos de la Puerta del Sol. Quizá Enrique había visto todo esto, o al menos algo sabía, porque eran las mismas siglas que aparecían en el dorso de muchas de las fotografías que había encontrado en el despacho de la calle Atocha.

Recompuso el ánimo y el temple como pudo y saco unas cuantas fotografías de la oscura habitación hasta que se le acabó el carrete que llevaba en la cámara fotográfica. Después subió los altos escalones y volvió por el pasillo hasta la puerta de piedra que todavía se encontraba abierta. Ese tal Lahuerta era un inútil hasta para dejarse la puerta abierta; o quizá iba a volver pronto. Ya se oían voces en el interior de la capilla y Julio vio cómo los fieles se iban sentando en los bancos para escuchar la eucaristía. Asomó la cabeza y en cuanto vio que no había nadie cerca salió al oratorio y de ahí a la calle, con palpitations y sobrealiento. Se daba cuenta de que estaba ante algo gordo; no sabía cuál podría ser el alcance de lo que había visto ni si tenía algo que ver con la matanza del despacho de la calle Atocha, pero sí tenía claro cuál era el objetivo del *GRET*. Ahora le quedaba al menos identificar a los participantes en la reunión de San Pedro de Montmartre y poner todos los medios a su alcance para frustrar ese pérfido propósito.

Julio volvió al hotel para encontrarse con Irene que todavía no había llegado. Mientras esperaba en la cafetería del establecimiento aprovechó para sacar su cuaderno y poner en orden sus ideas, sus averiguaciones y sus posibles veredas de resolución. Al cabo de una hora volvió Irene.

– ¡Cuánto has tardado! Ya empezaba a preocuparme –suspiró Julio aliviado–.

– Es que he intentado seguir a Lahuerta –se justificó Irene–. Cuando salió de la iglesia iba acompañado del juez, el comisario, tres desconocidos y, lo más importante, de Ángel



Caballero, el responsable de los Servicios Secretos, ahora y en la dictadura.

– ¡Ya decía yo que lo había visto en algún sitio! –recordó Julio al oír ese nombre–.

– ¿Tú también lo has visto?

– Sí, y todos le saludaban como a Franco o Hitler. Y lo peor, él les respondía de la misma manera que estos dos tiranos.

Julio le contó lo que había visto en la iglesia de San Pedro de Montmartre.

– ¿Qué hicieron cuando salieron de la iglesia? –preguntó Irene–.

– Caballero y los tres desconocidos subieron a un taxi y desde fuera Lahuerta le dijo al taxista: “*À l'aéroport, vite!*” Después nuestro amigo llamó a otro taxi y se subieron el juez Espinosa y el comisario Redondo. Lahuerta le mandó a la estación de tren de Austerlitz, a la misma que llegamos nosotros. Parece como si hubieran tenido una reunión relámpago y creo que Roberto Lahuerta no es más que un simple siervo de los otros.

– Eso mismo pensé yo. Creo que es la persona que tienen aquí para organizar las reuniones, comprar las armas, hacer los panfletos,... Para todo lo que levantaría sospechas en España. Aunque viendo quiénes están metidos en el ajo no creo que les costara mucho reunirse en España evitando a la Policía, Servicio Secreto, etc. No me extrañaría que alguno de los desconocidos fuera algún alto mando del ejército...

– No sé, quizá nos estemos equivocando –pensó Julio en voz alta–. ¿Y qué hiciste después?

– Seguir a Lahuerta. Pero de lejos, ¿eh? –dijo Irene con media sonrisa en la cara–. Bajó la colina por las escaleras y fue hasta su apartamento. Estuve esperando un rato para ver si salía pero no apareció nadie por la puerta. Creo que ya poco podemos hacer aquí.



- Eso mismo pienso yo. Lo mejor sería volver a Madrid, revelar las fotos y a ver si hay algo en esos documentos que dé alguna pista sobre el GRET o, mejor aún, alguna prueba de los asesinatos del despacho. Yo creo que los asesinos serían sólo matones a sueldo, pero a mí me interesa más la autoría intelectual.

- Seguro que la policía encuentra a los asesinos, pero de ahí no pasará la cosa. Las mentes pensantes, que no me extrañaría que hoy hayan ido a misa, no me cabe duda de que se irán de rositas.

- Espero que te equivoques ...



6

Cuando llegaron a Madrid, Julio fue directo desde la estación de Chamartín a la tienda fotográfica de Guillermo, un amigo de la facultad, que se encontraba cerca de allí, en la calle de la Hiedra, y le entregó todos los carretes para revelar.

– Como siempre, pero esta vez es más delicado. Sé que puedo confiar en ti, pero asegúrate de que nadie las ve –advirtió Julio–.

– Ya sabes que soy un profesional. Además, en cualquier tema que andes metido no tengas la menor duda de que te apoyaré, sea lo que sea.

– Gracias, Guille. Eres un buen amigo.

Después cogió el metro hasta Sol y fue caminando hasta su apartamento, pasando antes por *Casa Labra* a tomar uno de esos chocolates que tanta fama le habían dado al establecimiento. Lo echaba de menos. Después subió al pisito y se miró al espejo. Ya sabía lo que se iba a encontrar, la parte derecha de la cara un poco descolgada. Sólo él lo notaba porque había aprendido a conocer su cuerpo como nadie. El estrés y el ajetreo de los últimos días habían hecho mella en él, pero había conseguido que Irene no se diera cuenta de nada. Julio no sabía con exactitud qué era lo que le pasaba, pero sí sabía cuándo no estaba en condiciones de acometer ningún trabajo, ninguna actividad física, nada que le requiriera el más mínimo uso y esfuerzo de su extraño y enjuto cuerpo.

Como otras tantas veces, se metió en la ducha y después en la cama. Eran las siete de la



tarde, pero hasta las once de la mañana siguiente no despertó. Lo hizo de buen humor, pero notó que el cuerpo no había recuperado el tono muscular. Al levantarse de la cama, según se puso de pie, la pierna derecha no le soportó el peso del cuerpo y fue de bruces al suelo, clavándose los dientes en el labio inferior que empezó a sangrar profusamente. Como pudo, alcanzó el cajón de la mesilla de noche donde guardaba los pañuelos, tomó uno y se lo puso en la boca cortando así la hemorragia. Esto no le había pasado nunca; había sentido debilidad, inestabilidad en la marcha, pero jamás se había venido abajo, de forma literal. Esa mañana lo hizo, su cuerpo fue al suelo y su ánimo aún más abajo. Consiguió subir a la cama y sentarse para examinar su cuerpo. La parte derecha la tenía como dormida, como si no fuera de su organismo; incluso el ojo derecho se le cerraba sin que él pudiera hacer nada por abrirlo. Decidió tumbarse y volver a dormir.

Cuando de nuevo despertó había recuperado una parte de la fuerza en el cuerpo, la justa para permitirle levantarse e ir hasta la cocina donde se preparó un café y sacó su cuaderno para poner en orden las notas que había tomado en París y actualizarlas con lo que habían podido ver en la iglesia de San Pedro de Montmartre. Le costaba un gran esfuerzo sujetar el bolígrafo con la suficiente fuerza como para escribir, pero poco a poco terminó de anotar sus observaciones y sospechas. “*Tengo que comprar una máquina de escribir*”, se dijo. Tenía previsto haber ido a ver a Marcelino Camacho para contarle lo que habían descubierto pero decidió dejarlo para el día siguiente.

Pasó todo el día descansando en su casa, pensando sobre todo lo que le estaba ocurriendo, tanto a su salud, como al caso de los asesinatos y, sobre todo, a sus sentimientos por Irene. A la mañana siguiente ya se levantó con mejor cuerpo, pero bastante preocupado por lo que le había pasado el día anterior. Nunca había ido a ver a un médico para contarle lo que le sucedía, pero esta vez se dijo que no podía demorarlo más. Más pronto que tarde tendría que ir al hospital, a pesar del pavor que le daba atravesar la puerta de un centro sanitario,



aunque fuera con la única intención para hacer una visita. Desde que era niño sentía un miedo irrefrenable a las clínicas desde de su padre entró en una más o menos sano –o eso pensaba él– y salió con los pies por delante. Tendría que armarse de valor, “*pero eso no va a ser hoy*”, pensó. Ahora tenía cosas más importantes en las que pensar y debía ir a recoger las fotografías para leer los documentos. Deseaba tener alguna prueba contra el GRET aunque no creía que en aquellos documentos hubiera nada que les pudiera implicar en ningún asunto turbio. Serían unos fascistas irreductibles y representaría todo lo que odiaba, pero seguro que tontos no eran; un juez, un policía y un jefe del servicio secreto no eran de aquellos que fueran a ir dejando pruebas por ahí, pero a Lahuerta no le conocía y el hecho de haber dejado escapar a Irene así como así, sin poner más trabas, o el haberse dejado la puerta abierta del antro de la iglesia de San Pedro de Montmartre, hacía presentir que no era un portento de inteligencia, aunque no creía que los líderes del grupo dejaran en manos de un inepto la seguridad y la organización de los encuentros.

El día estaba muy nublado pero no llovía, de modo que cogió un paraguas largo que había heredado de su padre y salió a la calle usándolo de bastón. Para evitar agotarse o caerse, hizo un esfuerzo en su bolsillo y cogió un taxi para ir a recoger las fotografías en la tienda de su amigo Guille. Éste se las entregó sin preguntarle nada ni hacer ningún comentario, mirándolo a la cara con un semblante serio poco habitual en él, lo cual le intrigó a Julio más que tranquilizarle, pues era imposible que no le hubieran llamado la atención, pero decidió no interrogar a su amigo y darle un voto de confianza. Al salir de la tienda volvió a tomar un taxi, esta vez para ir a la sede del sindicato a exponerle a Camacho todo lo que habían averiguado.

Cuando llamó a la puerta del despacho, le abrió Irene.

– ¡Vaya, veo que te me has adelantado! –dijo a modo de saludo–.



- Estábamos ya impacientes. Pensábamos que ibas a venir ayer –dijo Camacho–.
- Hasta hoy no me daban las fotografías. Del resto supongo que Irene te habrá puesto al corriente, ¿no?
- Así es, Julio. Y me parece que poco vamos a poder hacer aquí. Por mucho que las fotografías nos indiquen que han tenido algo que ver con la matanza del despacho de Atocha, no vamos a poder esgrimir esas pruebas en ningún sitio. Además, ya hay novedades sobre el caso.
- ¿Qué novedades? –preguntó Julio–.
- La Policía Armada ha detenido a José Fernández Cerrá, Carlos García Juliá y Fernando Lerdo de Tejada como autores materiales de los hechos, y a Francisco Albadalejo Corredera como autor intelectual –respondió Irene en un tono neutral, como si estuviera leyendo el informe policial–. Éste Albadalejo es secretario provincial del Sindicato Vertical del transporte, muy vinculado con la mafia del sector. También han detenido a Leocadio Jiménez Caravaca y Simón Ramón Fernández Palacios, ex–combatientes de la División Azul, por suministrar las armas, y Gloria Herguedas, novia de Cerrá, como cómplice.
- Pues más parecen unos cabezas de turco sabiendo lo que sabemos. ¿Y cómo conocemos eso si no se ha publicado nada? –preguntó Julio con su instinto siempre alerta–.
- He hablado con mi contacto en la policía. Y no creo que sean unos cabezas de turco, chivos expiatorios o como quieras llamarlos. Está seguro, y yo me lo creo, de que las detenciones son correctas y no se han equivocado; además parece ser que han confesado. Lo que sí creo es que habría que seguir subiendo para ver a todos los culpables, pero no creo que la policía esté por la labor.
- Pero cuéntale lo mejor, Irene –dijo Camacho–.



- Ya han determinado quién va a ser el juez instructor del caso. ¿A que no imaginas quién es?
- ¡No me digas que es el juez Espinosa! –temió Julio–.
- Pues no te lo digo, pero ésa es la realidad.
- O sea, que ya podemos olvidarnos de que esto se aclare más –dijo Camacho–. Pero no todo son malas noticias. Algunos amigos del Partido Comunista me han dicho que se prevé que lo legalicen en unas pocas semanas. Esto sería un verdadero varapalo para nuestros amigos del GRET, que otra vez lo tenemos aquí; son como las cucarachas, por mucho que les pises y les cortes la cabeza siguen vivos.
- ¿Tú conocías la existencia del GRET? ¿Cómo es eso? –preguntó Julio–.
- Sí, y tú también deberías conocerla. No se puede entender la historia de España en los últimos siglos sin saber el papel del GRET.
- ¿Y qué es entonces el GRET? ¿Y qué papel ha jugado?
- El Grupo para la Recuperación de la España Tradicional se formó a finales del siglo XVII, un poco antes de la guerra de sucesión en la que Felipe V heredó el trono. El GRET se planteó como objetivo el mantener una España unida, bajo valores católicos. La verdad es que la Guerra de Sucesión tuvo sobre todo un marcado carácter internacional y ahí el papel del GRET fue más bien testimonial, pero desde entonces, en cuanto no les ha gustado cómo estaba España en ese momento, han actuado desde el anonimato para devolverla a lo que ellos entienden por el buen camino. Todas las guerras que ha habido en España desde entonces y todos los conflictos internos han sido promovidos por el GRET con el objetivo de hacerse con el poder.
- Pero nunca ha estado en el poder ningún partido o grupo con ese nombre –intervino



Irene—.

– No directamente, pero sí en la sombra —aclaró Camacho—. El GRE ha actuado siempre como si de una secta se tratara; siempre ha ido seleccionando a sus miembros con mucho cuidado, centrándose en hombres y mujeres tradicionalistas, conservadores, reaccionarios y católicos. En cada momento ha actuado según el contexto histórico. Uno de los primeros dirigentes del GRE con poder en España fue el Marqués de Esquilache; cuando lo destituyó Carlos III a raíz del famoso motín, fue sustituido por el Conde de Aranda, reconocido integrante de la masonería, institución que siempre fue una de las principales enemigas del GRE en sus primeros años. Durante todo el siglo XVIII y buena parte del XIX hubo una lucha interna, sorda, entre el GRE y la masonería, lucha que se vio apoyada por la Iglesia Católica y la mayor parte de sus papas, que condenaron la filiación a la masonería en infinidad de documentos, encíclicas, cartas y constituciones; desde Clemente XII hasta el mismo Juan XXIII han elaborado estos escritos, aunque los más beligerantes fueron sin duda Pío IX y León XIII en la segunda mitad del siglo XIX.

» En las Guerras Carlistas fueron los que realmente dirigieron las tropas leales al infante Don Carlos, aunque aquí la verdad es que tuvieron difícil su decisión, pero parecía que éste sería el que más se ajustaría a sus cánones hiper-dogmáticos. En el último tercio del siglo XIX, uno de los más influyentes integrantes del GRE fue el general Martínez Campos que inició el pronunciamiento que dio lugar al fin de la primera República y, sobre todo, al proyecto de Constitución Federal de 1873. Lo que ellos llamaban la desmembración de España les dolía más que cualquier otra cosa y fueron los principales oponentes del proyecto.

» Siempre que ha habido algo que ha hecho peligrar su idea de España, no les han dolido prendas en utilizar cualquier medio a su alcance para evitarlo. Ya en este siglo fue la primera vez que un miembro iniciado del GRE llegaba al poder, por supuesto a través de un golpe de Estado, su arma más efectiva.



- Supongo que te refieres a Franco, ¿no? –preguntó Julio–.
- No, Franco fue el tercero. El primero fue Miguel Primo de Rivera, dando el golpe de Estado de 1923 e instaurando la dictadura que duró hasta que comenzó la llamada “dictablanda” de Dámaso Berenguer, el segundo del GRET que llegó al poder, aunque éste era algo más tolerante, comparado con la mayoría de sus compañeros, y así le fue. Duró lo que tardó en instaurarse la segunda República y esto sí que les dolió.
- » Tardaron en organizarse cinco años, haciendo un trabajo inmenso de reclutamiento pero con muy buenos resultados. Por supuesto estaba Franco, pero también había muchos otros militares como los generales Mola, Queipo del Llano, Millán Astray o Sanjurjo, algunos destacados civiles como José Antonio Primo de Rivera y altos cargos de la Iglesia Católica como el ignominioso cardenal Gomá, ése que dijo que la Guerra Civil no era en realidad una guerra, sino una lucha de los sin Dios contra la verdadera España, contra la religión católica. Esa frase yo creo que resume muy bien el ideario del GRET.
- ¿Y por qué dices que han vuelto? –preguntó Julio–.
- Tienes razón –reconoció Camacho–, pero conforme el paso de los años del franquismo no tuvieron tanta actividad porque España era tal y como querían ellos, pero está claro que seguían teniendo una actividad latente. Una secta como ésta, de casi trescientos años, no se disuelve porque lleven cuarenta años seguidos en el poder haciendo las cosas como quieren ellos. Supongo que sus dirigentes no serán tontos y habrán seguido haciendo proselitismo y emprendiendo labores iniciáticas, como me demuestra lo que habéis visto en París. De momento conocemos a tres de sus dirigentes, pero no sabemos quién más hay. Debemos tener mucha precaución, porque seguro que están metidos por todas partes.
- ¿Y tú cómo sabes todo eso? Si es una sociedad secreta lo suyo es que sólo los integrantes de la misma la conozcan, ¿no te parece? –dijo Julio pensando en alto–.



– Sí es verdad que es una sociedad secreta, pero no es la primera ni será la última de las que se conoce su historia y alguno de sus ilustres miembros. Mira si no la masonería y su interminable lista de masones famosos en todos los órdenes de la vida, desde escritores a políticos, pasando por científicos, empresarios o incluso revolucionarios: Martin Luther King, Cantinflas, Bolívar, José Martí, Rubén Darío, Salvador Allende, Napoleón, Disney, Sigmund Freud, Roosevelt, Washington, Voltaire o Tolstoi. O si no, mira también otras sectas como las de los Carbonarios, los Illuminati o incluso los mismos Templarios.

» Todas las sociedades secretas en un momento u otro salen a la luz, pero no por eso dejan de ser secretas. Ahora sabemos que existen y cuáles son sus propósitos y sus lemas, pero no sabemos si siguen en activo, quiénes son sus miembros, sus ritos iniciáticos, sus objetivos actuales, nada. En cuanto al GRET, ahora tenemos pruebas de que existen, conocemos a alguno de sus miembros y nos imaginamos cuál es su objetivo a corto plazo, pero no sabemos quién está por encima, qué medios están dispuestos a utilizar ni hasta dónde piensan llegar. No sabemos si sólo se contentan con crear un poco de miedo y confusión o si serían capaces de llegar hasta una guerra como en el 36. Ni tampoco sabemos si sólo son los que visteis en París o están apoyados por una legión de personalidades.

» Entiendo tus dudas, Julio. Tenemos que estar atentos y recelosos de todo el mundo, pero creo que a estas alturas entre nosotros tres no deberíamos tener desconfianza. ¿Tú piensas que Irene o yo podríamos estar formando parte de un grupo de esas características? En mi caso, es imposible llevar toda una vida engañando a cientos de miles de personas, ¿no te parece? Y por Irene, pongo la mano en el fuego, de verdad.

– Tienes razón, perdona, pero entiende que es muy raro todo esto que nos estás contando. Yo no sé a ti también Irene, pero a mí esto me suena a las historias para no dormir que hacía Ibáñez Serrador. Es como el famoso contubernio judeomasónico pero al revés.



– Es que es exactamente eso –respondió Camacho–, ni más ni menos. ¿Tú has oído ese refrán que dice que piensa el ladrón que todos son de su condición? Esa conspiración era una de las obsesiones de Franco; de hecho, en el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca, ordenó reconstruir junto a los papeles incautados, una sala donde se reprodujera toda la parafernalia decorativa de una logia masónica, acumulando toda clase de elementos truculentos. ¿Quién sino el líder de una secta como el GRET es capaz de creer a pies juntillas en la existencia de una supuesta coalición secreta de la que formarían parte los judíos, la masonería y el comunismo, que pretenderían el dominio del mundo? Es el mismo fin del GRET, con otros integrantes y con otra imagen del mundo, pero lo mismo al fin y al cabo.

– ¿Y crees en la existencia del contubernio ese?

– Yo ya me creo de todo, pero eso es ir demasiado lejos. A finales del siglo pasado, en Francia, el Caso Dreyfus suscitó la división entre la opinión pública y los grupos políticos e intelectuales. En particular, grupos reaccionarios monárquicos y ultracatólicos como la *Action Française* de Maurras comenzaron a estigmatizar como elementos antifranceses a judíos, izquierdistas y masones, presentándolos en connivencia con potencias extranjeras como Alemania. Quedó demostrada la capacidad movilizadora de estas ideas en una sociedad industrial, gracias en buena medida a su amplificación y difusión por los medios de comunicación. Fue inmediata la extensión a otros países europeos de argumentos y técnicas políticas y sociales similares, adaptando el enemigo exterior y los rasgos de la personalidad nacional a defender a las circunstancias locales de cada caso. O sea, que si la cosa viene de lejos y no sólo de la cabeza de tarados como Franco, todo puede ser. Aunque personalmente, yo pienso que no hay nada ni parecido, pero en mis casi sesenta años de vida he visto de todo, así que no pongo la mano en el fuego por nada ni por nadie.

Julio sacó el paquete con las fotografías reveladas. Según se las iba enseñando a Camacho



y a Irene iba comprobando cómo casaban las fotografías por parejas y contando los documentos que había fotografiado en el apartamento de Lahuerta.

– Faltan dos documentos. Se han debido de caer o a lo mejor se han velado los negativos – dijo Julio mientras abría el sobre donde debían estar guardados los negativos–. ¡No están!

– Me parece que tu amigo nos la ha jugado, Julio –dijo Irene de forma pausada–.

– No creo. Es de los nuestros.

– Todo el mundo tiene principios hasta que deja de tenerlos, y un buen fajo de billetes de mil son suficiente razón para hacer cambiar a alguien –apuntó Camacho–. Y te aseguro que los del GRET no escatiman.

– Pero, si ya saben de nosotros, ¿no les hubiera sido más fácil matarme y punto? –preguntó Julio–.

– Tienes razón –dijo Irene–, pero quién sabe lo que tienen reservado para ti, o para nosotros. Si el comisario es un viejo conocido tuyo, quizá quiera hablar contigo antes de matarte para averiguar qué es lo que sabes y quién más lo sabe, ¿no te parece?

– Yo me fío por completo de Guille. Si quieres vamos ahora mismo a la tienda y hablamos con él. Seguro que tiene que haber una explicación para esto.

Bajaron a la calle y se montaron en un ya bastante viejo Seat 600 que era conducido por Irene como si de un Ferrari se tratara.

– ¿Y este coche? ¿Desde cuando tienes tú coche?

– No es mío, es del sindicato, me lo ha dejado Marcelino. Y no te preocupes, aunque sea mujer sé conducir.

– No lo habría dudado ni por un momento –dijo Julio con una sonrisa agarrándose con



fuerza en donde podía—.

A esa hora el tráfico por Madrid era bastante ligero, así que no tardaron más que un cuarto de hora en llegar. Cuando aparcó Irene vieron a varias personas dirigiéndose gritando hacia la tienda de fotografía y a un hombre corriendo que doblaba la esquina de la calle. Se acercaron a ver qué pasaba y contemplaron a varias mujer llorar histéricas y a un hombre muy alto y corpulento haciendo salir a la gente. “*Vamos, salgamos todos y llamemos a la Policía. No vamos a tocar nada para que puedan trabajar*”, decía el individuo con los brazos en alto recogiendo a la gente como si fuera un perro pastor, como si estuviera acostumbrado a imponer orden.

– ¿Qué ha pasado? –le preguntó Irene a una señora de mediana edad, que era la única que parecía algo serena.

– Un chaval le ha pegado un tiro a Guillermo, el dueño de la tienda de fotos. ¡Y todo para llevarse unas fotografías!

– ¿Por qué dice lo de las fotos?

– Llevaba un sobre en la mano y la caja está cerrada y todo está en orden –informó el tipo alto—.

– ¿Usted ha visto al chaval? –preguntó Julio—

– Sí, pero llevaba un chubasquero con capucha y no le he podido ver la cara, y eso que era el que más cerca estaba –dijo el mismo individuo—. Yo iba a la tienda a recoger unas fotos y me he encontrado con todo el pastel...

Julio se quedó petrificado. ¿Qué estaba pasando que estaban matando a todos sus amigos? Esto no podía ser cierto, se decía. Y también pensaba que todo tenía que estar relacionado, estaba convencido de que a Guille lo mataron en relación con las fotos que había revelado.



No sabía si le habían untado para quitar alguna de las fotos y los negativos sin que él se diera cuenta o si él mismo los había guardado, pero el caso es que ahora estaba rodeado de un gran charco de sangre y que lo que fuera que estuvieran haciendo los del GRET, le estaba dejando sin amigos. Menos mal que ahora tenía a Irene, aunque no tenía muy claro hasta dónde podía llegar su amistad. A veces le parecía demasiado distante y calculadora, quizá hasta fría, y por mucho que dijera que valoraba la amistad por encima de todas las cosas, había momentos en que Julio no podía evitar dudar.

Cuando se fue la policía, Julio entró en la tienda de Guillermo por una puerta que daba al portal en el que vivía su amigo y que la policía no había precintado, quizá por no haberla advertido. Estuvo buscando durante más de una hora pero no halló ni rastro de las fotografías que faltaban ni de los negativos. Irene se había quedado fuera por si venía alguien, pero la verdad es que después de que se fuera la policía, no se veía un alma por la calle, quizá por miedo a que volviera el loco que había asesinado al amigo de Julio.

– Ya te dije yo que Guille era inocente –dijo Julio–.

– El que le hayan matado no quiere decir que sea inocente, Julio. ¿Quién te dice a ti que no pidió más dinero y por eso lo mataron? ¿O quizá lo que pretendía era hacerles la cama? – dijo Irene en un tono bastante seco–.

– No lo sé Irene, pero déjame creer que mi amigo era inocente. Por lo menos eso no me lo quites –pidió Julio–.

– Vale, pero por favor, no dejes que eso afecte a nuestra investigación y no presupongas nada. Yo creo que quien le ha matado se ha llevado las fotografías que faltaban y también los negativos. Quizá su intención sólo fuera esa.

– En eso estoy de acuerdo y creo que no tardaré en ver a alguno de los matones del GRET o en hacer una de mis memorables visitas a mi amigo el comisario –dijo Julio mientras se



tocaba la cicatriz de la cara con la yema de los dedos—.

– Pues creo que en esa visita no te sacaran té con pastas.

– Bueno, ya estamos de acuerdo en dos cosas –dijo Julio con una risa nerviosa—.



7

En los siguientes dos meses no se produjo ninguna novedad en cuanto al GRET ni ningún avance en la investigación, pero sí hubo muchos movimientos en la política nacional. Durante el mes de febrero desaparecieron los requisitos más restrictivos que impedían la legalización de los partidos políticos que estaban en la clandestinidad, de modo que todos consiguieron su legalización menos el Partido Comunista. En ese mismo mes se produjo una entrevista secreta entre el Presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y el del PCE, Santiago Carrillo, en la que ni Suárez pidió que los comunistas rebajaran el tono de sus reivindicaciones ni Carrillo planteó que el Rey saliera del país para instaurar una República, como podría haberse esperado.

Lo que Suárez sí le pidió a Carrillo fue que los comunistas se presentaran como independientes a las próximas elecciones y así poder evitar la legalización del PCE, a lo que Carrillo se negó, como también se negó a anular el próximo viaje de Berlinguer y Marchais, secretarios generales de los partidos comunistas italiano y francés respectivamente, a Madrid en donde se iba a celebrar una "*Conferencia Eurocomunista*".

Al mes siguiente, en marzo de 1977, Suárez promulgó un decreto con el que se concedía la amnistía a todos los presos políticos de las cárceles españolas y al mes siguiente, el sábado de la Semana Santa de ese año, se produjo la legalización del Partido Comunista y dos días después la del Partit Socialista Unificat de Catalunya, el PSUC, lo que Fraga calificó de un "verdadero golpe de Estado" y causó una profunda división en el Ejército así como la dimisión



del ministro de Marina, el Almirante Pita de Veiga, mientras que en los mítines del PCE dejaron de ondear las banderas republicanas, algo que no gustó en sus filas y que Carrillo zanjó con una de sus famosas frases lapidarias: *"Los que silban no saben que no hay color morado que valga una nueva guerra civil entre los españoles"*.

Estos hechos, como no podía ser de otra manera, originaron una oleada de manifestaciones, a favor y en contra del clima político del país. Unos días después, Suárez convocó las primeras elecciones generales desde la segunda República, que se celebrarían el 15 de junio, y el ambiente todavía se caldeó más si cabía, en especial por parte de los grupos que defendían la reaparición del *Movimiento*, partido único durante el franquismo que había sido disuelto a la vez que se legalizó el PCE.

Julio se preguntaba cuándo vendrían a por él, cuándo vería la cara más dura del GRET, que suponía encarnada en la del comisario Redondo, pero el tiempo pasaba y no tenía noticias suyas. Este tiempo lo aprovechó Julio para intentar indagar más sobre el grupo. De primera mano, pudo comprobar que era cierto lo que le había comentado Camacho sobre la sala del Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, aunque más que un conjunto de objetos recordatorios de la masonería le parecía un altar que ensalzaba esos símbolos; quizá Franco se hallaba sobre esa línea difusa que separa el amor del odio en lo que respectaba a la masonería. Le recordaba a la sala que había visto en los sótanos de San Pedro de Montmartre, cambiando los símbolos del GRET por los francmasónicos, con su escuadra y su compás.

En esa visita al Archivo, pudo tener acceso a algunos documentos que todavía seguían clasificados. Gracias a la colaboración de una antigua compañera de la facultad, que ahora trabajaba en el Archivo y que había hecho la vista gorda durante un par de horas, pudo ver de primera mano algunas actas de reunión del Movimiento y del Sindicato Vertical en las que al final, junto a la firma de los asistentes a la reunión, había un sello del organismo junto a



otro que representaba el *cuatrefuellas apuntado*, como había decidido Julio llamar al símbolo del GRE, lo que le confirmaba parte de la historia que le había contado Marcelino Camacho.

También acudió a la biblioteca nacional para ver si encontraba algún libro o documento que hablara sobre el grupo. Después de mucho buscar, encontró un libro, editado en 1912 por un tal Eusebio de la Ría, sobre la biografía de Antonio Cánovas del Castillo, político e historiador español y Presidente del Consejo de Ministros de España durante la mayor parte del último cuarto del siglo XIX. Julio no conocía la historia muy en detalle, en especial la confusa historia española del siglo XIX, y consideraba a Cánovas del Castillo como un político moderado, pero leyendo el libro se dio cuenta de que había creado una falsa apariencia de democracia instaurando el turno de partidos, suspendió la libertad de cátedra si se atentaba contra los dogmas de la fe y era un firme defensor de la esclavitud. Pero más le sorprendió cómo, en una de las páginas, De la Ría calificaba a Cánovas del Castillo como *Cofrade Supremo del GRE* en el pie de foto de una instantánea en la que aparece con capa y bastón con el cuatrefuellas apuntado en sendos escapularios que colgaban de dichas prendas.

En los siguientes días se dedicó a ver quiénes habían sido los principales amigos o correligionarios del político. El primer paso le llevó hacia Manuel Orovio, un riojano que fue ministro con Isabel II y Alfonso XII y fue el responsable directo del enfrentamiento con el estamento académico más progresista al emitir la misiva que prohibía cualquier enseñanza contraria a la fe católica, a la monarquía o al sistema político vigente, siendo además caballero de la Orden de Carlos III, de la Orden de Isabel la Católica y de la Legión de Honor. La pertenencia de Orovio a estas órdenes le llevó a seguir la pista de otros de sus miembros señalados, pero esta senda no le llevó a ninguna conclusión. Por casualidad, buscando información sobre los integrantes de estas órdenes, llamó su atención un libro recién editado de un historiador francoespañol llamado André Dupont titulado *Roberto Bellarmino y los*



sedevacantistas. A Julio le chocó el título por su desconocimiento del término *sedevacantista* así que abrió el libro y cuál fue su sorpresa al descubrir que en casi todas las fotografías de supuestos *sedevacantistas* españoles aparecía el *cuatrefuellas* apuntado en alguno u otro lugar, bien en un huecograbado colgado del techo, en alguna capa como la de Cánovas del Castillo o en un sello sobreimpreso en algunas de las fotografías. En el texto del libro hacía referencia a la herencia que tenían los miembros de esta corriente de la Iglesia del arzobispo, inquisidor y cardenal de la Compañía de Jesús Roberto Bellarmino, quien defendió la fe y la doctrina católica durante y después de la Reforma Protestante, por lo que fue llamado el *"martillo de los herejes"*.

Por lo que explicaba Dupont en su ensayo, los *sedevacantistas* niegan la validez de todos los pontificados desde el de Juan XXIII por haber realizado el Concilio Vaticano II o por mantener sus posturas en vigencia, con la consecuente adhesión filosófico-teológica a su doctrina. Consideran heréticos los planteamientos de estos pontífices, y por su condición de herejes se afirma la vacancia de la Sede Apostólica (de ahí su nombre), pues un hereje no es miembro de la Iglesia, luego no puede ser su cabeza, según una expresión propia de Roberto Bellarmino. Por lo visto, la mayoría de los seguidores de esta corriente se encontraban en Italia, Francia, Alemania o Estados Unidos, pero reconocía en España una creciente aceptación, sobre todo por los miembros de una sociedad secreta denominada GRET.

A continuación el autor dedicaba un extenso capítulo a la historia del GRET, desde sus orígenes a la actualidad, a sus idearios, a su forma de reclutamiento de miembros y a sus actuaciones en sus tres siglos de historia.

En general, el relato se ajustaba bastante a lo narrado por Marcelino Camacho, buen conocedor de la historia del GRET por lo que Julio pudo comprobar, pero hacía especial hincapié en el resurgir de la sociedad en los últimos años del franquismo, cuando éste parecía que estaba debilitándose, haciendo referencia a sus métodos violentos, políticos o



chantajistas para conseguir perpetuar el Movimiento y sus fundamentos ultraconservadores.

Dupont también daba una lista de miembros por él conocidos entre los que se encontraban tanto Espinosa como Redondo y proponía como actual Cofrade Supremo a Ángel Caballero, responsable de los Servicios Secretos en España desde 1971, la persona a la que todos habían saludado mano derecha en alto al salir de la iglesia de San Pedro de Montmartre. Esto parecía confirmar lo que ya sospechaban y habían podido ver en París, pero no le arrojaba luz sobre los asesinatos en el despacho de la calle Atocha ni el de la tienda fotográfica de su amigo Guillermo. Lo que sí parecía tener claro era que seguían aumentando su actividad y conspirando, aunque fuera en petit comité y desde el extranjero.

Lo que más le sorprendió a Julio era el saber la cantidad de vida subterránea que había habido y seguía habiendo, tanto en España como fuera de ella. El GRET, sedevacantistas, masones, illuminati, rosacruz, martinismo,... Todos tenían diferentes idearios, principios, métodos o ideologías, pero al final lo que todos ansiaban era el poder, en cualquier ámbito, aunque al final siempre se reducía todo a política, economía y religión. Poder, cuanto más mejor.

Julio, que se creía un bicho raro por simpatizar con CC.OO. y con el PCE en tiempos en los que eran ilegales, estaba pudiendo comprobar que era de lo más normalito, que él lo único que quería era un mundo más justo e igualitario, nada más. Y nada menos.

Decidió no dedicar más tiempo ni al estudio del GRET ni de los sedevacantistas ni de la madre que los parió a todos y centrarse en lo que él sabía hacer, que era investigar hechos concretos, no filosofías extrañas, sociedades secretas o conspiraciones políticas.

Los autores materiales de los hechos de la calle Atocha ya habían sido detenidos así que lo único que podía hacer era volver a aceptar trabajos de detective privado de *andar por casa*, como solía decir Julio, sobre todo para intentar sanear algo su economía y, en los huecos



que su trabajo le dejara, seguir a Espinosa y a Redondo para ver si podía conseguir alguna prueba de la organización del atentado. Algo difícil, máxime cuando el juez instructor del caso iba a ser el propio Espinosa.



8

A principios de junio, coincidiendo con el inicio de la campaña electoral, se produjeron multitud de manifestaciones en apoyo y en contra de las elecciones y Julio recibió el primer encargo en siete meses. Lo agradeció porque su maltrecha economía estaba empezando a hacer aguas por todas partes y había tenido que pedir algún préstamo a su ya anciana madre, la que, conociéndole, siempre guardaba algo de sus ahorros para sacarle de sus periódicos apuros económicos. El encargo no era muy complicado, pero le iba a reportar bastante beneficio porque el cliente era un empresario bastante adinerado. Parecía que Julio estaba especializándose en matrimonios con cuernos, aunque esta vez el despechado era el marido en lugar de la esposa.

Solía quejarse de que lo que más hacía era perseguir amantes pero esta vez no se lamentó, incluso lo agradeció, ya que eso le iba a permitir dedicar más tiempo al seguimiento de sus dos objetivos, Espinosa y Redondo, no ya por la pertenencia al GRET, porque eso de momento lo había dejado de lado, sino por su relación directa con el caso de la matanza de la calle Atocha, el primero por ser el juez instructor del caso y el segundo por ser el comisario encargado de la investigación. Julio no entendía demasiado el funcionamiento interno pero sí sabía que ambos deberían colaborar en el mismo, lo que no dejaba de parecerle una sospechosa casualidad.

Quizá el GRET tenía más poder del que pensaba.

El usuario de su servicio de vigilancia, porque no se podía llamar de otra manera, ni siquiera



investigación, era el director de una gran empresa de construcción, Fernando Ortigosa, que estaba edificando en la zona sur de Madrid miles de viviendas, promovidas por un hermano suyo que casualmente trabajaba en el ministerio de obras públicas y urbanismo. Ese tipo de casualidades eran las que enervaban a Julio; aparte de la corrupción y la prevaricación que demostraban, la desfachatez e impunidad con la que lo acometían le parecían intolerables. Le recordaban al caciquismo que imperó en la sociedad española en el siglo XIX por el descaro con el que se llevaba a cabo y el comercio de parabienes que se convirtió en una práctica de lo más habitual. Al menos, pensaba Julio, ahora en democracia saldrán a la luz todos estos manejos ocultos que tanto daño hacen a la sociedad. ¿O quizá no?

En los primeros días de vigilancia pudo ver a la esposa del empresario con diferentes amigas acudir a algunos clubes en los que se reunían para jugar a las cartas o criticar a las amigas que faltaban ese día. Después de estar casi toda la tarde en el club iba al supermercado con la criada que tenían interna y luego volvía a casa. No encontró nada de lo que la mujer pudiera avergonzarse, así que decidió entrar en la casa cuando estuviera vacía, lo que solía ocurrir entre las siete y las ocho de la tarde.

Se internó en la casa sin ningún problema y anduvo buscando algo que pudiera darle una pista sobre las actividades extramatrimoniales de la mujer, pero no encontró nada. La casa era muy grande, de modo que el primer día se dedicó a la planta baja, dejando los dormitorios para el día siguiente, pero tampoco pudo ver nada. Al tiempo de irse, observó que en el techo había una escalerilla escamoteable para subir al desván, pero dada la hora que era decidió dejarlo para el día siguiente.

Cuando entró en el desván la tarde siguiente se quedó petrificado. No se trataba ni mucho menos de un trastero donde guardar enseres viejos o inutilizables, ni una buhardilla que pudiera servir de cuarto de juegos o salita de estar. Aquella habitación era un templo de adoración al Grupo de Recuperación y sus antepasados.



Por las paredes, alternadas con láminas ilustradas con diferentes formas del cuatrefuellas apuntado se alternaban pinturas y fotografías de ilustres integrantes del grupo, todos ellos en el mismo lugar, en la misma postura y con la misma ropa que la fotografía que había visto de Cánovas del Castillo en la biblioteca, todos ellos Cofrades Supremos del GRE, con su capa y su bastón lo que, dedujo Julio, identificaba al jefe de esa banda de fanáticos. Allí se podían ver retratos desde el Marqués de Esquilache hasta el General Franco, pasando por Cánovas del Castillo, Martínez Campos, Manuel Orovio, Primo de Rivera, el General Mola, Dámaso Berenguer o el Cardenal Gomá. En el centro de una de las paredes había un pequeño altar adornado con una tela con diferentes símbolos bordados: el yugo y las flechas, el escudo de España, la cruz católica y varios cuatrefuellas rodeando a los demás símbolos y uno más grande en el centro. Encima del altar había un retrato mayor que los demás con la imagen del actual Cofrade Supremo, Ángel Caballero, lo que confirmaba la veracidad del relato de André Dupont en su ensayo sobre Bellarmino y los sedevacantistas.

En la pared de enfrente del altar había expuestas armas de todas las épocas en las que había existido el GRE, desde mosquetes y bayonetas hasta bombas como las que hay expuestas en la Basílica del Pilar de Zaragoza, templo que también estaba representado en un rincón de la habitación, en un lugar privilegiado junto a otros templos españoles como la catedral de Santiago de Compostela, el monasterio de San Lorenzo de El Escorial o la catedral de Sevilla.

Después de recomponerse del espectáculo que estaba contemplando, Julio abrió el único armario que había en el desván, un armario con las puertas de madera y varios cuatrefuellas apuntados tallados, para ver si encontraba algo que pudiera servir como prueba de la matanza de Atocha o del asesinato de su amigo Guillermo el fotógrafo, pero lo único que encontró fueron la capa y el bastón con el que aparecían todos los allí retratados así como algunos libros, escritos por algunos de los Cofrades Supremos y con el símbolo del GRE en



el lomo de todos ellos, como si de una editorial se tratara en lugar de un grupo de un poder hasta ahora impensable para Julio.

Como el tiempo de que apareciera la mujer se le echaba encima, bajó con rapidez del desván, salió de la casa dejando todo como estaba y se fue a su apartamento, no sin antes parar en Casa Labra a tomar un café y pensar en lo que había visto. Y pensar sobre todo en la casualidad de que le hubieran encargado vigilar a una mujer que vivía en la misma sede del grupo tradicionalista.

Cuando subió a su apartamento se llevó una sorpresa aún mayor que la que le había supuesto el ver el altar en casa de Fernando Ortigosa. En la puerta le estaba esperando una mujer vestida como una colegiala, con una falda gris plisada con la lateral sujeto con un gran imperdible dorado, unas medias azul oscuro, un jersey del mismo color a pesar del calor que ya empezaba a hacer en Madrid y sobre el jersey colgaban una crucifijo y un cuatrefuellas apuntado.

– ¡Hola Irene, cuanto tiempo sin verte! ¿Y qué haces vestida así y con ese símbolo colgando del cuello?

– Es una larga historia. ¿Me invitas a pasar?

– Sí, claro, perdona –respondió Julio tartamudeando al tiempo que abría la puerta–. Es que me quedo aturdido al verte con ese aspecto. ¿Qué te ha pasado?

– Es una historia larga de contar, pero me he infiltrado en el GRET, la primera mujer que ingresa por sí misma y no por ser esposa de algún miembro desde hace casi setenta años. ¿Qué te parece? –dijo Irene orgullosa–. No sabes lo que es eso.

– Pues cuéntamelo. ¿Cómo has conseguido entrar?

– El ponerme en contacto con ellos no ha sido complicado. Sólo me acerqué al juez



Espinosa en una reunión de Falange, con Raimundo Fernández Cuesta a la cabeza que, aunque es un descerebrado ultraderechista, es primo de mi madre, así que hice de sobrinita arrepentida y me colé en la velada donde me fui arrimando poco a poco a nuestro amigo Espinosa, aunque también estaban el comisario Redondo y Ángel Caballero, pero por lo que había podido oír, el juez tiene una especial predilección por las jovencitas, así que me vestí de esta guisa y no tardó ni diez minutos en acercarse a mí.

» Estuve haciéndome la estrecha durante toda la tarde, pero Espinosa no se separó de mí ni un momento. Le dije que estaba en esa reunión porque quería trabajar por una España unida, católica y tradicional, aunque no estaba segura de que Falange fuera la mejor organización para hacerlo por el poco alcance que tenía. El juez me prometió que al día siguiente me llevaría a otra reunión que sí tenía más poder y para la que podría trabajar por España.

» Al día siguiente me llevó a un chalet de un empresario, un tal Ortigosa, donde se reunía la cúpula del GRET. Allí estaban Espinosa, el comisario, Ángel Caballero, el propio Ortigosa y dos de los desconocidos que vimos en París, que son un abogado del Estado y un notario. Espinosa me presentó como a la sobrina de Fernández Cuesta, también miembro del GRET, aunque no del conciliábulo rector del grupo.

» Todos manifestaron sus dudas por tratarse de una mujer, pero Espinosa defendió mi valía y el hecho de ser sobrina de mi tío aparecía como garante de mi lealtad.

– Por casualidad ahora vengo de casa de Ortigosa y he visto el desván del que me hablas.

Julio le contó cómo Ortigosa le había contratado sus servicios como detective y lo que había podido ver hasta el momento. Empezó a dudar de las casualidades y se le hacía muy extraño que entre todos los detectives de Madrid le contratara precisamente a él y que además en su mujer no hubiera ni el más mínimo comportamiento sospechoso.



- Esto no puede ser una casualidad –dijo Irene–.

- Yo tampoco lo creo, pero no entiendo cuál puede ser el motivo, de verdad. Bueno, sigue contándome.

- Pues una vez que me hubieron dado el visto bueno como candidata al grupo, me dijeron que tendría que superar una especie de pruebas iniciáticas. Para empezar tenía que conocer la historia del GRET como la mía propia y me dieron unos cuantos libros de autores que habían pertenecido al grupo. Yo no entendía cómo iba a leer los hechos del GRET en unos libros que nada tenían que ver: novelas, ensayos filosóficos, tratados matemáticos o económicos.

- Ya vi esos libros en el armario del rincón –confirmó Julio–.

- Pues uno de los libros matemáticos resulta que es una explicación de un código que utilizan para comunicarse. Bueno, en realidad son dos códigos, uno para mensajes cortos y otro para explicaciones más extensas. Todos los libros que me dieron estaban escritos con ese segundo código y describen tanto hechos del GRET como planes para realizar alguna acción.

- » Sin ir más lejos, el estudio de Queipo de Llano sobre la Semana Santa sevillana de 1935 es la descripción del plan para el Golpe de Estado de 1936 con el que estalló la Guerra Civil. En él se detallan los ataques a realizar, la propaganda, los diferentes planes según la reacción del gobierno republicano,... La verdad es que eso de utilizar códigos secretos, simbología oculta, etc. es una costumbre habitual entre las sociedades secretas, pero este código es tan potente que se puede detallar cualquier mensaje en un texto de cualquier tipo.

- » El resto de los libros sobre todo exponían planes similares para las diferentes épocas en las que ha actuado el GRET. Por ejemplo hay un libro de principios de 1874, escrito por Martínez Campos en el que detallan los planes para el pronunciamiento militar que supuso la



restauración borbónica y la llegada de Alfonso XII al trono de España. En el libro se pueden ver con claridad las órdenes para su entrada en Sagunto, el traslado de las tropas de Luis Dabán a esa misma ciudad y la proclamación del hijo de Isabel II como nuevo rey de España.

» En otro libro, el que luego sería Fernando VII, en un supuesto relato novelado, expone con detalle cómo organizar el motín de Aranjuez, con el que se cargaron a Godoy y tras el que tuvo que abdicar su padre Carlos IV en el entonces Príncipe de Asturias. En realidad no lo escribió el príncipe Fernando sino que lo hicieron unos cuantos nobles que formaron un grupo opositor a Godoy y Carlos IV que luego se denominó *La Camarilla*. Por supuesto, todos estos nobles pertenecieron al GRET, no así Fernando VII, pero eso les daba igual; la cuestión era poder transmitir el mensaje y quedar en un supuesto anonimato.

» Otro libro de los que me dieron no está escrito en clave y, en cambio, es muy claro y conciso. Son las instrucciones que dio un ministro de Fernando VII llamado Francisco Tadeo Calomarde para crear los Tribunales de Fe Diocesanos, un sustituto de la Inquisición que casi la dejaba a la altura del barro. La llamada *Década Ominosa* fue una de las épocas doradas del GRET. Como verás estamos ante una cuadrilla de reaccionarios e intolerantes que no dudan de cualquier medio para conseguir sus fines.

– Muy interesante la historia, la verdad. No deja de parecerme mentira esto de los códigos, los ritos de iniciación, las sociedades secretas y toda esa parafernalia –dijo Julio–. ¿Y eso fue todo lo que tuviste que hacer?

– ¡Qué va, ojalá! Eso no era más que el paso previo. La verdad es que me resultó bastante fácil e incluso interesante. Siempre me ha gustado la historia y todo esto de los códigos, criptografía y demás. En una semana ya me había estudiado todos los libros y me hicieron un examen.

– ¿Y en qué consistió el examen?



- Eran dos partes. Primero me hicieron unas cuantas preguntas sobre hechos del GRET y luego me dieron dos mensajes; el primero tenía que descifrarlo y el segundo encriptarlo en una receta de cocina.
- ¿Y qué tal te salió?
- La duda ofende, chaval –dijo Irene entre risas–. No tuve problema. Entonces me encomendaron la segunda parte de las pruebas para poder acceder al rito de iniciación.
- ¡Joder! Suena como si fueras a ordenarte monja o algo así.
- ¡Pues casi! La siguiente prueba era para ver mi grado de implicación con la Iglesia Católica, pero en realidad era una prueba trampa, pero yo ya iba sobre aviso. Me contó Marcelino que esta cuadrilla eran muy extremistas y tradicionalistas en lo que a religión se refiere, así que me documenté bien sobre las diferentes corrientes en la Iglesia y arriesgué mi jugada haciéndome pasar por sedevacantista. ¿Sabes lo que es eso? –preguntó Irene segura de que Julio no iba a saber responder–.
- Sí, algo he leído en los últimos tiempos sobre el tema –respondió Julio como quien no quiere la cosa–.
- A veces me sorprendes tú a mí, Julio. Bueno, la cuestión es que me preguntaron por el Concilio Vaticano II y el rito de la misa y ahí hice una actuación digna de un Óscar. Empecé a despotricar del Concilio, de los Papas llamándolos herejes, del rito actual de la misa, diciendo que ni es misa ni es nada comparada con el rito de siempre,... Vamos, que me despaché a gusto y los dejé anonadados. De hecho me convalidaron, por así decirlo, la tercera prueba. Y menos mal, porque debía de cargarme a alguien. Estos juegan con la vida de los demás como quien va a ver una película; la verdad es que a veces me dan escalofríos.
- ¿Y qué pasó después?



- Me convocaron para anteayer para hacer el rito de iniciación y considerarme miembro de pleno derecho del GRET.
- Me parece mentira que acepten a una mujer siendo como dices que son –comentó Julio—. En ninguno de los libros ni retratos que he visto hasta ahora relacionados con el grupo hace la más mínima mención a una mujer. Me da miedo que nos hayan descubierto y nos estén preparando una encerrona, tanto a ti como a mí.
- Y a mí también me da miedo, pero según he podido comprobar, ha habido muchas mujeres en la historia del GRET. En realidad, todas las esposas de los miembros del grupo pertenecían también a la secta, además de otras que por su carácter y posición les han parecido merecedoras de ese dudoso honor. La viuda de Franco por lo que entendí todavía tiene mucha influencia en el grupo. Lo que sí es cierto es que ninguna ha llegado a ser Cofrade Supremo.
- ¿Y el rito ese, cómo fue?
- Muy fascista. Cantamos el *Cara al sol*, rezamos ante la foto de Franco y recitamos un panegírico que se lleva recitando desde la fundación del GRET, por supuesto en latín. Al final, Ángel Caballero, vestido como Cofrade Supremo con su capa y su bastón me colgó este símbolo –dijo Irene enseñándole a Julio el cuatrefuellas apuntado—. Es de oro macizo.
- ¿Y ahora qué va a pasar?
- Pues la verdad es que no lo sé. El día de las elecciones tenemos una reunión por la noche para ver cómo ha ido la jornada.



9

El 15 de junio se celebraron las primeras elecciones democráticas después de cuarenta y un años. La jornada transcurrió sin mayores incidentes que alguna algarada y alguna pelea sin excesiva importancia. Julio e Irene lo pasaron en la sede de Comisiones Obreras, acompañados de Camacho y otros dirigentes del sindicato, siguiendo las noticias que se iban produciendo y que el gabinete de prensa les iba pasando; incluso comieron en la misma sede sindical unos bocadillos y sándwiches que les habían preparado en un bar cercano, casi una subsede de la agrupación de trabajadores, pues siempre había multitud de miembros de la organización a cualquier hora.

Antes del cierre de las urnas, a las siete de la tarde, Irene se tuvo que marchar para acudir a la reunión del GRET, aunque esta vez se iba a celebrar en un local que Irene no conocía. Estaba situado en pleno barrio de Salamanca, en un palacete de la calle Padilla, que pertenecía a una familia de industriales que lo iba vendiendo poco a poco para ir saneando su economía que se iba degenerando debido a los gastos de los herederos que no se acostumbraban a llevar una vida normal.

Esta vez el local era un sótano que habían acondicionado al estilo de los que ya conocían ella o Julio, en la casa del empresario o en la Iglesia de San Pedro de Montmartre, sólo que esta vez estaba mucho mejor preparado. Además de la decoración del lugar con las fotografías, símbolos o banderas, tenían una cocina equipada con los últimos electrodomésticos, dos grandes baños y una sala dotada con una televisión, radio y un



ordenador enorme conectado con uno de los ordenadores centrales del Ejército de Tierra, gracias a la labor de uno de los técnicos del Ejército que pertenecía al GRET. Por aquel entonces los ordenadores eran unos tremendos armatostes que se programaban con unas tarjetas perforadas y que no se comunicaban de una manera fácil. Para ello tuvieron que aprovechar las conducciones telefónicas para tender un cable entre ambos equipos, de manera que el ordenador del GRET sólo podía acceder a información del ordenador con el que estaba conectado; eso sí, a través de él podía acceder e otros ordenadores del Ejército y de los Ministerios de Defensa y de Interior, siempre y cuando el técnico miembro del GRET estuviera en el control del ordenador instalado en la sede de la Capitanía General del Ejército de Tierra.

Irene llegó puntual a la reunión. Llamó al timbre de la dirección que le habían dado y le abrió la puerta una mujer menuda, ya entrada en años, vestida de doncella. Irene dijo la contraseña convenida y la mujer la hizo pasar a una sala con una puerta camuflada en la decoración de la pared, que daba a la nueva sede central del GRET.

Todavía no habían llegado la mayoría de los asistentes y allí sólo estaban el comisario Redondo, el juez Espinosa y alguien que heló la sangre de Irene: el supuesto siervo de la plana mayor, el personaje que habían seguido en París, Roberto Lahuerta. Dado el cambio de imagen que había sufrido Irene, con su atuendo de colegiala de colegio de monjas y con el pelo recogido, Lahuerta no la reconoció, pero la situación puso en alerta a Irene.

Poco a poco fueron llegando los asistentes a la reunión. Irene ya conocía a todos menos, supuestamente, a Lahuerta. El juez se lo presentó como uno de los miembros de intendencia del grupo, el que organizaba las labores en el extranjero, unas veces en París, otras más cerca de la frontera, otras en Lisboa,... Irene lo saludó con amabilidad e intentó hacerse la distraída todo lo que pudo para no estar frente a frente con Lahuerta. La sangre fría de la que presumía Irene se le fue calentando conforme pasaban los minutos y no daba comienzo la



reunión.

Por fin se sentaron todos alrededor de una gran mesa ovalada que ocupaba el centro de un salón de ochenta metros cuadrados. Ocho velones ardían en torno a la mesa y a buen seguro eso hubiera bastado para alumbrar la estancia, pero su luz se reforzaba con unos focos colocados encima de cada uno de los retratos de los ilustres miembros del GRE. Al pensar en el presupuesto que debía de manejar el grupo, Irene no dejaba de preguntarse por las fuentes de financiación del mismo. Se dijo que algún día intentaría averiguar de dónde provenían los ingresos, pero ahora debía permanecer atenta a todo lo que allí se dijera. Temía que esta reunión no iba a ser una trivialidad como las anteriores, en las que se dedicaban a ensalzar las grandezas de una España tradicional, católica y dirigida por el GRE así como a criticar a los rojos, masones y demás ralea, pero sobre todo a los chaqueteros que había abandonado los principios del Movimiento para abrazar una supuesta democracia, a la que no daban más de unos meses de vida. Unos meses en los que ellos se volverían a alzar por el poder.

Por fin comenzó la reunión, no sin antes entonar el latinajo del panegírico que tanto le había costado aprenderse de memoria, por mucho que presumiera de ella.

– Hemos conectado con el ordenador del Ministerio del Interior y ya han empezado en llegar resultados oficiales –comenzó diciendo el Cofrade Supremo, Ángel Caballero–. De seguir así los resultados me temo que vamos a tener que actuar de otra forma.

– ¿Y cuáles son esos resultados? –preguntó el juez Espinosa–.

– Ninguna de nuestras principales bazas, *Alianza Nacional del 18 de julio* de Raimundo Fernández Cuesta ni la *Falange Auténtica* de nuestro amigo Pedro Conde ha conseguido ningún escaño. Por supuesto va ganando la UCD de Suárez, pero hasta el PSOE y el PCE han conseguido más escaños que Fraga y su *Alianza Popular*. En especial el PSOE, que



habría conseguido más de cien escaños.

– ¡Si es que esto se veía venir! –gritó el comisario Redondo. Irene no se atrevía a hablar para no llamar la atención de Lahuerta—. ¿A quién se le ocurre legalizar a toda esa lista de partidos de rojos, catalanes y vascos?

– Tranquilízate –le conminó Ángel Caballero—. Tenemos que tener templanza para lo que se nos viene encima. Hemos de decidir qué vamos a hacer. Está claro que esto no puede quedar así. Los españoles no saben lo que les conviene y por eso hemos de hacer nosotros lo que necesita España y eso es que vuelva el poder a nuestras manos. Ahora bien, la pregunta es qué medios debemos usar para conseguir el fin que perseguimos.

– Yo creo que habría que empezar por tomar el control de la prensa, ir aleccionando a los españoles y así ir enseñándoles a saber qué necesitan y mostrándoles el error que han cometido votando a los rojos y al traidor de Suárez –apuntilló el juez Espinosa—. Y luego ya veríamos si tomar o no el control del Gobierno.

– ¿Y cómo harías eso? –preguntó Redondo– ¿Otro golpe y otra guerra? Tal y como está la situación no tenemos nada que hacer. Los españoles están hartos del Movimiento, de la guerra y lo único que quieren es democracia, por mucho que nos pese. Tenemos que asumir la situación y ser realistas. Quizá deberíamos pensar que la democracia es lo mejor y dejarnos de historias.

Según iba terminando la frase, Ángel Caballero se levantó, sacó una pistola de debajo de la capa y le metió dos tiros en el centro de la frente de Redondo, que cayó al suelo con una expresión de miedo y sorpresa que heló la sangre de Irene, que no pudo menos que emitir un grito de espanto.

– Ya llevaba tiempo tocando los cojones –le dijo Espinosa a Irene, intentando justificar el asesinato de Redondo—.



– Pero ¿ahora qué va a pasar? –dijo Irene intentando aparentar una serenidad que distaba mucho de tener–. Es un comisario con mucho poder en la Policía. ¡Se nos van a echar encima! Seguro que alguien ha oído el disparo.

– La sala está insonorizada y no se oiría ni un mortero. Y por la Policía no te preocupes, de eso me encargo yo. Nadie sabrá dónde buscar ni creo que nadie lo busque. Redondo estaba empezando a ser odiado entre los suyos por los bandazos que estaba dando. Ya no se fiaba de nadie. Desde lo de los abogados rojos que mandamos al otro barrio estaba un poco blando y quería demostrar que éramos nosotros los que habíamos organizado todo. Gracias a eso descubrimos que estaba infiltrado en el grupo desde hace años y quería reventarnos. Lo de los abogados lo hicimos sobre todo para ponerlo a prueba, pues sospechábamos de él desde hacía tiempo.

Irene pensó unos momentos qué decir y por dónde tirar. El miedo la estaba atenazando, pero se obligó a pensar con lucidez y rapidez; no quería acabar como Redondo, pero quería conseguir alguna prueba. Si Redondo había llegado hasta allí significaba que había alguna posibilidad de implicarlos. Tenía que seguir manteniendo el tipo, pero debía ser más lista que el comisario o, de lo contrario, acabaría con la misma cara que ahora miraba hacia Ángel Caballero con los ojos abiertos de par en par y los brazos formando una cruz.

– ¿Y qué vamos a hacer con el cadáver? –según iba diciendo la pregunta se estaba percatando que no la debía de haber formulado–.

– ¿Y a ti qué más te da? –intervino Lahuerta. ¿Quizá la habría reconocido?–.

– Me preocupa, nada más. Cualquier resquicio está claro que puede ser empleado por alguien para atacarnos. ¿Quién te dice a ti que Redondo no había hablado con nadie de nosotros ni de este sitio?

– En eso tiene razón, Roberto ¿no te parece? –terció Caballero que había asistido a la



conversación—. Pero no te preocupes Irene, que sabemos quién está de nuestro lado y quién no —le dijo mirándola a los ojos—.

¿Acaso Ángel Caballero sospechaba de Irene o simplemente quería evitar cualquier enfrentamiento? Eso se estuvo preguntando Irene sin cesar.

Caballero hizo una llamada y al cabo de unos minutos vinieron dos hombres fuertes, con traje y gafas negras, ataviados con una bolsa grande donde metieron a Redondo. También se llevaron el sillón que ocupaba el comisario y una sirvienta entró a limpiar la sangre. Tanto los matones como la fámula hicieron su trabajo como quien está barriendo el polvo, parecía que aquello no fuera con ellos.

Cuando terminaron reanudaron la reunión como si nada hubiera pasado. Parecía como si todos supieran lo que allí iba a pasar, o al menos disimulaban muy bien sus sentimientos, fueran cuales fuesen, miedo, rabia, sorpresa, indiferencia,... Irene trataba de hacer lo mismo, pero no podía dejar de sentir encima de ella la mirada desconfiada de Lahuerta.

— Me van entregando datos y parece que se va confirmando lo que nos temíamos. No podemos esperar nada de esta chusma que no sabe ni razonar —dijo Caballero cambiando de tema—. ¿Alguien más piensa que debemos dejar hacer a la *populachocracia*?

Nadie respondió. Irene observaba las caras de todos los asistentes a la reunión para ver si alguna expresión delataba al menos desacuerdo, pero no vio moverse ni un sólo músculo, salvo los ojos de Lahuerta, que iban de Caballero a ella alternativamente. Estaba claro que algo sospechaba, aunque tampoco debía de estar muy seguro, pues en caso contrario allí mismo la habría matado, o al menos la habría denunciado ante los demás miembros de aquel grupo de criminales justicieros. Allí no se andaban con chiquitas.

El resto de la reunión la pasaron discutiendo acerca de qué debían hacer para cambiar el rumbo de España, de los derroteros equivocados que estaba tomando. A cada propuesta que



hacían más se le helaba la sangre a Irene.

Por fin terminó la reunión, pasadas las doce de la noche. Irene en lugar de ir a su casa pensó en ir a ver a Julio, pero reaccionó a tiempo ya que la podría estar siguiendo Lahuerta, así que decidió irse a su piso a descansar. Hasta ese momento, nunca nada le había quitado el sueño, pero la frialdad y crueldad de Ángel Caballero y sus adláteres conseguían acabar con la indiferencia de sus sentimientos.

¿Por qué no podían aceptar aquella cuadrilla de tercos fanáticos que la democracia no era tan mala? Todos los países del entorno de España la habían establecido como su forma de gobierno y a todos les iba mucho mejor que a España. Todavía quedaba un inmenso trabajo por hacer, pero esos primeros pasos que se estaban dando parecían firmes, no titubeaban. Quizá los cuarenta años que habían pasado desde las elecciones anteriores daban algo de confianza a la hora de afrontar nuevos retos, pero los del GRET no lo creían así.

Irene no estaba de acuerdo con los medios que empleaban ni con sus ideas, pero había podido comprobar que el ansia de poder era secundaria para ellos; en realidad pensaban que su forma de entender la política, la religión o la forma de Estado eran las mejores. Eran herederos del liberalismo y pensaban que el poder lo debían detentar los mejores y que a los ineptos, incultos, analfabetos o incapaces ni había que pedirles su opinión ni dejarles participar en nada que no fuera prestar su fuerza de trabajo al Estado a cambio de lo imprescindible para vivir. Casi era una nueva forma de comunismo aristocrático lo que el GRET pretendía implantar en España. ¿Y si estaban en lo cierto? Aquella pregunta no dejaba de martillearle la cabeza, pero Irene no quería más que deshacerse de ella, no quería ni siquiera pensar que pudieran tener el más mínimo atisbo de razón.

Prejuicios. Eso era lo que le estaba impidiendo ver con claridad. Ella siempre había hablado del pensamiento crítico, de no dejarse influir por lo que le venía dado y de ser capaz de



pensar por sí misma. Desde niña lo único que había conocido era las ideas progresistas o de izquierdas, la filosofía de Sartre o Simone de Beauvoir, las ideas de su amigo Marcuse y el sindicalismo de su querido Marcelino Camacho. Había odiado a Franco, a los camisas azules, el Movimiento, la religión junto con su Iglesia y su clero,... Y los había odiado porque era lo que le habían enseñado a hacer, no porque ella lo hubiera conocido y hubiera decidido que eran merecedores de su odio. Debía de pensar con más claridad y aplicar ese pensamiento crítico que siempre había exigido de los demás pero que ella se resistía a aplicar en ese momento.

Cuando llegó a casa, nada más entrar por la puerta, oyó sonar el teléfono.

– Hola Irene, soy Ángel Caballero. Después de irte, hemos tenido una reunión a tus espaldas para decidir si te hacíamos o no un encargo. Lahuerta era reacio, pero todos los demás hemos estado de acuerdo –dijo Caballero con voz de satisfacción–.

– ¿De qué se trata? –respondió Irene lacónicamente–.

– ¿Podemos vernos ahora? ¿Conoces el Club del 27, en la Castellana? –dijo Caballero con voz de satisfacción–.

– Sí, pero no he entrado nunca y creo que la entrada está bastante restringida.

– No te preocupes por eso. Te espero en veinte minutos.



10

Mientras esto ocurría, Julio estaba sufriendo una de sus cada vez más frecuentes crisis. Por suerte, hasta entonces siempre le acaecían de noche, pero los síntomas eran cada vez más evidentes y significativos. Esa noche, la de las elecciones del 15 de junio de 1977, una de las noches más esperadas por él desde que tuvo uso de razón política, la pasó tumbado en la cama, incapaz de ver la televisión para seguir los resultados que se iban produciendo.

Cada vez que se intentaba levantar parecía como si el espacio de su habitación empezara a girar vertiginosamente. Y vértigo era lo que sentía que más le incapacitaba, mucho más que el dolor o la pérdida de sensibilidad de medio cuerpo. Cada vez las crisis duraban más tiempo y le costaba más recuperarse; notaba además que la recuperación no era completa y a cada brote le iba quedando alguna secuela más.

Esa noche, ya que no se podía levantar, cogió de la mesilla un bolígrafo y un cuaderno para escribir sus notas pero le fue imposible; el bolígrafo se le caía entre los dedos y no fue capaz de escribir una sola palabra.

Viendo que era incapaz de hacer nada se durmió. A la mañana siguiente le despertó un temprano toque del timbre de la puerta de su apartamento. Se había olvidado de la crisis de la noche anterior, así que se levantó con rapidez, pero en cuanto apoyó la pierna derecha se fue al suelo como si de un fardo se tratara. Se puso en pie como pudo, se enfundó un albornoz y apoyándose por las paredes y los muebles consiguió llegar a abrir la puerta.



Al otro lado se encontraba Irene, con ojeras y bolsas debajo de los ojos a modo de pruebas fehacientes de que la noche la había pasado en vela.

– Hola Irene, buenos días –dijo Julio apartándose lo justo para que Irene entrara en el piso–.

– Buenos días Julio. Te veo un poco extraño ¿has pasado mala noche? –preguntó Irene viendo las dificultades de Julio para mantenerse en pie–.

Julio le confesó las crisis que le iban sobreviniendo, cada vez más habituales, y los síntomas que presentaba –mareos, pérdida de fuerza, dolores, vista doble, pérdida del habla–. Esta confesión le sentó muy bien, supuso la pérdida de un peso que le oprimía y le impedía pensar con claridad y actuar con precisión.

Irene preparó dos tazas de café que acompañaron con unos bollos que subió de Casa Labra y desayunaron con tranquilidad, sin comentar nada de las elecciones ni de la reunión de Irene en el GRET. Poco a poco Julio fue retomando el tono y se fue sintiendo mejor.

– Tú tampoco tienes muy buena cara Irene –dijo Julio–.

– No he dormido esta noche. La reunión de ayer me ha dejado conmocionada, nunca había vivido algo tan intenso como ayer.

Irene le relató a Julio la reunión del día anterior, le describió la nueva sede del GRET, con sus sistemas de la última tecnología en comunicaciones e información, la sospecha de que Lahuerta la había reconocido, el asesinato del comisario y la frialdad de los asistentes ante el crimen. Lo que no le comentó a Julio fueron las dudas que le estaban surgiendo a ella acerca de lo que está bien y está mal o acerca de lo que es bueno o malo en política o en cualquier otra faceta de la vida. Se estaba dando cuenta de que no hay nada blanco o negro y que sólo existen términos intermedios. Quería apartar de su mente sus dudas, aun a sabiendas de que eran los prejuicios los que estaban guiando su comportamiento, pero ese sentimiento era



más fuerte que ella.

– ¡Vaya! Parece que después de todo mi amigo el comisario Redondo no era tan malo como pensaba yo –exclamó Julio–.

– O tal vez los demás son aún peores. Yo no sé si Redondo se infiltró con la intención de pillarles o más bien se unió al grupo y poco a poco se fue desencantando con ellos o se fue asustando de lo que allí veía. No es lo mismo darle una paliza a un detenido que dar un golpe de Estado, ¿no te parece?

– Sí, quizá tengas razón –reconoció Julio–. ¿Y ahora, qué vamos a hacer? Yo debería de seguir investigando a la mujer de Ortigosa, al menos para no levantar sospechas y mantener un poco mi maltratada economía.

– ¿Pasas apuros?

– Sí, la verdad es que sí. Desde que nos fuimos a París he vivido con lo poco que tenía y allí gastamos mucho.

– ¿Y por qué no se lo dijiste a Marcelino?

– Porque era un tema personal, no tenía nada que ver con el sindicato.

– Ya, pero una ayuda no te hubiera venido mal ¿no? –sugirió Irene–.

– Como siga así la cosa no te extrañe que tenga que pedírsela. Ahora de momento voy a intentar exprimir más a Ortigosa, hasta que la vaca se quede seca –dijo Julio acariciándose la cicatriz–.

– ¿Y no te parece mucha coincidencia que uno de los gerifaltes del GRET sea quien te ha hecho tu primer encargo desde que estuvimos en París?

– Quizá sí –asintió Julio–, pero no alcanzo a entender qué podría pretender Ortigosa o quien



sea haciéndome llegar hasta allí. Y si así fuera, ¿no podría ser que tu admisión en el grupejo pueda deberse a razones similares?

– Tienes razón. Me parece que nos estamos metiendo en un lío del que no vamos a saber cómo salir. Pero no te he contado cómo continuó mi noche ayer.

– ¿No me digas que te liaste con Espinosa?

– No, no van por ahí los tiros, aunque seguro que a él no le hubiera importado. No puedo evitar sentirme desnudada por su mirada, pero de momento no ha pasado de ahí la cosa.

– ¿Y entonces?

– Nada más entrar en casa me llamó Caballero. No sé cómo consiguió mi teléfono, porque no se lo doy a casi nadie y no aparezco en la guía. Además supongo que alguien me habría seguido. Menos mal que decidí no venir a verte hasta hoy, aunque nada me asegura que no me hayan seguido esta mañana.

» La cuestión es que Caballero me llamó para encargarme un trabajito, que la verdad me ha llamado mucho la atención. Resulta que la financiación del GRET se está viendo resentida y necesitan alguna fuente de ingresos alternativa y, como no podía ser de otra manera, no iba a tratarse de nada muy ortodoxo. Parece ser que hay un tesoro escondido y me han encargado buscarlo.

– ¡Venga allá! –dijo Julio incrédulo–. No me cuentes patrañas que no estoy de humor.

– No te estoy mintiendo, de verdad. Yo de momento no sé si creérmelo o no, pero voy a actuar como si así fuera, a ver qué me depara el curso de los acontecimientos.

– ¿Y dónde tienes que buscar ese supuesto tesoro?

– Ahí está lo más interesante del tema. Resulta que cuando el duque de Alba confiscó el



cuadro *El Jardín de las Delicias* de El Bosco, a Guillermo de Orange, líder de la rebelión holandesa contra la casa de los Habsburgo, consiguió averiguar que por mucho que todo el mundo se haya empeñado en que representa el paraíso, el infierno y la tierra, no es más que un mensaje sobre el paradero de un tesoro de la Casa de Nassau, escondido desde el siglo XV para evitar su robo por parte de la casa real alemana.

– ¿La Casa de Nassau?

– Sí. Yo tampoco había oído hablar de ellos, pero parece ser una familia nobiliaria alemana de la que descendían por un lado la familia de Orange y por el otro la actual familia real de Luxemburgo.

» Por lo que me contó Caballero, Felipe II se debió de enterar y por eso adquirió el cuadro en la subasta de los bienes del duque de Alba y se lo llevó a su dormitorio de El Escorial, donde pasó los cinco últimos años de su vida intentando descifrar el cuadro, lo que se convirtió en una obsesión que terminó por volverle loco.

– ¿Y por qué te lo piden a ti?

– Parece ser que les impresionó mi manera de aprender y usar el código secreto de los libros y han pensado que quizá yo sería capaz de resolver el enigma, si es que de verdad lo hay –confesó Irene–. Lo que sí me dejó claro es que esto lógicamente suponía mi adhesión irrenunciable al GRET y mi supervisión constante. Da lo mismo si abordo o no el trabajito, pero me parece que no voy a poder salir de esto si no es con los pies por delante.

– ¿Y a ti lo único que se te ocurre es venir aquí, a mi casa, a contármelo? –preguntó Julio alarmado–. Esto me parece todo muy raro, de verdad. Si alguno del GRET no sabía de mi existencia, a estas horas ya sabrán de mí.

– No seas melodramático, Julio. ¿Crees que hubiera venido hasta aquí si no estuviera



segura de que no me han seguido? –dijo Irene molesta–.

– ¿Y cómo puedes estar segura de eso? Además antes has dicho que no estabas segura. Perdóname si soy un poco brusco; ya sabes que te aprecio mucho, pero estoy muy acojonado con lo que me está pasando y el saber que en el portal de mi casa tengo un asesino con la sana intención de pegarme un tiro cuando ponga un pie en la calle no me tranquiliza mucho, la verdad.

– ¿Sólo me aprecias? Yo pensaba que sentías por mí algo más que aprecio.

La pregunta entró en Julio como si de una bocanada de aire helado le hubiera despertado de un mal sueño. No sabía qué responder. Hacía muchas semanas que no pensaba en ella como mujer pero la cuestión de Irene le había devuelto de repente a una calle de París, observándola con su ropa hippie y la mirada que le atravesaba los ojos para llegar directa al corazón.

Julio se levantó, cogió la mano de Irene y la alzó para besarle en los labios, el beso más tierno y sincero que había dado nunca. Y eso Irene lo notó, correspondiéndole desanudando el cinturón de su albornoz.

Cayeron abrazados en la cama todavía caliente e hicieron el amor como Julio no recordaba o no conocía. Quizá él nunca había hecho el amor, sólo se había acostado con fulanas o ligues pasajeros. Nunca había experimentado ningún sentimiento metido entre las sábanas; aquella era la primera vez.

– ¿Por qué nunca expresas tus sentimientos? –dijo Julio exhausto–.

– No sé por qué dices eso –fue la evasiva de Irene–.

– Parece mentira que una chica como tú, que eres capaz de expresar la filosofía más compleja de una forma que hasta un ceporro como yo la puede entender, no puedas ni



siquiera decir dos palabras como “*te quiero*”.

– Pero es que yo no sé si te quiero.

– ¿Y esto?

– Sexo, sólo sexo.

No todo fue placentero. Cuando Irene requirió de nuevo a Julio, éste fue incapaz de atender a su llamada. Tenía la excitación sexual necesaria, pero el cuerpo no le respondía, de nuevo no tenía sensibilidad en la parte derecha del cuerpo, y mucho menos en el miembro más necesario en ese momento. Irene notó la cara de pánico que tenía Julio y comprendió lo que estaba pasando.

– ¿Crees que esto tiene algo que ver? –preguntó Irene–.

– ¿Cómo quieres que lo sepa? –dijo Julio en un tono más seco–. No sé si tendrá que ver con los problemas físicos que estoy teniendo o más bien con el desplante que me has hecho.

– ¿Y qué quieres que te diga? ¿Que te quiero, si no es verdad? Yo nunca he estado enamorada –dijo Irene mientras una lágrima le acariciaba la mejilla–. No sé qué es eso.

– Ni lo sabrás. Tienes una piedra debajo del pecho.

– No estás siendo justo conmigo, Julio. He venido a verte y hemos echado un polvo. ¿Qué más quieres?

– Algo de cariño. Y algo de congruencia. Primero me dices que crees que siento por ti algo más que aprecio. Luego te acuestas conmigo y para rematar la faena me dices que no me quieres. De verdad Irene, las mujeres sois raras por naturaleza, pero tú te llevas la palma. Ahora, si no te importa, me gustaría quedarme sólo.

– ¿Para qué? ¿Para deleitarte en tu propia miseria? ¿Para poder tener motivos para



autocompadecerte? –dijo Irene conforme se iba vistiendo-. Creía que eras un poco más maduro. Ni siquiera un niño de diez años tiene rabetas como ésta. Si quieres que me vaya me iré, pero no creo que eso te vaya a hacer sentirte mejor.

– Quizá no, pero es lo que necesito ahora y sé que si sigues aquí podríamos empezar a decirnos cosas que no queremos decir y que ni siquiera pensamos.

– En eso estoy de acuerdo contigo. Siento que se acerca una etapa de mi vida diferente y quería tener un buen recuerdo de ésta, pero me lo has jodido, cariño –fueron las últimas palabras de Irene, ahogadas por el sonido del portazo del pisito de Julio-.

Aquella fue la primera vez que se sinceraron, la primera vez que se acostaron y la primera bronca como pareja. Si ese era el comienzo, Julio se preguntó cómo sería el resto. Sabía que con Irene tendría una relación de las de *ni contigo ni sin ti*. Julio empezó a sollozar, lo que rápidamente se convirtió en un llanto amargo y salado. Sin poder serenarse, se quitó por tercera vez su albornoz y se acostó para tratar de dormir, pero la amargura le superaba, hasta que el agotamiento le venció y entró en un profundo sueño.



11

Temprano, a la hora misma de la apertura, Irene acudió a las puertas de El Prado. En el autobús toda la gente iba comentando la victoria, todavía provisional, de Suárez en las elecciones y, sobre todo, el ascenso meteórico del PSOE con Felipe González a la cabeza. El resultado hasta el momento era el que habían augurado los primeros datos conocidos en la sede del GRET. Se preguntaba si en ese momento estarían reunidos intrigando o estarían esperándola con el resultado de su investigación.

Sentía el peso de una mirada inquisitiva sobre ella, pero era incapaz de discernir si la estaban siguiendo o no, lo cual le produjo un gran desasosiego, pues le hacía dudar de si en realidad podía estar segura de si la habían seguido o no al ir a casa de Julio. Tenía que ser más cuidadosa en adelante y debía averiguar si en el grupo tenían o no conocimiento de Julio. Las sospechas levantadas por el encargo de Ortigosa y esta nueva duda le apesadumbraba, y más ahora que se habían destapado sus sentimientos. Dos personas que se preciaban de independientes, fríos, inmunes al amor e incluso al más leve cariño, se veían ahora en el inicio de una relación que se preveía, como mínimo, tempestuosa.

Por fin llegó el autobús y se adentró en la sala tan conocida para ella en la que se exponía *El jardín de las Delicias*. Ahora debía dejar su mente en blanco, debía de borrar por un tiempo no ya a Julio, sino también todas las teorías que se habían escrito y las que incluso ella misma se había hecho sobre el significado de aquella pintura. Había pasado largas horas en esa misma sala, en el mismo banco en el que ahora se encontraba, observando el grandioso



cuadro y haciendo conjeturas sobre el significado de cada uno de los extraños e intrigantes dibujos que jalonaban la obra de Don Hieronymus Bosch, como a ella le gustaba llamarle, como una señal de respeto y deferencia hacia su más admirado pintor.

Como otras tantas veces se sentó en el banco que se encontraba justo enfrente de la tabla, observándolo primero en su conjunto y luego más en detalle. Pasados unos minutos en los que consiguió evadirse y concentrarse sólo en el cuadro, sintió cómo alguien se sentaba a su lado.

- Quizá deberías trabajar sobre el original –dijo Caballero a modo de saludo–.
- ¿Quiere decir que éste no es el cuadro que pintó El Bosco?
- Así es. El original estaba hasta hace unos meses en una estancia del palacio de El Pardo. Cuando terminó la guerra, Franco mandó hacer una copia exacta del cuadro y colgarlo aquí. Como antes de la guerra estaba en El Escorial, se aprovechó su traslado a esta sala para dar el cambiazo. Franco estaba enamorado del cuadro, lo mismo que Felipe II, y cuando se enteró de su verdadero contenido, quiso tenerlo cerca para intentar descifrarlo, pero ni él ni las demás personas que lo intentaron lo consiguieron. Como comprenderás no se puede poner a cualquiera a hacer este trabajo y durante muchos años sólo miembros del GRET han estado al corriente y han intentado descifrarlo. Ahora te toca a ti. Desde hace unos meses está en nuestro poder, en un sótano que a partir de ahora será tu casa.
- ¿Y qué pasará si no lo consigo? –preguntó Irene–.
- No te preocupes ahora por eso. Tú sólo dedícate en cuerpo y alma al trabajo que se te ha encargado. Para eso vas a venir conmigo a donde está instalado el cuadro, pero antes pasaremos por tu casa para que recojas algo que puedas necesitar. No sé si te habrás dado cuenta, pero cuando he dicho que el sótano donde está va a ser tu casa, lo he dicho de forma literal. No saldrás de allí hasta que no termines tu trabajo.



– ¿Me está secuestrando?

– Yo no lo veo así, tan dramático –dijo Caballero con una sonrisa irónica–. Sólo estamos proporcionándote los medios para que puedas hacer tu trabajo sin distracciones, para que puedas concentrarte y entregarte en cuerpo y alma.

Irene se levantó con la intención de largarse de allí pero al girar sobre sí misma se dio de bruces con los dos matones que la otra noche se habían llevado a rastras el cadáver del malogrado comisario Redondo. Y visto cómo se las gastaban los amigos del GRET, prefirió cambiar su actitud y responder con total sumisión a todos los requerimientos y deseos de Ángel Caballero, como si en ello le fuera la vida. Y así era.

Cada nuevo acontecimiento, cada nuevo contacto con el GRET, le hacía dudar más sobre la realidad de la situación que estaba viviendo. Tenía muchas preguntas sin respuesta. ¿De verdad la habían admitido en el GRET como una miembro más o sólo habían pensado en ella para intentar resolver el enigma del cuadro? ¿Si es así, cómo habían logrado engañarla para que se pusiera en contacto con ellos? Si por el contrario la habían admitido como un miembro real del grupo, ¿qué pasaría cuando descubriera el paradero del supuesto tesoro? ¿Y si no lo descubría? ¿Y qué papel jugaba Julio en todo esto, si es que jugaba algún papel? ¿El contacto de Ortigosa fue casualidad o estaba premeditado? Si fue así, ¿qué era lo que querían de Julio?

Con tantos interrogantes martilleando su cabeza, el dolor de ésta se le hizo casi insoportable, así que decidió dejarse llevar. Al salir del museo, se metieron los cuatro en un Seat 1500 negro que estaba aparcado en la misma puerta principal de El Prado y se dirigieron a la cercana calle de Padilla, al mismo inmueble en el que había tenido lugar la última reunión en la que dieron buena cuenta del comisario Redondo. Se estremeció al pensar que ella o Julio podrían ser la siguiente víctima de los chalados del GRET. Ahora ya no le quedaba ninguna



duda. Lo que esta cuadrilla quería era el tesoro y el poder, nada de sacrificarse por España ni cosa parecida.

Entraron por el portal, pero en lugar de subir al cuartel general del GRET entraron por una portezuela que había al lado de la portería. Bajaron por las escaleras hasta un sótano cerrado por dos puertas, sin ventanas, que había sido habilitado como una especie de celda de lujo. En un rincón había una puerta que daba lugar a un gran baño, decorado con mármol y grifos dorados de estilo antiguo, con una bañera inmensa y una ducha separada de ésta. Al lado había otra habitación en la que se situaban una cama de matrimonio y un armario ropero.

La estancia principal estaba rodeada de estanterías repletas de libros de historia desde el siglo XV, pintura, estudios del cuadro de El Bosco y de toda su obra. En la pared contraria al baño y el dormitorio se encontraba la gran tabla original de *El Jardín de las Delicias* despegada y apoyada en la pared. Irene no podía creer lo que estaba viendo. Su cuadro soñado, la obra cumbre del arte según su humilde opinión, para ella solita.

La habitación contaba con los últimos sistemas de climatización y humidificación, permitiéndose así crear el ambiente óptimo para la conservación de la joya de la pintura mundial, que en su última estancia en el Palacio de El Pardo se había deteriorado bastante.

– ¿No me había dicho que íbamos a pasar por mi casa para recoger lo que pudiera necesitar? –preguntó Irene–.

– Sí, pero antes he preferido venir aquí para que te hagas una idea de dónde vas a vivir y así puedas hacer una lista con todo lo que necesitas y nosotros te lo traeremos.

– ¿Y no podría ir yo?

– Está bien. Pero por supuesto irás acompañada por nosotros.



- ¿Y sería mucho pedir el poder avisar a mi familia de que me voy de viaje o algo así? Si ven que falto mucho tiempo intentarán dar conmigo y sufrirían mucho. No veo la necesidad de que esto pase, ¿no le parece?
- ¿A quién vas a avisar? Según tengo entendido la única familia que te queda es Fernández Cuesta y él ya está al corriente de todo, como podrás suponer. Y la verdad, avisar a tu padrino no me parece lo más oportuno, pero si quieres ya le diré a tu tío que hable con él.
- ¡Si hace años que no se hablan! ¿De qué van a hablar un fundador de Falange y el presidente de Comisiones Obreras?
- Estoy seguro de que tienen más cosas en común de lo que ni tú ni ellos podáis imaginar. No todo es blanco o negro. Ni los rojos eran unos demonios ni los azules unos ángeles. O viceversa. Pero bueno, eso ahora no viene al caso. Vamos a tu apartamento y coge lo que necesites, pero tampoco te cargues demasiado, sólo lo imprescindible.
- Vale. Además necesitaría todos los libros sobre turismo, guías de viajes, etcétera, que podáis conseguir, en especial de Alemania, Francia, Luxemburgo, Holanda y Bélgica, donde más probable resulta que pudiera estar escondido el tesoro –Irene empezó a tutear a Caballero; empezaba a sentirse a gusto en su compañía. Aquella aclaración sobre Marcelino y el hecho de que supiera sobre ella más de lo que imaginaba y aun así confiara en ella le supuso un alivio más que una incertidumbre por el hecho de que hubieran investigado su vida privada. ¿Qué más sabrían? Estaba claro que tenía que andarse con pies de plomo–.
- ¿Y de qué te pueden servir?
- Quizá pueda haber alguna correlación entre lo que hay representado en la tabla y algún sitio conocido, actual o no.
- No creo que vayan por ahí los tiros; si no, supongo que lo hubieran descubierto hace



muchos años, o incluso siglos, pero no está de más estudiar todas las posibilidades. Mañana tendrás todo lo que se haya publicado sobre el tema.

– Gracias Sr. Caballero –dijo Irene volviendo a tomar distancia–.

– Llámame Ángel, por favor. Creo que vamos a tener que establecer una relación muy estrecha y deberíamos de tener confianza entre nosotros, ¿no te parece? Yo ya la he tenido contigo trayéndote hasta aquí.

– Tienes razón –Irene estaba más tranquila y ya no se sentía violenta–. Quizá podría explicarle a alguno de tus matones dónde están las cosas que podría necesitar y así puedo empezar a trabajar cuanto antes.

– ¡Esa es la Irene que yo quería ver!



12

Cuando Irene empezó a estudiar la simbología de *El jardín de las delicias*, Julio se vencía dando con sus huesos en el suelo. Una vez más. Una vez de las cada vez más frecuentes veces.

Llegó arrastrándose hasta la mesilla de noche en la que había decidido poner un nuevo terminal de teléfono, así como en la cocina y en el baño, para poder pedir ayuda en cualquier situación. Y ésta era una de esas situaciones. Llamó a Irene, pero no obtuvo respuesta. La imaginó en la sala 56a de El Prado, sentada frente al cuadro, así que decidió esperar. Era la única persona que conocía sus crisis, así que sin duda prefería recurrir a ella para intentar resolver la situación.

Las horas avanzaban de forma despótica. Irene no aparecía y Julio seguía incapaz de erguirse y se quedó dormido antes del mediodía. Cuando despertó eran más de las diez de la noche, así que a esa hora tendría que estar Irene en casa ya que no había pasado por allí y el museo ya estaría cerrado. Pero el teléfono le sacó de su error, lo cual terminó por hacerle pasar de la impaciencia a la preocupación y a renglón seguido a la alarma, lo que le hizo decidirse a cambiar de objetivo. Primero pensó en su madre, pero desechó de inmediato la idea seguro de que su ya muy debilitado corazón no lo soportaría, así que se decidió por su amigo, compañero y a la sazón, padrino de Irene.

Llamó a Marcelino Camacho a su casa y le cogió él directamente el teléfono. Al cabo de veinte minutos estaba llamando a la puerta, justo el tiempo que había tardado Julio en llegar



arrastrándose desde el dormitorio hasta la entrada de su piso; y eso que era pequeño. Cuando consiguió abrir la puerta, vio a Camacho acompañado por otra persona.

– Hola Julio –saludó Camacho mientras le ayudaban a levantarse y sentarse en una silla—. Éste es Carlos, un buen médico y mejor amigo mío. Explícale qué es lo que te pasa para ver si él puede ayudarte. Ya sé que no te gustan los médicos y menos aún los hospitales, pero así no puedes estar.

– Muchas gracias a los dos. Tienes razón Marcelino –reconoció Julio pasándose las manos por la cara—.

El médico le hizo un reconocimiento exhaustivo. Encontró multitud de síntomas típicos de diversas enfermedades neurológicas, pero no conocía ninguna que los tuviera todos.

– Consultaré con mis amigos neurólogos –dijo el doctor—, pero te aseguro que no es ninguna de las enfermedades que se estudian en la facultad. Esto se debe de tratar de alguna enfermedad neurológica degenerativa que desconozco. De momento deberás estar en reposo y acompañado por alguien; sólo no te puedes valer por ti mismo.

Al oír estas últimas palabras Julio miró hacia el suelo mientras afuera comenzaba una gran tormenta, como augurio de lo que estaba por venir.

El médico se fue pero Julio pidió a Camacho que se quedara.

– ¿Has visto a Irene estos días? –preguntó Julio—.

– Sí. Ha venido a verme esta mañana antes de irse a El Prado. Me ha contado todo.

– ¿Todo?

– Sí, Julio. Lo del GRET, lo del cuadro y lo vuestro. Estoy muy satisfecho, pero a la vez muy preocupado por lo que le pueda pasar con esa panda. No sé si lo sabías, pero Irene es



sobrina de Raimundo Fernández Cuesta.

– ¿El fundador de la Falange?

– Sí, uno de ellos. Yo hace muchos años que no hablo con él, te podrás imaginar porqué, pero estoy dispuesto a hacer de tripas corazón para intentar averiguar qué intenciones tiene el GRET con Irene.

– Hoy llevo todo el día intentando localizarla, pero no doy con ella –dijo Julio con preocupación–.

– Ya sabes que cuando se pone a ver *El jardín de las delicias* el mundo se para a su alrededor.

– Sí, pero hace horas que el museo está cerrado y no hay manera de hablar con ella. Estoy preocupado por si pudiera pasarle algo.

– Tendremos que confiar en que no. De momento te vas a venir a mi casa mientras no se aclare tu situación física –ordenó Camacho–. En casa estarás atendido y desde allí intentaremos localizar a Irene; si no podemos, hablaré con Raimundo, mal que me pese. Tiene ya ochenta años y quizá se vaya haciendo más flexible en sus posturas.

Irene había hecho poner un banco frente a la tabla original de *El jardín de las delicias* y se había sentado allí. Silenciosa, concentrada, tratando de borrar de su mente y su memoria cuanto sabía, o creía saber, del cuadro. Estaba intentando aplicar técnicas de yoga para la concentración y la meditación para lograr ver el cuadro desde un punto de vista nuevo, diferente, sin prejuicios.

Trataba de mirar el cuadro como un mapa, elaborado por un pintor neerlandés, que por fuerza debía de representar algún lugar, con toda probabilidad de las inmediaciones de lo que ahora sería Holanda, Bélgica, Luxemburgo, el noroeste de Francia o el noreste de



Alemania. Ese lugar no tenía por qué existir ahora, si acaso fuera un lugar artificial, producto del hombre, como una ciudad o un castillo, o quizá podría presentar un aspecto diferente al que tenía hacía casi cinco siglos.

Comenzó por analizar el panel izquierdo de la tabla, el que se suponía que representa el paraíso. En la parte inferior y en primer plano se encuentra Dios con Adán y Eva y en la parte central la fuente de los cuatro ríos del paraíso. A la izquierda se ve un árbol que con claridad se aprecia que es un drago, especie procedente de Canarias y a la derecha está el árbol de la ciencia del bien y del mal con una serpiente enroscada alrededor de su tronco. En las partes superior e inferior se encuentran diversas especies de animales que en realidad se pueden encontrar en partes muy diversas del mundo.

En este panel se concentró en dos características que le llamaron más la atención: el drago y la diversidad de animales. El drago es un árbol que no se criaba, al menos en aquellos años, más que en Canarias y en el oeste de Marruecos, pero es posible que fuera llevado a alguna de las posesiones de los Nassau. Del mismo modo, la diversidad de animales que allí se representaban hacía pensar en la posibilidad de una especie de parque zoológico, si no particular, al menos próximo a los territorios de la casa de Nassau.

Centrada en estas dos hipótesis, Irene comenzó a buscar en los libros que le había hecho llegar Ángel Caballero, la mayoría guías turísticas de la zona, casi todas muy profusas en fotografías, que era lo que a ella más le interesaba. Allí buscó algún parque natural o zoológico que además tuviera algún ejemplar de drago. Encontró varios zoos, pero todos eran mucho más recientes que el cuadro, así que decidió no seguir por ese camino.

Buscando en un mapa los parques que pudieran servir de pista, observó que había un punto en el que confluían cuatro ríos, en la ciudad holandesa de Arnhem, capital de la provincia de Güeldres, lo mismo que en el cuadro confluían los cuatro ríos del paraíso. Allí había un gran



parque con una pequeña población de dragos centenarios, que muy bien pudieron estar presentes cuando Hieronymus Bosch pintó *El jardín de las delicias*.

Irene le comentó a Caballero lo que había averiguado e hizo que le trajeran libros sobre la historia de Arnhem. Esto resultó un hándicap bastante importante, ya que todos los libros que pudieron encontrar con historia de la ciudad versaban acerca de la Segunda Guerra Mundial ya que allí se encontraba uno de los escenarios centrales de una operación militar de las fuerzas aliadas cuyo objetivo fue capturar una serie de puentes sobre los principales ríos de los Países Bajos, la llamada Operación Market Garden.

A Caballero la relación entre el cuadro y el parque le debió parecer una pista interesante, así que decidió hacer un viaje junto a Irene a la ciudad de Arnhem para visitar los puentes sobre los ríos y el parque al lado del Rhin en el que todavía se conservaban los dragos centenarios, además de investigar la historia de la ciudad y ver si en algún sitio había algo que les pudiera recordar a los paisajes que podrían estar representados en la tabla flamenca.

Consiguieron con rapidez unos billetes para Ámsterdam, sin preocuparse de las posibles conexiones entre ambas ciudades y partieron para la capital holandesa esa misma noche. Cuando llegaron al aeropuerto tomaron un taxi hasta el hotel Amrath, un hotel de cinco estrellas en Prins Hendrikkade, en pleno centro de la ciudad, en el corazón histórico de Ámsterdam. Al llegar, habían visto que Arnhem se encontraba a tan sólo cien kilómetros de Ámsterdam por lo que Caballero había decidido establecer allí su centro de operaciones, como a él le gustaba llamarlo. Había estado en ese lujoso hotel en varias ocasiones y le agradaba frecuentarlo. Hacía unos años que solía ir al menos una o dos veces al año de turismo sexual, como solía decir. Le encantaba ir al barrio rojo de Ámsterdam a elegir el género como el que va a la frutería o a la pescadería. No es que estuviera orgulloso de ello, pero no lo ocultaba, ni siquiera a Irene. En realidad, Ángel Caballero podía tener las ideas trasnochadas, reaccionarias y ultraconservadoras, pero no era un mentiroso ni ocultaba



nada, al menos a sus adláteres del GRET (era obvio que sus asesinatos no los iba pregonando ni informaba de ellos a la policía).

Una vez se hubieron alojado en sus respectivas habitaciones, Caballero llevó a Irene a la calle Kalverstraat, donde había un centro comercial que no cerraba hasta la media noche. Era muy caro y exclusivo, pero eso no le impidió a Ángel Caballero comprar lo que Irene necesitaba, ya que había ido a Ámsterdam con lo puesto y preveía que la estancia iba a durar unos cuantos días. Allí Irene compró algo de ropa elegante (debía mantener las apariencias ante Caballero) así como artículos de primera necesidad como ropa interior y objetos de aseo y cosmética. Cenaron en un restaurante del mismo centro comercial y fueron a dormir, sin hablar de nada más que trivialidades.

Madrugaron y decidieron coger en el mismo hotel un coche de alquiler para tener más libertad de horarios y desplazarse a donde quisieran cuando quisieran. Tuvo que conducir Irene porque Ángel Caballero no sabía manejar un vehículo de ninguna clase.

– ¿Cómo es que no sabes conducir?

– Nunca lo he necesitado, la verdad. Desde que empecé a trabajar, una vez que terminé Derecho, siempre he tenido coche oficial con chófer, que me ha llevado a todas partes, tanto en el trabajo como en mi vida privada. No tengo ni mujer ni hijos, así que nunca he tenido esa necesidad.

– ¿Y no te has sentido sin intimidad? –quiso saber Irene–.

– No creas. Siempre he tenido el mismo chofer y casi es como de mi familia. Y cuando viajo siempre voy en taxi, pero reconozco que para cosas como éstas viene bien un coche sin nadie que pueda conocer nada de lo que no debe trascender.

– ¿Por qué has confiado en mí? –preguntó Irene a bocajarro, sin apartar la vista de la



carretera—.

– Sinceramente, eres una de las pocas personas que conozco en las que se puede confiar. Sé que antes tenías unas ideas bastante contrarias a lo que defendemos: tu tío me ha contado todos los disgustos familiares a causa de ello. Pero veo que has cambiado y eres la única persona inteligente que conozco —a Irene le produjo tanta satisfacción como extrañeza la afirmación de Caballero—.

– No creo eso. En el GRET hay muchas personas inteligentes.

– Dime uno solo —retó Caballero—.

Irene pensó durante unos instantes y se dio cuenta de que tenía razón. La mayoría eran unos trepas, radicales o mediocres, pero ninguno inteligente.

– Tienes razón. Lo que me resulta más difícil es imaginar que estoy hablando con la misma persona que hace unos días le descerrajó dos tiros a un comisario de la Policía y ni siquiera pestañeó.

– Lo cortés no quita lo valiente —dijo Caballero mirándose en el espejo del parasol del coche—. ¿Y qué te pareció la actitud de los demás? Tú fuiste la única que expresó una cierta incomodidad con la situación. El resto son meros borregos que sólo están cerca de mí por si descubro el tesoro y les cae algo.

– Y tú, ¿por qué estás ahí?

– No te voy a negar que el tesoro me atrae, pero como verás no me falta el dinero ni necesito más. Yo de veras creo que lo mejor para cualquier país en general, y para España en particular, son los valores tradicionales, católicos, la disciplina, el trabajo duro y el gobierno de los más capacitados sobre los demás. ¿Y a ti qué te ha movido a integrarte con nosotros?



– Todavía soy muy joven y estoy buscando mi sitio en este mundo –en esto Irene sí era sincera–. Te agradezco tu confianza en mí y te prometo que no te defraudaré. Aunque no sienta como míos los valores que tú pregonas, te aseguro que contigo puedo llegar a abrazarlos y por supuesto no estoy aquí por el tesoro; desconocía su existencia y, con sinceridad, creo que no es más que un cuento chino. No me creo que algo así haya podido estar escondido durante cinco siglos sin que nadie haya dado con él. La fidelidad de las decenas o cientos de personas que habrán sabido de su existencia a lo largo de los siglos no va a ser más fuerte que la avaricia.

– Quizá sea así –reconoció Ángel Caballero–, pero no por eso hay que dejar de intentarlo, ¿no te parece?

Bajaron del coche en las inmediaciones del parque de Arnhem donde suponían que crecían dragos canarios o norteafricanos. En la entrada del parque había un puesto de información con una tienda donde se vendían recuerdos del parque y libros con la historia del mismo en diferentes idiomas. No en español pero sí en francés. Irene compró uno de estos últimos y preguntó por qué no los había en español. Por lo visto, allí no eran muy bien recordados ni recibidos desde los tiempos en que sus tierras pertenecían al imperio español y allí se les trataba como el culo del mundo. Agachando las orejas y sin dar más explicaciones, Irene hizo una seña a Caballero y los dos salieron de la garita y fueron a dar un paseo por el parque, buscando los famosos dragos e intentando identificar alguna parte del parque con los paisajes o personajes de los representados en el cuadro.

Pasearon durante un buen rato por un camino serpenteante, flanqueado por álamos gigantescos y zonas de césped salpicadas de grupos de adolescentes o parejas besándose. De vez en cuando se veía alguna especie de árbol que no encajaba con el resto como algún inmenso baobab o alguna acacia dispersa como si de la sabana africana se tratara.



En el libro de historia pudo leer que el parque se encontraba en los antiguos terrenos de un castillo de la casa de Nassau en un capricho de Adolfo de Nassau que en el siglo XIII hizo construir una residencia de verano con unos bosques llenos de vegetación y fauna africanos, que eran su obsesión desde un viaje que hizo de joven en una expedición comandada por su padre y a la que le obligó a ir como parte de su formación.

– Demasiado fácil –dijo Irene–. O demasiado difícil. Si de verdad está aquí, hay hectáreas y hectáreas por donde buscar.

– De momento sólo has analizado el panel izquierdo de la tabla, lo que supone una cuarta parte del tríptico abierto. ¿Por qué no seguir con esta hipótesis y presuponemos que el tesoro está aquí y analizamos el resto del cuadro?

– Quizá sea buena idea –dijo Irene observando un cartel que también estaba reproducido en la página central del libro–. La leyenda de ese cartel me suena.

– ¿Qué significa? Está en alemán, francés y flamenco, creo, y no entiendo ninguno de los idiomas.

– Dice “Él mismo lo dijo, y todo fue hecho”. ¿No te suena de nada?

– ¿Por qué me tenía que sonar? –dijo Ángel Caballero abriendo los ojos–. Parece como alguna parte de una oración o algún pasaje de la Biblia o algo así.

– ¡Seguro que andamos por la pista correcta! En el tríptico, cuando está cerrado, puede leerse lo siguiente: «Ipse dixit et facta sunt» (Él mismo lo dijo y todo fue hecho) en la izquierda e «Ipse mandavit et creata sunt» (Él mismo lo ordenó y todo fue creado) en la derecha. ¿Cómo no habíamos caído antes? ¡No habíamos pensado en el tríptico cerrado!

– Sí, pero ¿qué significa eso? –preguntó Caballero–.



– Es parte del salmo 31 de la Biblia. Aquí sólo tenemos la parte que hay escrita en el panel izquierdo una vez cerrado. Es decir, que el paraíso representa este parque. Hay que averiguar qué representa el infierno y lo que haya entre ambos nos dirá dónde está el tesoro. No estoy segura, pero al menos es una buena pista.

Siguieron paseando por el parque de Arnhem hasta la hora de comer, tratando de buscar alguna pista que les pudiera confirmar su teoría o que les indicara por dónde seguir buscando, pero no encontraron nada que les llamara la atención. Por lo menos habían disfrutado de un placentero paseo y cuando les entró hambre entraron en una brasserie muy agradable que había en el centro, en donde tomaron el típico rijsttafel de la zona acompañado de sendas jarras de cerveza.

En el postre sacaron una copia del panel derecho del cuadro para analizarlo y ver qué similitud podría tener con el paisaje que habían visto hasta el momento.

- ¿Qué son todos esos objetos que se ven en el supuesto infierno? –preguntó Caballero–.
- Son instrumentos musicales. Hasta ahora se había interpretado que El Bosco asociaba la música con el pecado, pero viéndolo desde una nueva perspectiva, quizá nos esté indicando algún lugar relacionado con la música, no necesariamente aquí en Arnhem.
- A mí me cuesta hasta mirar este panel. Me parece tenebroso, lúgubre, siniestro. Este cuadro nunca me ha gustado –dijo Caballero quitándose las gafas y frotándose los ojos–.
- Pues a mí es el que más me gusta de todos lo que he visto –dijo Irene–. Y con diferencia. Desde niña me he ido muchas veces al museo a sentarme enfrente de *El jardín de las delicias* sólo por el placer de observarlo. Podía pasar horas y horas sin moverme del sitio y sin que nada de lo que pasaba a mi alrededor tuviera la más mínima importancia. Me parece increíble la creatividad de El Bosco, no ya sólo en este cuadro, sino en toda su obra. Y si de verdad es un mapa o algo similar aun me parecería más inconcebible e increíble si cabe. En



ese caso no me extraña que nadie lo haya identificado.

– Entonces, te lo sabrás de memoria ¿no?

– Sí, pero tengo que liberarme de todas las ideas preconcebidas sobre el cuadro. Lo que sí es cierto que allí aparecen instrumentos identificables con facilidad como una gaita, un laúd, un arpa, una zanfona, una trompa y diferentes clases de flautas. La pieza principal es un hombre-árbol con una especie de plato en la cabeza sobre el que bailan seres alrededor de una gaita que se asemeja a un alambique. ¿Te dice algo todo esto?

– Así a priori no –confesó Caballero–. Lo de los diversos instrumentos podría sugerir una orquesta o un museo de la música o incluso la casa de un lutier. En cuanto a lo del hombre árbol, veo que está apoyado sobre barcas; quizá pueda indicar algún otro parque con un lago o incluso un río; podría ser que tenga relación con el panel de la izquierda y sea uno de los cuatro ríos que confluyen aquí.

– No lo había visto así.

– ¿Y qué es eso que hay a la derecha del árbol, encima del cuchillo? –preguntó Caballero quitándose las gafas y acercándose casi hasta tocar el papel con la nariz–.

– Creo que es un grupo de alimañas zampándose a un soldado con armadura.

– Sí eso ya lo he visto, pero ¿no lleva algo en su mano derecha?

– ¡Es verdad! –dijo Irene acercándose ella también–. Parece como un papel enrollado. ¿Podría ser el verdadero mapa?

– Podría ser. Me parece que esto es más complicado de lo que parece.

– ¿Y qué esperabas? Quinientos años de secreto no se iban a esfumar en un rato, ¿no crees?



– Vale, recapitulemos –dijo Irene tomando un cuaderno y un bolígrafo–. Tenemos que el panel izquierdo, el que supuestamente representa el paraíso, se podría corresponder con el parque que hemos visto esta mañana. Además en el parque hay la parte del mensaje en latín que hay en la parte posterior del panel. Tenemos que averiguar a dónde corresponde el panel derecho, un lugar en el que aparezca la segunda parte del mensaje en latín y para ello quizá podríamos basarnos en el hombre-árbol sobre un lago o un río y el papel del soldado devorado.

– Y una vez averiguado el sitio, ¿qué?

– Creo que eso está más claro. Una vez identificado el sitio, el planisferio que se representa en el tríptico cerrado será el que nos indique dónde está el tesoro. Los mensajes de “Él mismo lo dijo y todo fue hecho” y “Él mismo lo ordenó y todo fue creado” junto con el dibujo son los que deben darnos la clave, pero de momento no consigo identificar del todo los mensajes.

» Creo que el de la izquierda se refiere a la creación de este parque. Si fue Adolfo de Nassau el que lo creó, quizá también ordenara la creación de otro sitio donde nos encontremos el segundo mensaje. ¿Qué te parece si nos estudiamos la historia de la casa de Nassau, al menos hasta el siglo XVI para saber qué hicieron este individuo y sus descendientes?

Volvieron al coche y de camino entraron en una librería a comprar libros de historia local y de la nobleza de Alemania y volvieron a Ámsterdam. Eran ya más de las nueve cuando llegaron al hotel y fueron directos al restaurante a cenar antes de que cerraran. No habían tenido en cuenta los horarios europeos y cuando llegaron estaban solos en el restaurante con una carta reducida a la mínima expresión. Aun así, cenaron de forma abundante y exquisita, máxime teniendo en cuenta a lo que estaba acostumbrada Irene. “*Podría llegar a adaptarme a esta vida*” pensó mientras bebía la última copa de una botella de vino que habían pedido



para acompañar el postre a base de diferentes tipos de queso.

La mañana siguiente la dedicaron a pasear por Ámsterdam y ver el Rijksmuseum, donde pudieron admirar las obras de Rembrandt y Vermeer entre otros. Por la tarde fueron al museo Amstelkring. En la buhardilla de éste último encontraron una iglesia católica clandestina del siglo XVII que para su sorpresa tenía varios pequeños cuadros atribuidos a El Bosco. Los observaron con detenimiento por si encontraban algo que les pudiera ayudar en su búsqueda pero no vieron nada singular que les llamara la atención. Caballero se quedaba mirando sin pestañear a Irene mientras ella estudiaba con detenimiento cualquier cosa que les pudiera dar una pista. Irene era una persona que ponía todo de sí en cualquier cosa que hacía, lo que a la postre le aseguraba el éxito, aunque en esta ocasión no estaba segura de que eso fuera posible.

El día había sido agotador y tenían ganas de descansar un rato. Irene había oído hablar de unos establecimientos que se estaban poniendo de moda en Holanda y que se denominaban *coffee shops*, en los que se podía comprar y consumir hachís o marihuana de forma legal, si bien el alcohol estaba prohibido. Le propuso a Ángel Caballero hacer una visita a uno de esos cafés, para comprobar lo que se decía de ellos. A Irene le gustaba conocer bien los sitios a los que viajaba y no le bastaba con visitar los monumentos, museos, o plazas. Le gustaba callejear, mezclarse con la gente del lugar, vivir la vida que ellos vivían.

No les costó mucho encontrar uno, pues el centro estaba empezando a estar plagado de *coffee shops*. Entraron y se sentaron en una mesa rodeada de bancadas de madera cerca de una ventana de cristales cuadrados y adornada con plantas de marihuana. Encima de la mesa había dos cartas: una de cafés y tés y otra de diferentes clases de marihuana que incluso contaba con la opción de comprar cigarrillos ya liados con la hierba. Caballero pidió un té de almendra e Irene uno de canela y un cigarro ya preparado para compartir.



- ¿Tú has fumado hierba alguna vez? –preguntó Ángel Caballero–.

- Muchas veces –reconoció Irene–. Cuando estuve en París, en el 68, hubo una época que estábamos todo el día colocados. Éramos conscientes de todo lo que hacíamos pero con un optimismo que la situación en que vivíamos no parecía ayudar mucho, la verdad. Fueron buenos tiempos.

- ¿Y cómo una hippie como tú ha venido a para con nosotros? –preguntó Caballero mirándola a los ojos, con firmeza pero sin rasgo de duda y una mirada que atravesó las barreras de protección del duro corazón de Irene–.

- Ya te dije que ando buscando mi sitio en este mundo –le respondió Irene, manteniendo esa mirada y acariciándole la mano, en un gesto espontáneo–. Intento hacer algo por los demás y hasta ahora no lo he conseguido. Creo que en el GRET es posible que pueda hacer algo.

- ¿Te habrás dado cuenta de la situación real, no? Todos andan a la espera de que encontremos el tesoro y así cosechar su cacho del pastel y les importa una mierda si España va bien o mal. Desde que te he conocido he tomado una decisión. Si de verdad existe ese tesoro y lo encontramos, no vamos a decir nada y lo vamos a ocultar más si aún es posible. Yo sí creo en que hay que hacer algo por España y que hay que mantener el GRET, pero en su verdadera dimensión, en su idea original, en la de mantener unos valores que, salvo el catolicismo, no se alejan mucho de los que tú defendías en París hace nueve años. Por cierto, ¿qué tienes en contra del catolicismo?

- No es del catolicismo en concreto, sino de la religión en general. Creo que la religión es la demostración del desprecio por la humanidad en sí y de la incapacidad del hombre para alcanzar lo bueno y cumplir su esencia a través de sus propios esfuerzos.



- ¿Muy hegeliano, no?
- Así es. En esto siempre he seguido a Hegel y a sus sucesores, pero me sorprende que conozcas esa forma de pensamiento. Tenía otra idea mucho más dura e inculta de ti. ¿Cómo encaja eso con los asesinatos como el de Redondo o el de los abogados de Atocha?
- Sabía que tarde o temprano iba a surgir ese tema. No te voy a contar que soy un bendito, pues no es así. En los Servicios Secretos, como comprenderás, no se puede dudar ni un segundo y hay que tener la mano muy firme. Lo de Redondo no tuvo nada que ver con el GRET: había descubierto unos documentos secretos de nuestras actividades de hace unos años que no debían salir a la luz. No entraba en razón y no hubo más remedio que silenciarlo. Lo de los chavales de la calle Atocha fue ejecutado sin mi consentimiento, pero muchos de los que has visto sentado a la misma mesa que tú estuvieron de acuerdo en esa ejecución. ¿Qué harás si encontramos el tesoro?
- La verdad es que no me lo he planteado. Daba por hecho que iba a servir para financiar al grupo, pero si tú dices que lo dejemos estar, pues así lo haré.
- Gracias. Quiero ver qué pasa con los demás miembros del grupo cuando sepan que no hay tesoro, en especial con el juez Espinosa; es el más avaricioso de todos. Se basa en su cargo de juez para prevaricar siempre que puede y poner la mano para que le den argumentos en forma de billetes verdes.
- Entonces, si no quieres que usemos el tesoro, ¿qué hacemos aquí? –dijo Irene dando una calada al cigarro de marihuana y pasándoselo a Caballero–.
- Curiosidad. En los últimos siglos se ha intentado encontrar el tesoro y ahora que estamos tan cerca de resolver el enigma no quiero darme por vencido. Es mera curiosidad y quizá también un poquito de vanidad –los ojos la empezaron a llorar al fumar la hierba y la cabeza



se le puso a girar a toda velocidad—.

– En eso estoy de acuerdo. Es emocionante poder ser una pieza importante de la historia europea. Por cierto, ¿sabes que la canela es afrodisiaca y la marihuana es un potente desinhibidor?

– Pues lo de la canela no lo sabía —confesó Caballero—. Pues si es así pediré yo también un té de canela y otro cigarrito de éstos. Aunque la verdad es que empiezo a sentir que en vez de en un bar estamos en el Titanic la noche del 14 de abril de 1912.

– ¿El 14 de abril se hundió el Titanic? — preguntó Irene—. El mismo día que se instauró la II República.

– Nunca lo había pensado, pero la verdad es que me da igual. Ahora lo único que quiero es disfrutar contigo. ¿Quieres otro té con doble de canela?

– Si lo que pretendes es que me ponga cachonda no te hace falta que me tome nada más — dijo Irene mientras se levantaba y se sentaba al lado de Caballero y le ponía la mano en el muslo y la empezaba a subir lentamente—.

– Pues yo creo que tampoco me hace falta, pero lo probaré ya que lo he pedido —dijo Caballero encendiendo el nuevo cigarrillo de marihuana que les habían servido—.

– Vámonos al hotel —dijo Irene—.

– Preferiría esperar un poco. Si me levanto ahora, además de no saber si me podría mantener en pie, me miraría todo el mundo.

– ¿Por qué?

– ¡Compruébalo por ti misma! —dijo él señalando hacia su entrepierna—.



13

Afuera del coffee shop se tambalearon e Irene se agarró del brazo de Caballero; después de trastabillarse varias veces y andar a trompicones, consiguieron mantener el equilibrio quedándose el uno frente al otro. Caballero la besó en la mejilla y ella respondió besándole en los labios mientras le sujetaba las caras con ambas manos y subía los pies de puntillas para poder alcanzarlo. Caballero no estaba acostumbrado a que una mujer tomase ningún tipo de iniciativa pero Irene conseguía desconcertarlo.

Después de besarse se quedaron unos instantes mirando cada uno los ojos del otro, estallando poco después en unas sonoras carcajadas, fruto quizá de la desinhibición provocada por los inusitados cigarrillos de hierba.

Fueron al hotel entre risas y saltos y, una vez allí, subieron a la habitación de Caballero. Nada más cerrar la puerta Irene se abalanzó sobre él y empezó a quitarle la ropa apresuradamente, entre besos y jadeos a la vez que se quitaba la suya.

Lo tiró encima de la cama y empezó a besarle y acariciarle por todo el cuerpo, lentamente, como si el mundo se hubiera detenido para ellos y no hubiera nada más allá de las cuatro paredes de la habitación del hotel. Cuando Caballero no pudo más, se levantó y tumbó a Irene en la cama y le hizo el amor, primero suavemente y luego con una furia que ni él mismo recordaba haber tenido nunca.

– ¿Te parece que pidamos algo de comer? –preguntó Caballero hambriento, todavía sudoroso después de hacer el amor–.



– Sí por favor –dijo Irene, aun con resuello–. No sé si ha sido la hierba o el sexo pero estoy famélica –se levantó de la cama cubierta por una sábana a modo de túnica–.

Al cabo de quince minutos una camarera entró en la habitación con un carrito repleto de las más variadas delicias típicas de Holanda: rijstaffel, mejillones al vino blanco con patatas fritas, arenque marinado, tortitas pannekoeken, pastel de manzana y un buen surtido de quesos, presidido por los inevitables gouda y edam.

Pasaron el resto de la jornada y toda la noche entre la cama y la mesa con las viandas con las que reponer la energía que iban consumiendo.

Decidieron tomarse el día siguiente libre de nuevo para disfrutar de su recién estrenado idilio y su buen humor fue recompensado por un golpe de suerte en su búsqueda del tesoro de los Nassau.

Paseando por una de las calles del casco antiguo de Ámsterdam se toparon con un precioso edificio renacentista que albergaba una escuela de música así como un museo de instrumentos y que se jactaba, según rezaba la placa dorada de la entrada, de ser la escuela de música más antigua de Europa, fundada en 1490 por el compositor neerlandés Jacob Obrecht, el más famoso creador de misas de finales del siglo XV.

Al leer la inscripción de la plancha de latón, Irene y Caballero se miraron a los ojos y, sin mediar palabra, haciendo gala de su flamante complicidad, se adentraron en el antiguo recinto, cuya inmensa puerta de madera labrada daba paso a un fabuloso patio renacentista al más puro estilo italiano, con una especie de claustro de tres pisos. Por lo que después pudieron saber, el Duque Ercole I de Este de Ferrara, en Italia, había escuchado la música de Obrecht y, maravillado, le invitó a Ferrara durante seis meses en 1487 y allí se quedó sobrecogido por los edificios renacentistas que plagaban Italia y decidió que, si algún día podía fundar una escuela de música, como así fue, el edificio sería del estilo de los que tanto



le habían maravillado.

Al fondo del patio se encontraba la taquilla donde adquirieron dos entradas y un folleto explicativo con una visita guiada por el museo y la historia del edificio, tanto de la escuela de música como del posterior museo. El edificio tenía dispuestas las dos primeras plantas, una primera habilitada como museo y una segunda, cerrada al público visitante, que funcionaba como una prestigiosa escuela privada de música aunque cada vez más decadente y con menos alumnos debido a la pujante oferta del conservatorio profesional de la ciudad.

En la zona del museo pudieron pasear casi a solas, con sus manos entrelazadas, admirando los instrumentos y partituras que se alternaban en un perfecto desorden premeditado, como si el desorden fuera una tónica dominante en los estudios de música. Al lado de un fabuloso clavicémbalo italiano del siglo XV traído por Obrecht se podía encontrar un saxofón americano de 1940 donado por Charlie Parker seguido de un arpa egipcia que regaló el museo de El Cairo hacía unas pocas semanas. Lo que más abundaban eran los instrumentos renacentistas y barrocos así como las partituras originales de las composiciones de Obrecht.

Al salir de la sala principal entraron en otra más pequeña en la que encontraron algo que les paralizó de momento y les agitó sobremanera una vez que comprendieron lo que acababan de contemplar. Justo al lado de una urna con una gaita rosácea y una zanfona medieval como las que aparecían en el panel derecho de *El Jardín de las Delicias*, en el supuesto infierno, encontraron la armadura de un soldado sobre un pedestal adornado con una placa de bronce sobre la que, no sin dificultad, podía leerse una inscripción en latín extraída del bíblico salmo 31: *Ipse mandavit et creata sunt*. No podían creer lo que estaban viendo.

Irene y Caballero sonrieron y se sentaron en un banco que había enfrente de la urna contenedora de la gaita y dejaron caer los hombros y los brazos hacia abajo como quien acaba de hacer un esfuerzo colosal. Hasta pasados unos minutos no fueron capaces de



articular palabra.

– Y ¿ahora qué hacemos, Irene? –preguntó Ángel Caballero, quizá de manera retórica, sin esperar respuesta alguna–.

– Creo que tendremos que colarnos aquí cuando no haya nadie –dijo Irene sin apartar la vista de la armadura que adornaba la sala, como quien lanza un comentario sin contenido para romper un molesto silencio–.

– ¿Cómo dices? –preguntó Caballero–.

– Yo creo que está claro, ¿no? En el cuadro de Don Hyeronimus Bosch el soldado aparece con un papel o pergamino enrollado, sujetándolo con la mano. Lo lógico, si es que estamos por la senda correcta, es que en esta armadura haya escondido algún documento que nos indique cómo o por dónde hemos de seguir, ¿no te parece?

– Creo que te voy a contratar para los Servicios Secretos –dijo Caballero a modo de respuesta–. En eso creo que puedo ayudar –aseguró mientras besaba a Irene en la mejilla–. Al fin y al cabo en mi lejana juventud hice mucho trabajo de campo y no creo que un museo como éste tenga muchas medidas de seguridad.

Estuvieron sentados sin hablar y sin dejar de mirar al soldado, pensando en dónde podría estar escondido el papel y observando las diferentes piezas de las que constaba la armadura y la forma que tenían de encajar unas con otras. Debían de ser rápidos a la hora de desmontar y volver a montar la coraza y dejarlo todo como lo estaban contemplando en ese momento.

Lo que Irene no tenía claro era lo que había comentado Caballero acerca de las medidas de seguridad, pero lo que no ponía en duda era su capacidad para saltarse esas medidas. Y en eso Irene se equivocaba; sólo había sido una bravuconada del responsable del Servicio



Secreto español, que no había salido de los despachos en toda su vida. La teoría la tenía muy clara, pero de la práctica, no tenía ni la menor experiencia. Básicamente no tenía ni puta idea.

Se acercaba la hora de ir a comer. Decidieron quedarse por la zona y fueron a comer a un restaurante cercano donde la comida fue un mero trámite pasando sin dilación a dedicar toda la tarde a pensar en cómo iban a entrar en el museo. No habían observado ninguna alarma ni ninguna de esas modernas cámaras de seguridad que estaban empezado a ponerse en los edificios oficiales en España, así que debían centrarse tan solo en los vigilantes que pudiera haber. Al salir del museo habían ido observando a todos los que allí pudieran estar trabajando y el único guarda de seguridad que había en todo el centro era el que estaba en la garita de la entrada y no vieron ningún otro acceso a pesar de haber rodeado el edificio en varias ocasiones.

La mente analítica y estructurada de Irene trabajaba con mucha mayor fluidez que la de Caballero, acostumbrada a las insidias y a la letra grande pero no a pensar en los detalles nimios que nada le aportaban, ni en los Servicios Secretos ni en el GRET y ni siquiera en su propia vida burguesa y acomodada desde su nacimiento.

A las seis de la tarde cerraba el museo y a las siete terminaba la última clase del día. A las siete y media ya hacía diez minutos que no salía nadie. A las ocho se presentó Irene en la puerta como una despistada estudiante que se había dejado el instrumento. Al guarda no le dio tiempo ni a plantear la más mínima duda o queja pues perdió el conocimiento al instante tras el golpe que le había asestado Caballero en la cabeza con un adoquín que había cogido del pavimento de la calle. El método no había sido muy delicado pero sí bastante eficaz. *“¡Pues sí que usáis técnicas depuradas en el Servicio Secreto!”*, ironizó Irene.

Antes de que el vigilante recuperara la consciencia lo ataron y amordazaron con un rollo de



cinta de embalaje que había comprado y que resultó también una técnica tosca y zafia, pero no por ello menos funcional y efectiva. Metieron al vigilante en la garita de la recepción y fueron a tientas, sin encender ninguna luz, hasta la sala de la armadura.

Una vez dentro pudieron comprobar que no había grandes medidas de seguridad, pero también comprobaron que no eran más que unos simples aficionados, a pesar de la supuesta experiencia y competencia de Ángel Caballero, al comprobar que no habían caído en la cuenta de comprar ni una simple linterna. Sin embargo, ese día la suerte estaba de su lado y nada más abrir un poco una de las contraventanas de la sala entró suficiente luz, una combinación de la tenue luz que emitía una farola de la calle con la de una bellísima luna llena en el cielo, rara vez despejado por completo de Ámsterdam, que se alió con ellos.

Sin perder ni un sólo segundo se pusieron a desmontar la antigua armadura, para lo que tuvieron que andar con sumo cuidado, pues las piezas estaban sólo encajadas unas con otras, de forma que al mover la cabeza la cintura bailaba o al quitar un brazo las bisagras de las rodillas y tobillos tendían a plegarse, como si de un muñeco de trapo se tratara.

Les extrañó que aquel soldado se hubiera mantenido en pie año tras año, sobre todo tras las jornadas de visitas escolares, que seguro que las había a menudo. Ellos pensaban como españoles pero la disciplina de los holandeses en particular y de los protestantes en general quizá había permitido mantener erguido al antiguo soldado que defendió su misión, o su valiosa información, hasta de las alimañas del mismísimo infierno.

En unos pocos minutos tuvieron la armadura desmontada y buscaron pieza por pieza algún papel o inscripción que pudiera indicarles algo sobre el supuesto tesoro, pero no encontraron nada. El interior de la armadura sólo contenía moho y óxido y lo único que lograron fueron manchas en las mangas y en las manos.

Irene se sentó abatida encima del pedestal que hacía unos minutos sostenía la vieja coraza y



comenzó a leer con las yemas de los dedos la inscripción de la placa, como si de un invidente leyendo en braille se tratara.

– ¡Claro! ¡Lo lógico es que esté aquí! –exclamó Irene dando un respingo–. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Cogió su bolso y buscó algo que pudiera servir como destornillador; sacó una moneda de cincuenta pesetas y la encajo en la hendidura de uno de los tornillos que unían la placa de bronce al pedestal de piedra. Los tornillos estaban muy oxidados y tuvo que pedir ayuda a Caballero, que aún no había comprendido muy bien lo que pretendía Irene.

Al cabo de unos minutos de forzar los tornillos, éstos fueron cediendo poco a poco hasta que consiguieron sacar los cuatro, aunque la placa siguió adherida a la plataforma unida por el paso de los siglos. Con el borde de uno de los brazos de la armadura hicieron palanca hasta conseguir separar ambas partes, cayendo la placa al suelo con gran estruendo y dejando al descubierto un pequeño lienzo.

Irene lo cogió, le dio la vuelta y no pudo evitar que se le escapara un grito de alegría. Lo enrolló con cuidado, lo metió en su bolso, cogió a Caballero de la mano y salieron con rapidez de la sala.

– ¿Qué haces? –preguntó Caballero intentando frenarla tirando de su brazo–. ¡Tenemos que volver a montar la armadura! Si no, sabrán que hemos cogido el lienzo.

– ¿Quién? Si nadie más sabe que existe este lienzo, nadie lo echará en falta –dijo Irene tartamudeando–. ¡Qué más da que sepan que alguien ha estado aquí! Parecerá que han entrado unos gamberros, nada más. Y prefiero no darle más tiempo al guarda a despertarse y así no nos verá y no podrá acordarse de nuestro aspecto.

– Tienes razón, ¡vamos!



Bajaron hasta la garita para comprobar que el guarda seguía inconsciente y salieron a la calle para volver al hotel tan rápido como pudieron.

Cuando llegaron a la habitación, Caballero fue a abrazar a Irene, pero ella le apartó de un empujón y sacó el lienzo del bolso, lo desplegó sobre el escritorio que suele haber en los hoteles y encendió la lámpara de mesa para verlo mejor. No le hizo falta mucho tiempo para entender lo que habían encontrado.

Sobre el lienzo estaba pintado el mismo planisferio que había en la tabla de *El jardín de las delicias* cuando ésta estaba cerrada, con dos diferencias fundamentales: en el lienzo había una pequeña montaña o una especie de montículo, en color amarillo y que en la tabla aparecía en gris como el resto del dibujo. Esta diferencia no le dijo nada, pero la segunda resultaba mucho más esclarecedora: en donde en la tabla estaban las dos inscripciones en latín, en el lienzo había una sola palabra en letras mucho más claras y grandes:

AMERSFOORT.



14

En el sillón orejero del salón de Marcelino Camacho, Julio se encontraba cómodo pero inquieto, desasosegado. Llevaba dos días sin poder andar y eso le molestaba hasta el desánimo más absoluto, pero peor le hacía sentirse el no saber nada de Irene. No contestaba al teléfono y Camacho no la había conseguido localizar en ninguna de las múltiples ocasiones que lo había intentado yendo a su casa. En su cabeza se instalaban todo tipo de paranoias, como las de una madre cuando su hijo adolescente no vuelve a casa, que lo imagina primero fumando para terminar por verlo en el fondo de un estanque con unos zapatos de hormigón. Julio ya no podía creer que fuese Irene quien no quisiera dar señales de vida. Podría ser que estuviera enfadada con él, o incluso que no quisiera saber ya nada más de su relación, pero no podía creer que a Marcelino no le llamara ni siquiera estuviera localizable. Julio estaba seguro de que los del GRET la habían secuestrado o algo peor y esa inquietud le producía un desasosiego que le oprimía el pecho y que le impedía casi hasta respirar.

Cada poco rato Julio trataba de levantarse del sillón para intentar caminar. En alguna ocasión lo había conseguido apoyándose en los diferentes muebles del salón, que Camacho y su mujer habían dispuesto de forma que en cualquier punto de la pieza pudiera echar mano de alguno de ellos, formando un pasillo con sillones y sofás por un lado y la larga mesa de comedor y un gran aparador por el otro. No era muy cómodo para hacer la vida diaria del matrimonio, pero no habían encontrado una forma mejor de prepararle a Julio una especie de



gimnasio doméstico.

La dificultad para andar no era lo único que le impedía a Julio hacer una vida normal. Lo peor era cuando conseguía mantenerse en pie y le sobrevinía un mareo con vértigo y se iba al suelo sin que pudiera remediarlo. Tampoco le gustaba mucho el que su vista comenzara a nublarse o a ver las imágenes por duplicado, en especial cuando conseguía olvidarse de sus problemas y zambullirse en una de las muchas novelas o ensayos filosóficos o políticos que tapizaban la mayoría de las paredes de la casa de Camacho. A veces, hablando con alguno de sus anfitriones, ambos de conversación fluida y amena, las palabras no conseguían salir de su garganta o salían las palabras equivocadas; *afasia* lo llamaban los médicos.

Camacho y su mujer, cuando ocurría alguna de estas cosas trataban de no darle importancia, al menos delante de Julio, pero cada día les resultaba más difícil aparentar esa indiferencia. Por mucho que lo intentaban, la perspicacia de Julio era mucho más fuerte que las dotes del matrimonio para engañarle; de algo tenían que valerle sus años observando el comportamiento humano. Esta observación del comportamiento, que nunca había sido participante, le había permitido tener una facilidad especial para detectar la mentira, como si de un polígrafo se tratara, pero no le había dado ninguna facilidad para ocultar sus sentimientos o intenciones. Sabía perfectamente qué gestos o expresiones tenía que evitar o adoptar, pero no tenía ni aptitudes ni desenvoltura para practicarlas, y cuando lo intentaba el resultado era tan nefasto que hasta un niño era capaz de cogerle en un renuncio.

En uno de sus diálogos, en el que Julio le estaba contando a la mujer de Camacho sus impresiones acerca del resultado de las elecciones, comenzó a intercalar vocablos sin sentido y ésta no pudo menos que echarse a llorar.

– ¿Por qué lloras? –le preguntó Julio a pesar de que sabía sin ninguna duda el motivo por el que la mujer de Camacho rompió en llanto–.



– Perdóname Julio –dijo enjugándose las lágrimas–. Marcelino y yo hemos estado tratando de no preocuparte, pero ya no puedo más.

– ¿Te crees que no me había dado cuenta? –dijo Julio con una pausa después de cada palabra, haciendo un enorme esfuerzo por emplear los términos exactos que quería expresar–. Ya sé que cuando no estáis conmigo os desahogáis y os lo agradezco, pero no es necesario. Creo saber con claridad cuál es la situación y prefiero que seáis sinceros conmigo –dijo apoyando la cabeza en el respaldo del sillón orejero y cerrando los ojos–. No sé qué es exactamente lo que me pasa ni cual es el motivo, pero sé perfectamente cuáles son los síntomas que padezco y por lo que deduzco de las expresiones y comentarios del médico, de momento no hay ninguna cura para lo que me pasa. Es lógico que no haya cura para algo que ni siquiera se sabe qué hostias es. Pero de verdad te lo digo, ahora mismo mi salud es un tema secundario. Mientras no sepamos qué ha sido de Irene, yo estoy en un segundo plano. Al menos para mí mismo y os pido que para vosotros también. Os lo digo en serio; no es por hacerme el fuerte ni nada parecido. Esto va a acabar conmigo.

– Y con nosotros Julio. Marcelino ha vuelto a ir a buscar a Irene; hemos decidido que si hoy no damos con ella, iremos a hablar con su tío.

– Pero Marcelino y él no se llevan muy bien, ¿no?

– Hace muchos años que no hablan, así que fíjate hasta qué punto estamos dispuestos a averiguar qué es lo que le ha pasado a Irene. Quizá la edad haya ablandado sus posturas y no sea un mal trago, pero aunque así fuera, habrá que hacer de tripas corazón porque la situación nos está empezando a superar. Entre la desaparición de Irene y lo que sea que quiera que te esté pasando no podemos más y hay que hacer lo que sea.

En ese momento les interrumpió el timbre de la puerta, algo que Julio agradeció ya que estaba muy agotado de pensar cada una de las palabras que salían de su boca. Quién había



llamado era el médico amigo de la familia que iba todos los días a hacer un breve examen neurológico a Julio para ver la evolución que iba tomando.

Ese día el examen le hizo tomar una determinación. Una vez que pudo comprobar cómo Julio aguantaba menos tiempo de pie que el día anterior y que la progresión era muy rápida y no era capaz de dar ni un solo paso, fue al teléfono que estaba colgando en la pared de un pasillo decorado con un papel pintado granate con flores doradas.

Hizo una breve llamada y al cabo de unos veinte minutos llamó a la puerta un enfermero que portaba una silla de ruedas plegada y dos muletas. Al verlos, Julio cerró los ojos y se reclinó en el sofá, pero no pudo evitar que una lágrima resbalara por su cicatriz hasta perderse en la maraña de su barba.

En su fuero interno sabía que ese momento iba a llegar, más pronto que tarde, pues nadie conoce mejor su cuerpo que uno mismo, aunque no quería darse cuenta y ni siquiera pensar en ello, pero está claro que mirar para otro lado no es la solución de ningún problema.

No sabía si le dolía más su incapacidad o el no saber nada de Irene. Necesitaba sentir el aire en su cara, aunque fuera el tórrido viento procedente del desierto que en esos primeros días de verano de 1977 hacían de Madrid un auténtico hervidero. El ambiente encerrado entre cuatro paredes, por muchas comodidades que le estuvieran intentando proporcionar, se le hacía irrespirable hasta rayar en lo insoportable.

Cuando llegó Camacho y no le pudo dar cuentas de Irene rompió a llorar, como un niño al que le han roto su juguete favorito. Ni Camacho ni su mujer sabían cómo consolarle así que le dejaron desahogarse. Cuando se calmó un poco, le pidió a Camacho:

– Por favor, ¿puedes acusarme a la pella?

Al principio nadie entendió lo que estaba diciendo, pero al cabo de un instante Camacho se



dio cuenta de que lo que Julio quería pedirle es que quería salir a la calle, así que le ayudó a levantarse del sillón para sentarlo en la silla de ruedas. Como nadie nace sabiendo y aquella era la primera vez que iban a usar la silla de ruedas, ninguno de los dos cayó en la cuenta de que había que frenarla de forma que, según se fue a apoyar el cuerpo de Julio, la silla rodó hacia atrás y ambos se fueron al suelo, cayendo Camacho encima de Julio, quedando sus caras a escasos centímetros la una de la otra, como si de una pareja de enamorados a punto de besarse se tratara.

Se quedaron unos instantes mirándose a los ojos hasta que ambos comenzaron a reír soltando unas carcajadas nerviosas que les permitieron liberar algo de la tensión acumulada. La mujer de Camacho entró corriendo en el salón al oír el estruendo y los encontró riendo, sin fuerzas para levantarse. Cuando por fin se calmaron les ayudó a levantarse, acercó la silla, la frenó y por fin pudieron sentarle.

Por suerte, Camacho acaba de mudarse a un piso nuevo con ascensor, lo que les permitió bajar sin dificultades hasta el portal. El problema se lo encontraron para bajar las escaleras que separaban el zaguán de la acera.

Julio sujetó las ruedas mientras Camacho tiraba de la silla hacia atrás dejándola caer lentamente y así fueron salvando un escalón tras otro hasta que llegaron a la acera, todavía caliente después de haber estado recibiendo los despiadados rayos del sol durante todo el día. Por suerte el viento estaba cambiando de dirección y estaba empezando a refrescar el ambiente, aunque todavía de forma muy tímida.

Julio respiró el viciado aire del barrio de Chamberí y rompió a toser, a pesar de lo cual se sintió reconfortado como si de un tuberculoso llegando al aire fresco de un sanatorio de montaña se tratara. Fueron los primeros instantes de optimismo desde que llegara a casa de Marcelino Camacho, a su sanatorio particular.



– ¿Te apetece que vayamos a tomar una cerveza al bar de Joaquín? –le preguntó Camacho–.

– Prefiero tomar el aire –dijo Julio–.

– ¿Y si vamos a una terracita que hay en el parque de la plaza?

– Eso me parece mejor, me vendrá bien ver a la gente disfrutando de la vida, a ver si así me quito algo de esta pesadumbre que no me deja ni pensar –a pesar de todo, Julio seguía manteniendo la lucidez de antaño–.

Fueron hasta la terraza de un quiosco que ocupaba el centro de una plaza cercana a la casa de Camacho, que los vecinos gustaban de llamar parque pero que en realidad era un pequeño jardín con columpios para los niños y un pequeño bar que funcionaba sólo durante los meses de buen tiempo. Cuando llegaron, Camacho apartó una silla metálica de las que rodeaban la única mesa libre para poder acercar la silla de ruedas.

– Esto será temporal, ya lo verás –dijo Camacho dando un largo trago al helado botellín de Mahou que les había servido una guapísima camarera alegrándoles la visión–.

– Vale ya de paños calientes, Marcelino, por favor. Soy consciente de la realidad. Sé que no estoy bien, hace mucho tiempo que lo sé. No sé cómo se llama lo que me pasa, ni siquiera tu amigo médico sabe por dónde van los tiros, pero desde hace ya bastante que me van sobreviniendo estas crisis y de cada una tardo más en salir que de la anterior y cada vez que salgo lo hago peor, algo se va quedando por ahí en peores condiciones de lo que estaba – Camacho lo escuchaba en silencio, sin apartar la mirada de los ojos de Julio, brillantes por las lágrimas que se resistían a terminar de brotar–. Pero como tú bien sabes, ahora lo que más me preocupa es saber que Irene está bien. Ya me canso de repetiros lo mismo, ya sé que soy un pesado, pero es que no puedo pensar en otra cosa. Perdonadme.



- He llamado a Raimundo Fernández Cuesta y hemos quedado mañana en su casa.
- Gracias. Ya sé que esto te va a costar un sacrificio –dijo Julio–.
- No lo creas. Casi hasta me apetece. Hace muchos años que no hablamos y me interesa saber su opinión de todo lo que está pasando. Tiene ya ochenta años y estoy seguro de que habrá suavizado sus posturas. De momento se está demostrando que no somos los demonios que se pensaba que éramos y esto quizá le haya hecho reflexionar o al menos tenernos en cuenta.
- A ti también te veo más suave. ¿Ya has conseguido todo lo que querías? –preguntó Julio–.
- Esto no ha hecho más que empezar, amigo. Ahora que estamos legalizados y podemos participar en el juego con pleno derecho, tanto desde el partido como desde el sindicato, es cuando podemos empezar a trabajar con posibilidades reales de que nuestra labor obtenga sus frutos. Se está empezando a hablar de un gran pacto de Estado entre partidos, empresas y sindicatos y de momento ya se están empezando a tener en cuenta nuestras aportaciones y vamos a trabajar duro por conseguir que esto tire para delante.
- Estoy de acuerdo contigo en que queda mucho trabajo por hacer –convino Julio– y no podemos dejar pasar esta oportunidad de hacer de España un sitio mejor en el que vivir, aunque de un tiempo a esta parte me siento como si la vida fuera una fiesta a la que nadie me ha invitado.

Cuando terminaron la cerveza en la terraza de la plaza, volvieron sin prisas, dejando que Julio disfrutara de cosas que antes le parecían triviales e incluso le resultaban invisibles: los niños correteando, contentos en sus primeros días de vacaciones, los grupos de chavales discutiendo sobre qué equipo era mejor o las parejas paseando de la mano.

La conversación con Camacho, la esperanza de que al día siguiente quizá sabría algo de



Irene, el paseo al aire libre y la cervecita habían conseguido animar un poco el deshecho ánimo de Julio, aunque no habían logrado, ni mucho menos, devolver el optimismo del que había hecho gala hasta aquel fatídico día de enero que lo cambió todo.



15

A las diez en punto, ni un segundo antes ni después, tal y como Camacho recordaba que le gustaba a Raimundo Fernández Cuesta, estaban él y Julio en la puerta del lujoso piso de la calle Fortuny en el que vivía el antiguo ministro y falangista. Julio creyó recordar que era en esa calle en donde le había dicho Irene que estaba el nuevo cuartel general del GRET. “¡*Qué casualidad!*” pensó Julio.

Raimundo Fernández Cuesta fue amigo personal de José Antonio Primo de Rivera, quien lo nombró secretario general de la Falange. Al comienzo de la guerra civil de 1936, preso por orden de las autoridades republicanas, sirvió como moneda de cambio por el político republicano Justino de Azcárate después de haber pasado un año y medio en prisión. Durante el franquismo ostentó diferentes altos cargos, siendo ministro, tanto de agricultura como de justicia, así como Secretario General del Movimiento.

Hasta hacía unas pocas semanas, Fernández Cuesta había sido consejero nacional y procurador en Cortes y se había presentado a las elecciones con su nuevo partido *Alianza Nacional del 18 de Julio*, cuyo nombre dejaba claro su ideario, aunque el batacazo electoral de sus nuevas siglas fue mayúsculo, hecho que no hizo le reblar lo más mínimo y no quería parar hasta que consiguiera integrar en la coalición a *Falange Española de las JONS* y a *Comunión Tradicionalista*, hecho que logró dos años después, consiguiendo un escaño en el congreso que ocupó su amigo, el toledano ultraderechista Blas Piñar.

A los pocos segundos de haber pulsado el timbre, les abrió la puerta una doncella, vestida de



uniforme negro y cofia y delantal blancos, quien les hizo pasar a una gran sala presidida por un gran retrato de Franco flanqueado por otros dos, algo más pequeños, uno de José Antonio y el otro del propio Raimundo Fernández Cuesta.

Las paredes laterales estaban cubiertas por sendas estanterías abarrotadas de libros y la pared de enfrente de la de los retratos estaba recubierta de madera con un gran cuatrefuellas apuntado tallado en bajorrelieve. Debajo de esta talla predominaba la estancia una gran mesa de despacho, de caoba maciza encerada, cubierta por completo de documentos escritos todos ellos en papel con el membrete del partido de Fernández Cuesta o con el cuatrefuellas apuntado y frente a la cual había dos sillas de confidente, también de caoba y tapizadas en piel.

– Tan puntual como siempre, Marcelino –dijo Fernández Cuesta a modo de saludo, estrechando con firmeza la mano de Camacho, como si no llevaran tantos años sin verse–. ¿Quién es tu amigo?

– Hola Raimundo. Este es Julio, un gran amigo mío y de la familia y alguien que está muy unido a Irene.

– ¡Ay, Irene, Irene! –dijo Raimundo Fernández Cuesta mirando al techo–. ¡Cuántos quebraderos de cabeza nos ha dado, nuestra ovejita negra! La verdad es que he de reconocer que la has aleccionado bien, Marce.

– ¡Hacía años que nadie me llamaba Marce! Yo no la he aleccionado en nada, Raimundo, y tú bien lo sabes. Lo único que he hecho ha sido inculcarle el amor por el pensamiento crítico, enseñarle a pensar por sí misma y a no aceptar sin más lo que le digan los demás, por muy familia suya que sean –dijo Camacho guiñando un ojo–.

– Veo que no has cambiado. Tú siempre con el mismo discurso, tu pensamiento crítico y tus tontadas de siempre. ¿Cuándo entenderás que a las masas incultas e ineptas hay que darles



todo mascadito, sin ofrecerles la necesidad y ni siquiera la oportunidad de pensar? Así todo va mucho mejor.

– Las masas han de ser disueltas en individuos liberados de toda propaganda, adoctrinamiento o manipulación, individuos que sean capaces de comprender y conocer los hechos y evaluar las alternativas –terció Julio sin que nadie le pidiera su opinión–. Para ello hace falta educación y libertad y no como ustedes pretenden, donde el poder y la eficacia de su sistema, la total asimilación del espíritu con los hechos, del pensamiento con la conducta requerida, de las aspiraciones con la realidad, se oponen a esta libertad. Es posible aprender la creatividad, es posible aprender la cultura, pero mientras la enseñanza y el aprendizaje no trasciendan las condiciones establecidas el resultado será el enriquecimiento, el embellecimiento y el ornato de una sociedad no libre. En vez de traer ante los ojos la imagen de la libertad humana, la cultura creadora contribuirá a la absorción de esta imagen en el sistema, haciéndolo más aceptable.

– ¡Vaya! Parece que tu amigo a leído mucho a Marcuse y a Horkheimer –dijo Fernández Cuesta dirigiéndose a Camacho–.

– Sí, he leído a esos autores y a otros muchos, pero estoy de acuerdo con Marcelino en lo de pensar por uno mismo. –respondió Julio–. Y esas ideas son mías, de nadie más. No obstante, me extraña que usted conozca ni siquiera la existencia de esos dos intelectuales.

– ¿Por qué? ¿Porque no pienso como ellos? –contestó Fernández Cuesta cambiando su sonriente semblante, mirando ahora sí a los ojos de Julio–. El que no piense como tú no quiere decir que no conozca otras ideas ni que sea un analfabeto. Y he de decirte que en algunas cosas estoy de acuerdo con ellos. Analízalo. Por ejemplo, estoy de acuerdo con la crítica que hacen del hecho de que esta sociedad tiende a reducir e incluso a absorber la oposición en el campo de la política y la alta cultura, cuyo resultado es la atrofia de los



órganos mentales adecuados para comprender las contradicciones y las alternativas. Y es por eso por lo que creo que hay que dirigir a las masas; es más fácil eso que cambiar la sociedad, ¿no te parece?

– Pero así lo que estamos creando es una sociedad de borregos, todos iguales, con las mismas ideas y sin capacidad para rechistar –dijo Julio–. Ustedes tratan de neutralizar los contenidos explosivos de la cultura moderna; tratan de disminuir el alcance de los faros de la conciencia del tiempo orientada hacia el futuro, de reducir todo lo cultural que no se vea de inmediato engullido por el remolino de la dinámica de la modernización a la perspectiva de una conservadora recordación. Este tradicionalismo niega todo derecho a los puntos de vista constructivos y críticos que el universo moral lleva consigo, y priva de su fuerza subversiva y creadora a la vanguardia artística e intelectual.

– En eso estamos de acuerdo. ¿Y qué es lo que hace el socialismo planificado, o comunismo o como quieras llamarlo, de la Unión Soviética? No me negarás que es lo mismo, pero multiplicado por diez. Mira, Julio, yo comprendo vuestros planteamientos y no me parecen mal, al menos sobre el papel, en teoría. Lo que creo es que alcanzar esa sociedad es imposible. Para llegar a ella habría que pasar por una etapa en la que el poder recaería en manos que no estarían capacitadas para ello, lo cual sería un desastre.

– Pues yo creo –rebatíó Marcelino– que esas manos que tú llamas incapacitadas podrían ser idóneas para aportar originalidad y autonomía dentro de una sociedad capaz de combinar a un tiempo la innovación y el orden, el impulso individual y el derecho elaborado de forma democrática, en base a una educación que potencie aquellos impulsos humanos que sean constructivos o creativos, que aporten algo nuevo a esa sociedad.

– ¿Qué me estás diciendo, Marcelino? ¿Que entre las personas que piensan como yo no hay nadie que pueda ser creativo ni aportar soluciones a los problemas?



– Yo creo –terció Julio– que lo que pretende decir Marcelino es que aquellos que están del lado de la ley y el orden, al encontrar refrendo en la costumbre y la tendencia a mantener el statu quo, o tan sólo su imposición, no necesitan argumentar su defensa. Son los innovadores los que encuentran dificultades para que se les permita existir y trabajar.

– ¡Pero si sois vosotros, los que os autodenomináis progresistas, que se os llena la boca con eso del progreso, los primeros que no sois capaces de innovar nada, si tenéis el mismo discurso desde hace cien años!

– Yo no te estoy hablando de ideologías –respondió Julio empezando a tutearle–. Yo te estoy hablando de personas capaces de tener un pensamiento independiente, independiente de cualquier forma de gobierno y de cualquier ideología. Es un hecho probado a lo largo de la historia que cada generación cree que esta intolerancia constituye algo del pasado, si bien esa generación sólo se muestra tolerante a las innovaciones del pasado. Las de su época sufren idéntica persecución, como si nunca hubieran oído hablar del principio de tolerancia. El miedo a la incertidumbre o a lo desconocido y los intereses creados tratan de hacer frente a la aceptación de cualquier novedad. El objetivo de la educación, al contrario a lo que se ha hecho en estos últimos cuarenta años, en los que ha consistido en hacer que todos los hombres piensen igual que sus paternos dirigentes, debería ser el enseñar a que cada uno piense de aquella forma que mejor exprese su propia personalidad. Además, cuando una sociedad ve circunscritas sus posibilidades de conocimiento por razones políticas, religiosas, culturales o de otro orden, se ve perjudicada la vida de las personas que la integran.

– Pero si una cosa está bien, ¿no crees que es mejor mantenerla como está y no empezar a hacer cambios que lo único que consiguen es empeorarla todo? Ya sé lo que me vais a responder, volviéndoos a llenar la boca con progreso y libertad, pero también se ha demostrado mil veces a lo largo de la historia que esa actitud lo único que consigue son caos y desastres. Por eso tuvimos que tomar el poder hace cuarenta años y por eso sigue



existiendo el GRET, para mantener funcionando lo que funciona bien y corregir lo que estas ideas y actitudes han terminado por estropear –por fin habían logrado que Fernández Cuesta hablara del grupo–.

– Contra esos argumentos hay mil réplicas posibles. En cuanto a la toma del poder por la fuerza, que la cordura se vuelva estupidez es algo implícito en la tendencia histórica –analizó Julio–. La cordura pierde valor apenas el poder deja de obedecer a las reglas del juego y procede a la apropiación inmediata. En lo que se refiere a su grupo de reaccionarios, cuando las ideas veneradas a lo largo de siglos son mantenidas con rigidez contra la marcha de la historia, en vez de ser sometidas a la evolución y a la transformación, su contenido de verdad se volatiliza y se tornan vacuas ideologías. Nada debe ser aceptado sin reparos sólo porque exista y porque alguna vez haya tenido algún valor. Algunos de los valores que se asocian a su idea de sociedad perfecta, como la comercialización del espíritu, la insolidaridad, la santidad en los negocios o la ciencia de las relaciones humanas, son incompatibles con una verdadera sociedad libre.

– Quizá tengas algo de razón –convino Fernández Cuesta–, pero nada tampoco carece de ese valor porque haya pasado. El tiempo sólo no es criterio alguno.

– En eso estamos de acuerdo –dijo Julio–.

– Además –le cortó Fernández Cuesta– yo a título personal, y creo que mis compañeros también, las ideas que defiendo las defiendo porque creo en ellas. Yo de joven era como tú, un idealista, y me precio de tener un pensamiento crítico. No doy nada por sentado, he estudiado las diferentes corrientes de pensamiento a lo largo de la historia, las he analizado y contrastado y creo con firmeza en lo que defiendo. Si te paras a analizar mis posturas, no son tan diferentes a las tuyas. La mayor diferencia estriba en que yo pienso que un país debe estar regido por los mejores, que el pueblo no está capacitado para ello, por mucho que se le



eduque.

– ¿Y cómo piensas que se van a formar esos “mejores”, como tú los llamas? Si no se facilita esa creatividad y esa educación, nunca tendrás a nadie que aporte nuevas soluciones a los problemas o nuevas ideas para mejorar la sociedad –intervino Marcelino–. La educación progresiva que creara el clima intelectual para el surgimiento de nuevas necesidades individuales entraría en conflicto con muchos de los poderes, públicos y privados, que financian la educación hoy. Un cambio cualitativo en la educación es un cambio social cualitativo, y hay pocas posibilidades de que un cambio así sea organizado y administrado; la educación sigue siendo su requisito previo. La contradicción es una contradicción real: la sociedad existente puede ofrecer la posibilidad de una educación para una sociedad mejor, y una educación así sería una amenaza para la sociedad existente. Por tanto no podemos esperar una exigencia popular de una educación así ni el respaldo y el apoyo desde arriba.

– Sin duda –intervino Julio –, estos fines de la educación son negativos, pero la negación es la obra y el modo de aparición de lo positivo, que ha de crear primero el espacio físico e intelectual en que llegar a la vida, y exige por tanto la eliminación del material devastador y sofocante que ocupa ese espacio en la actualidad.

– ¡Bueno, está claro que volvemos al principio y no creo que hayáis venido aquí a entablar un debate de filosofía política! –gritó Fernández Cuesta–.

– Eso es cierto –dijo Julio –. Hemos venido a ver si nos puedes dar alguna pista sobre el paradero de Irene. Llevamos varios días ya sin localizarla y estoy desesperado. ¿Sabes algo de *El Jardín de las Delicias*?

– ¡Vaya! No pensaba que supierais algo sobre ese tema.

– La última vez que la vi iba al Museo del Prado –dijo Julio –, a estudiar la pintura.



– Pues yo sé poco más. Debió de encontrar alguna pista y Ángel Caballero y ella salieron de viaje para investigarla. Creo que se han ido por Holanda o Bélgica, no sé, por los antiguos territorios de Flandes, pero no os puedo decir nada más, ya no he tenido más noticias. Si queréis que os sea sincero, yo también estoy preocupado; Caballero es un tipo sin escrúpulos.

Esta noticia no le produjo ningún bien a Julio. Ahora sabía dónde estaba Irene, pero no le gustaba nada el giro que había tomado los acontecimientos. Estaba en manos de un descerebrado reaccionario que hasta el propio Raimundo Fernández Cuesta había calificado como una persona sin conciencia ni escrúpulos, de los que emplean cualquier medio a su alcance con tal de conseguir sus objetivos.

Julio no sabía a ciencia cierta cuál era el objetivo de Caballero, pero fuera cual fuese, estaba utilizando a su querida Irene para conseguirlo. Y una vez alcanzada su meta, ¿qué iba a hacer con ella? ¿La mataría como hizo con el comisario o la conservaría para usarla en otro momento? Con independencia de la respuesta a estas preguntas, el futuro de Irene estaba deviniendo poco halagüeño; ya nunca volvería a tener la libertad de la que tanto hablaba, que tanto anhelaba y de la que tanto le gustaba disfrutar. Caballero no se lo iba a permitir.

Salieron de la casa de Raimundo Fernández Cuesta. Camacho iba satisfecho por saber que a Irene no le había pasado nada y por haber hablado con quien en tiempos había considerado un amigo y con el que pudo comprobar que todavía quedaba algún poso de su vieja amistad. Camacho sonreía mientras que Julio estaba con la mirada perdida en el suelo de la calle, con esa mirada que tienen los que no esperan nada más de la vida. Había perdido su salud, su movimiento, su alegría y ahora había perdido también a Irene. Sentía como si el aire fuera cada vez más y más pesado, costándole respirar cada vez más, hasta que ya cerca de la casa de Camacho se ahogó y cayó rendido en la acera.



16

Amersfoort resultó ser una bonita ciudad a mitad de camino entre Ámsterdam y Arnhem, entre el infierno y el paraíso, en donde había nacido el pintor Piet Mondrian, en la provincia de Utrecht junto al río Eem. No les resultó difícil averiguarlo. En el mismo hall del hotel, en un expositor con guías de las principales ciudades de las cercanías de Ámsterdam, aparecía en primer lugar la de Amersfoort, que presumía de tener el conjunto medieval mejor conservado y más homogéneo de toda Holanda.

El deseo que sentían en uno por el otro se hizo más fuerte si cabe que la curiosidad y la ambición, así que prefirieron quedarse todo el día en la habitación del hotel, pidiendo comida y bebida al servicio de habitaciones y alternando el sexo con la comida y algún que otro rato de conversación. A la medianoche se dieron una ducha juntos y de echaron a dormir en la inmensa cama que presidía el centro de la habitación de Caballero.

El día siguiente madrugaron y fueron en coche hasta Amersfoort, que estaba a poco más de sesenta kilómetros desde Ámsterdam, llegando hasta el centro de la ciudad a primera hora, cuando todo el mundo se dirigía al trabajo y a sus quehaceres diarios. No tardaron en encontrar la oficina de turismo en la que entraron para coger un mapa para poder callejear a gusto.

Delimitado por dos canales concéntricos, casi circulares, estaba el casco antiguo de la ciudad, una de las más pintorescas de Holanda, en donde pudieron comprobar que lo que decía la guía del hotel era cierto: todo el centro estaba en perfecto estado de conservación y



presentaba una uniformidad poco común en las construcciones antiguas en las que las modas y las nuevas técnicas de construcción hacían de las ciudades una amalgama colorida de estilos arquitectónicos, aunque a Irene le gustaban más otras ciudades precisamente por esa variedad de peculiaridades en la edificación, que permitía observar la historia simplemente contemplando las casas de sus habitantes.

A este casco antiguo se accedía por una puerta llamada Kopelpoort flanqueada por dos torres almenadas rematadas por unos tejados en pico. Había que atravesar unas preciosas calles repletas de antiguos edificios reconvertidos en bares y restaurantes hasta llegar a la casa natal de Mondrian que como cabía esperar albergaba un museo de pintura con obras del autor. Otro de los edificios que visitaron fue el museo Flehite, cuyas obras expuestas gustaron mucho a Irene, pero que no les aportó ninguna pista, como tampoco se la habían aportado el resto de edificios que visitaron.

En el bonito casco antiguo no encontraron nada que les pudiera orientar sobre el paradero del tesoro: ninguna referencia a El Bosco, ni a los Nassau ni inscripciones en latín,... Nada de nada.

Cansados de caminar y abatidos por el fracaso de la visita, se adentraron en la comercial calle Groenmarkt y entraron en un restaurante llamado Meneer Pastoor donde tomaron las especialidades de la casa, el carpacho de ternera con queso pecorino, unas rodajas de berenjenas marinadas y a la parrilla y para terminar unas costillas de cerdo en salsa de Leffe rubia, lo que les levantó un poco el ánimo.

– Estoy despistado por completo –dijo Caballero–, no sé por dónde seguir.

– Yo estoy igual –reconoció Irene–. Hemos visitado todo el centro histórico y no he visto nada que nos dé ni la más mínima pista. Me parece que hemos llegado a un callejón sin salida. ¡Joder! ¡Con lo cerca que estamos! Tiene que haber una respuesta al enigma.



- No sé, Irene. Quizá todo sea un bulo y lo de los mensajes en latín una broma pesada o una mera coincidencia. Yo me doy por vencido, me rindo.
- ¿Y qué va a pasar con el GRET?
- No sé, habrá que seguir como hasta ahora. Siempre hemos salido adelante.
- ¿Y cuál ha sido la financiación del Grupo hasta ahora? –preguntó Irene–.
- Pues las fortunas personales de los miembros. Siempre ha habido cofrades adinerados que han dado todo de sí, incluido su dinero, para que nuestra causa prosperase. Lo malo es que ahora no tenemos a nadie. Como ya te he dicho, los miembros que ahora tiene el grupo están más por conseguir dinero que por entregarlo.
- Pues habrá que buscar a algún hermano nuevo. ¿Y qué me dices de mi tío? ¿También está ahí por dinero?
- No, en absoluto. Raimundo es uno de los pocos que de verdad creen en nuestra causa, pero está arruinado por completo. Lo poco que le quedó después de poner su fortuna a disposición del Grupo se lo ha gastado en el partido ese que ha formado para estas elecciones, aunque no creo que le sirva para nada. ¡Vaya forma de tirar su dinero!
- ¿A cuál te refieres con la forma de tirar el dinero? ¿Al GRET o a la coalición esa de la Alianza o como se llame? –preguntó irónica Irene–.
- A las dos. Lo del partido es una patraña. Si no estamos de acuerdo con esta democracia no podemos participar en ella legitimándola. Y todo lo que ha dado al GRET se ha esfumado sin haber servido para nada. Mientras estaba Franco no hacía falta y se perdió todo lo que había en fiestas, alcohol y putas y ahora que hace falta no nos queda ni una gorda. Sinceramente, creo que estamos pasando por uno de los momentos más críticos del grupo en toda su historia. Nosotros, que estábamos llamados a ser la guía de España nos vamos a



quedar como una mera secta.

– Pues entonces no podemos darnos por vencidos. Tenemos que seguir en Amersfoort para tratar de avanzar más.

– Bueno, por lo menos es un sitio precioso y merece la pena ver el conjunto arquitectónico – dijo Caballero—. Es curioso que todas las casas sean similares y estén tan bien conservadas. Parece como si hubieran sido construidas todas a la vez.

– ¡Claro! ¡Por ahí tenemos que seguir!

– ¿Por dónde? –preguntó Caballero—.

– ¿No te parece extraño que sean todas de una misma época? Como tú bien has dicho, parece que hayan sido construidas a la vez. Tenemos que averiguar de qué época son, pero me aventuraría a afirmar que son todas del siglo XVII. Si es así, no queda nada de la época en la que se escondió el tesoro. ¡Por eso no podemos encontrar nada!

– ¡Es verdad! –reconoció Caballero—. Pero si es así estamos jodidos. Cualquier pista que pudiera haber estará desaparecida o enterrada.

– Puede que sí, pero debemos indagar más sobre la historia de este sitio. Vamos a buscar alguna librería para ver si podemos comprar algún libro de la historia de Amersfoort.

Salieron del restaurante y anduvieron callejeando hasta que encontraron una gran librería en la calle Langestraat. Entraron transportándose a un mundo anterior. La librería estaba repleta de estanterías de madera vieja y el suelo crujía bajo sus pies. Preguntaron al librero, un hombre de edad indeterminada con el pelo blanco, una larga barba blanca que tapaba la mitad de la bata azul que llevaba y cuya parte superior estaba amarillenta de fumar en la pipa que llevaba entre los dientes. Le preguntaron en inglés, en francés y en español, pero el hombre les miraba con cara de extrañeza, sin decirles una sola palabra.



- Está medio sordo y sólo habla neerlandés –les dijo en español una chica de unos veinte años que apareció por una puerta que daba a la trastienda–.
- Hola –dijo Irene–. Gracias a Dios, porque no sabemos ni una palabra de neerlandés.
- ¿Qué deseáis? –dijo la chica–.
- Estamos buscando un libro de la historia de Amersfoort.
- Pues tengo varios, pero todos en neerlandés.
- ¡Vaya! –exclamó Caballero–. ¿Y dónde podríamos encontrar alguno en otro idioma?
- No creo que lo haya. Quizá en alguno de la historia de Holanda o de los antiguos territorios del Imperio Español pueda decir algo, pero sin mucho detalle. ¿Andan buscando algo en especial?
- Pues en realidad sí –dijo Irene–. Nos ha resultado muy chocante que todo el centro histórico de la ciudad sea de un estilo único y esté tan bien conservado. Parece como si hubiera sido construido todo a la vez, allá por el siglo XVII, más o menos.
- Estás en lo cierto –respondió la librera–. Pero para eso no te hace falta un libro de historia. Con que leas esta guía de la ciudad, bastante completa, que contiene un capítulo dedicado a una breve trayectoria de Amersfoort encontrarás el porqué. Y si sólo es eso, yo te puedo explicar un poco esa historia.
- Pues te lo agradeceríamos mucho –respondió Caballero–.
- Cuando la Guerra de los Ochenta años, o Guerra de Flandes, que enfrentó a las diecisiete provincias de los Países Bajos contra el Rey de España para conseguir su independencia, hubo una cruenta batalla aquí que asoló toda la ciudad. Sólo quedó en pie, aunque muy maltrecho, un castillo de la familia de Orange, aunque aquí sólo vivía un gobernador.



- ¿Y tenía algo que ver con los Nassau?
- Por supuesto. Los Orange y los Nassau son dos ramas de la misma familia. Además el gobernador del castillo estaba prometido con María de Nassau, pero falleció en el asalto.
- ¿Y qué pasó con el castillo?
- Estaba tan maltrecho que decidieron derruir lo que quedaba, Y eso fue lo mejor que pudieron hacer.
- ¿Por qué? ¿Dónde vivieron entonces?
- Entre las ruinas del castillo descubrieron una cámara que había estado oculta bajo tierra, no sabemos muy bien desde cuando ni porqué, pero el caso es que allí se encontró el mayor tesoro que sus ojos habían podido contemplar jamás. Unos dicen que era de los Nassau, otros que era fruto de los saqueos del Rey de España,... No se conoce su origen pero lo cierto es que lo usaron para reconstruir la ciudad por completo, con el resultado que habéis podido contemplar.
- Por supuesto que no quedará nada de ese tesoro, ¿no? –preguntó Caballero–.
- Pues aunque les parezca mentira sí queda todavía. Está guardado con esmero y gestionado por el Ayuntamiento y la verdad es que va rentando lo suficiente para mantener Amersfoort tan bonito como lo están ustedes contemplando. Además, somos la ciudad con más calidad de vida y más servicios para la comunidad de todo Europa; y me atrevería a decir que de todo el mundo. Y todo gracias a ese maravilloso tesoro. Sus dueños supongo que se tirarían de los pelos, como dicen ustedes los españoles, pero nadie lo ha reclamado nunca. Y esa es toda la historia.

Irene y Caballero salieron de la librería mirando al suelo. Él le fue a dar un beso a ella, pero Irene le apartó la cara de un manotazo. Caballero se la quedó mirando sin pestañear, con los



ojos como platos, intentando deducir algo de su inexpresiva mirada, y se dio cuenta de que algo había cambiado en la actitud de Irene hacia él. Le miraba con una expresión altiva, cargada de odio, como la de alguien a quien se le han adueñado de su trabajo, de su esfuerzo por conseguir algo de cuyo provecho se apropiaba el enemigo.

Fueron a recoger el coche en donde lo habían dejado aparcado, fuera del casco antiguo, y volvieron sin hablar durante todo el camino al hotel de Ámsterdam, recogieron sus equipajes y fueron al aeropuerto a esperar el primer avión para Madrid. Durante todo el trayecto Caballero intentó hablar con Irene, saber qué pensaba acerca de lo que había pasado, cuales eran sus planes a partir de ese momento, pero no fue capaz de sacar ni una sola palabra de su boca. Irene seguía con la mirada fija en el infinito y una inexpresión en el rostro como si fuera una pintura de las que hacían en la edad media de vírgenes y santos, con una cara plana, sin relieve ni expresividad.

Cuando llegaron a Madrid, Irene ni siquiera esperó a recoger el equipaje, fue directamente a la parada de taxis y se marchó sola.



17

En la habitación del hospital de La Paz, Marcelino Camacho y su mujer, por turnos, no habían dejado sólo a Julio en ningún momento. El desvanecimiento no había tenido mayores consecuencias, pero los médicos decidieron dejarlo ingresado para ver cómo evolucionaba.

La verdad es que después de haber vuelto en sí había también recuperado las fuerzas para andar. Parecía como si el desmayo hubiera puesto a cero su cuerpo, al menos de forma momentánea, lo que hacía que Julio estuviera de buen humor y con ganas de salir a la calle. Además de encontrarse mejor, su consabido odio o miedo hacia los hospitales le empujaban afuera, aunque su razón le hacía permanecer para ver si era una recuperación pasajera o le permitía albergar esperanzas de volver a tener una vida normal, en su casa de la calle Tetuán, con sus cafés en Casa Labra, su persecución de maridos infieles y el sexo con Irene, si es que la volvía a ver alguna vez. Eso era lo que le seguía apesadumbrando, pero el curso de los acontecimientos no iba a tardar en hacer cambiar la situación.

Eran las once de la mañana del quince de julio cuando apareció la mujer de Marcelino Camacho que volvía de haber pasado la noche en casa descansando mientras su marido hacía compañía a Julio. Se había ido tarde, pero algo la había despertado antes de lo previsto.

– Buenos días a los dos. ¿Qué tal habéis pasado la noche? –saludó alegremente–.



– Yo bien –respondió Julio–, pero Marcelino me parece que va a tener dolor de espalda durante unos cuantos días. Ya os dije que no era necesario que os quedarais. De verdad que estoy bien.

– Tú has venido antes de lo previsto –dijo Camacho–.

– Sí, es que me han despertado con una llamada de teléfono.

– ¿Era importante? –preguntó Camacho–.

– Pues no lo sé –dijo ella con una sonrisa en la boca–. Era una tal Irene, que acababa de llegar a Madrid. Me ha dicho que dentro de un rato vendrá por aquí, no sé muy bien para qué, la verdad.

A Julio y a Marcelino Camacho se les cambió la cara. Julio se levantó de un salto y la abrazó levantándola en el aire al tiempo que volvió a desplomarse, cayendo los dos al suelo.

A la esposa de Camacho la tuvieron que atender por una brecha en la cabeza que se hizo al golpearse con los pies de la cama, pero con unos cuantos puntos de sutura estaba todo arreglado. En cambio Julio volvió a estar como al principio. La emoción de saber de Irene quizá había provocado otro cortocircuito en su organismo que lo dejó postrado de nuevo, aunque esta vez no le había dado la menor importancia. La alegría de saber de Irene era mucho más fuerte que la decepción de su falsa recuperación. Parecía mentira cómo una noticia, una emoción, una exaltación o una turbación pueden hacer mella en nuestro organismo, tanto para bien como para mal. Quizá por eso los médicos le decían a Julio que lo primero que debía de hacer para recuperar su autonomía era quererlo, luchar por ello, dedicarse en cuerpo y alma a restablecerse y recobrar la vitalidad que le caracterizaba. Y Marcelino y su mujer no cejaban en el intento de hacer que fuera así, aunque a veces ellos mismos desfallecieran, bien en el ánimo o bien físicamente.



Cuando volvieron los Camacho una vez que hubieron curado la herida de la cabeza, se encontraron a Irene en el pasillo, mirando a la puerta de la habitación de Julio, sin atreverse a abrirla.

– ¡Hola Irene! ¡Por fin sabemos de ti! –dijo Camacho–. No sabes lo preocupados que nos tenías. No nos vuelvas a hacer esto, hija.

– Lo siento padrino, pero las cosas han sucedido muy rápido y no he tenido oportunidad de llamaros, de verdad.

– ¡No me digas que no has tenido ni un minuto sólo para decir que estabas bien! –dijo ella con el semblante duro–.

– Tenéis razón en todo lo que me podáis decir, pero cuando sepáis dónde, cómo y con quién he estado creo que me entenderéis un poco mejor.

– Pues vamos adentro y nos cuentas.

– Preferiría hacerlo en otro momento. Hasta que Julio no esté bien no quiero hablar con él de todo esto. No creo que le sentara nada bien. Por el momento le diremos que he estado en Holanda buscando el tesoro, pero nada más.

Entraron los tres juntos a la habitación, aunque en la cara de Camacho y sobre todo en la de su esposa, se reflejaba una honda preocupación por las palabras de Irene y el efecto que la verdad pudiera hacer sobre Julio. Irene sonreía, aunque sus padrinos no alcanzaban a comprender si era por la alegría de ver a Julio o era nada más que una máscara para tratar de no dañarle, una muralla contra la suspicacia de Julio, aunque dudaban de si sería capaz de engañarle precisamente a él, con el detector de mentiras que tenía en la cabeza.

Los Camacho conocían a Irene y sabían que en lo emocional siempre había sido bastante voluble, insegura, era como las moscas, que se chocan siempre con el mismo cristal. Y Julio



no cesaba de lamentarse del desastre que era su vida, sufría, se deprimía y detestaba la falsa lucidez de la madurez, pero seguía teniendo la misma sagacidad de siempre y era una persona capaz de hacer frente al sentimiento de lo absurdo; en su vida, quizá por su trabajo, no dejaba de observar la rapidez con la que la gente se mete en proyectos absurdos en nombre de sandeces como *el sentido de la vida* o *el amor*, pero desde que había conocido a Irene todo esto se había ido al garete y ahora Julio sólo pensaba en ella, era toda su vida, preferiría morir antes que perderla; había transformado el tugurio de su vida en un palacio y, cuando se ha estado en el cielo, nadie quiere volver al infierno.

Y eso era lo que se temían los Camacho que le pudiera pasar a Julio. E Irene también sabía que podría pasar y quizá por eso, de momento, sólo le iba a contar los hechos de una forma muy superficial. Quizá Irene necesitaba tiempo para aclarar sus ideas, tanto en el terreno emocional como en el ideológico. Ya no sabía qué sentía por Julio, ni por Caballero, ni siquiera sabía si de verdad le importaban en lo más mínimo sus sentimientos hacia ellos. En lo ideológico, el castillo de naipes que había construido en su mente se encontraba en el ojo de un huracán, con todos sus ideales volando en círculo alrededor de una única idea.

Los Camacho no sabían qué había pasado en su viaje a Holanda, si es que de verdad había estado allí, pero se temían que lo que demonios fuera, iba a ser como un torbellino que se llevara por delante la débil casita de paja que era en ese momento el corazón de Julio.

Al ver a Irene, Julio trató de levantarse y se fue al suelo por enésima vez en las últimas semanas. Ya estaba empezando a acostumbrarse. Al verlo, Irene se tiró al suelo y lo abrazó. Sin decir nada y durante unos segundos que a Julio le parecieron un instante mientras que, en cambio, para Irene fueron una eternidad.

Le ayudó a levantarse como pudo y lo recostó en la cama, alzándole el respaldo para poder estar enfrente el uno del otro. Una vez estuvo incorporado, la volvió a abrazar, besándola con



ternura. Ella se dejaba hacer, pero no le correspondía con ningún otro gesto. Por mucho que lo intentó, no fue capaz de escapar al ojo crítico de Julio, que sabía ver mucho más allá de unos simples gestos, y la frialdad de Irene hizo activarse el radar de Julio.

– ¿Qué te ha pasado? –preguntó Julio–.

– ¿A qué te refieres? –dijo Irene sabiendo muy bien lo que Julio quería decir–.

– No me insultes así, por favor. Puedo estar postrado en una cama pero mi cabeza sigue siendo la misma. De hecho creo que es la única parte de mi cuerpo que me pertenece –dijo Julio con la expresión dura–.

– Tienes razón, perdona –dijo Irene–. Las cosas no han salido como esperábamos, y ya sabes que al corazón no le puede la razón.

– Eso no lo decías hace unos días –dijo Julio mientras los Camacho salían por la puerta en silencio–. Algo ha pasado en ese viaje que te ha hecho cambiar de pensamiento.

– Ya había cambiado antes del viaje, después de haber estado contigo. Vi que cuando quieres a alguien, por mucho que te empeñes, es muy difícil escapar a los sentimientos. Pero a veces surge otro sentimiento mucho más fuerte que desplaza al anterior. Siento hacerte daño, Julio, pero es inútil luchar contra la realidad. Viniendo hacia el hospital iba pensando en tratar por todos los medios retomar lo nuestro en donde lo dejamos, pero las cosas han cambiado mucho y eso no lo puedo ignorar. Te sigo teniendo mucho cariño, pero nada más. Ahora en mi corazón sólo queda un pequeño rinconcito para ti. Siento ser tan dura, pero es lo que hay.

– Vete –dijo Julio batiendo todos los récords de concisión, intentando retener las lágrimas que querían aflorar a su rostro–.

– Lo siento –dijo Irene al irse, sin siquiera tratar de dar más explicaciones. Sabía que dijera



lo que dijese en ese momento no serviría de nada—. Lo siento –volvió a repetir al salir por la puerta y cruzarse en el pasillo con los Camacho, y salir corriendo, con lágrimas surcándole las mejillas—.

– Nunca la había visto llorar –dijo Marcelino viéndola marchar por el pasillo a toda prisa—.

Entraron en la habitación y encontraron a Julio tumbado, mirado hacia el techo, con la mirada vacía. Los ojos vidriosos y la inexpresividad de su cara le conferían el aspecto de un maniquí o más bien de un muñeco gigante, pero de los que nada más mirarle la cara un escalofrío recorre el cuerpo por puro terror.

Desde aquel momento Julio ya no volvió a ser Julio nunca más. El corazón se le convirtió en granito, la cicatriz de su cara jamás volvió a cambiar de forma ni de tamaño por efecto de una sonrisa o cualquier otro tipo de expresión, se convirtió en una persona sin afecto, ni piedad, ni ternura, ni dolor, ni tristeza, ni delicadeza, ni pasión. Cuando una enfermedad entra en un hogar, no sólo se agarra al cuerpo del enfermo sino que teje una oscura tela de araña en los corazones en la que sepulta la esperanza, se enrolla alrededor de nuestros proyectos y nuestra respiración y, día tras día, engulle nuestra vida. Se transfiguró en un ser pseudo-vivo que en la vida está por estar. Podía aguantar el infierno, el corazón oprimido por la rabia a medida que el sufrimiento devastaba su existencia, acabó por descomponerse en sí mismo en el tumulto del miedo y el horror que el vacío inspira.

La enfermedad le fue remitiendo y le permitió hacer una vida normal, si por normal puede entenderse una vida que no merece la pena ser vivida. El tiempo no hizo sino darle la razón cuando afirmaba que el hombre debía regirse por el entendimiento y el juicio y nunca por los sentimientos, que éstos lo único que pueden hacer es ocasionar problemas. A Julio no sólo le causaron problemas, sino que lo anestesiaron e insensibilizaron de por vida. Él siempre decía que su vida se regía por la *fenomenología*, por la ciencia de lo que aparece a la



consciencia, ya que en todo lo que hacía ponía todo su ser, se lo tomaba todo tan en serio como un niño en el juego; estaba de acuerdo con Nietzsche en que madurar es rencontrar la seriedad con que juega un niño. Pero ahora había perdido toda consciencia y la vida sólo pasaba por delante de él y ni siquiera parecía darse cuenta; había pasado a formar parte inconsciente de esa masa uniforme que antes tanto detestaba y ni siquiera se daba cuenta como para poder lamentarse o enfadarse consigo mismo.

Lo único que ahora temía de verdad era el ruido. Nadie podía comprender espontáneamente que alguien pueda tener una necesidad vital de silencio. Parecía como si quisiera aislarse del mundo que le rodeaba, que cada vez era más oscuro, más lúgubre, sin una sola razón que valiera la pena para ser vivida. Julio hacía suya la cita de Chamfort que dice que la felicidad no es cosa fácil: es muy difícil encontrarla en nosotros e imposible encontrarla en otra parte. Unos años antes, o incluso meses, pensaba que la soledad era la suerte de los espíritus superiores; ahora pensaba que era el refugio de su desdicha. Dentro de esa soledad conseguiría evitar cualquier mal, conseguiría la ausencia de dolor, aunque para ello tuviera que sacrificar cualquier mínima opción de ser feliz, pues había llegado a la conclusión de que tiene más ventura quien pasa su vida sin dolores espirituales ni físicos que aquel quien es agraciado con las mayores alegrías o placeres. Y Julio ya había experimentado el mayor dolor espiritual que podría soportar, así que se dijo que mejor era evitar la más mínima posibilidad de cualquier aflicción, pena o angustia aunque fuera a costa de la alegría de vivir.



18

Después de volver de Holanda, nadie volvió a saber nada de Ángel Caballero. Ni Irene, ni los miembros del GRET y ni siquiera sus compañeros del Servicio Secreto.

En el GRET se cernían nubes de cambio. Sin tesoro, sin líder, sin miembros en el poder, había que acometer reformas, plantear nuevos objetivos, buscar nuevos miembros con grandes fortunas, elegir un nuevo Cofrade Supremo.

Los del Grupo anduvieron buscando durante semanas alguna pista del paradero de su cabecilla, pero por sus propios medios no fueron capaces de encontrar nada. Ni siquiera los del Servicio Secreto, a instancias de Fernández Cuesta, lograron saber nada de él aunque éste, después de haber hablado con su sobrina, se temía lo peor.

Había notado un cambio radical en la forma de pensar y de actuar de Irene e incluso la había llegado a notar con actitudes incoherentes y contradictorias, no ya con la imagen que tenía de ella antes del viaje a Holanda, sino con los argumentos con los que hablaba de un mismo tema y en un mismo momento, en un mismo discurso. Era como si planteara una actitud tan excesivamente ecléctica que rayara en lo surrealista.

No obstante, lo más extraño de todo fue el cambio de actitud de Irene hacia cualquier aspecto de la vida. Parecía como si ésta, la vida, fuera un campo de batalla permanente en el que hiciera falta vencer destruyendo al adversario, reduciéndolo a la nada. Como si no



pudiera sentirse segura sin haber aplastado al otro y haber transformado su territorio en cenizas. Se había convertido en alguien para quien el mundo en el que haya sitio para el contrario es un mundo peligroso según sus nuevos criterios de guerrera reaccionaria.

Ni siquiera Caballero ni él mismo eran tan extremos en sus planteamientos. No sabía cómo una chica que hasta ese momento había basado plenamente su existencia en el pensamiento crítico, en impedir que los hombres se abandonen a aquellas ideas y formas de conducta que la sociedad en su organización actual les dictaba, en convencer a los hombres de que debían aprender a discernir entre sus acciones individuales y aquello que se lograba con ellas, entre sus existencias particulares y la vida general de la sociedad, entre sus proyectos diarios y las grandes ideas reconocidas por ellos, en descubrir la contradicción en la que estaban envueltos los hombres en cuanto, en su vida cotidiana, estaban obligados a aferrarse a ideas y conceptos aislados, se había convertido en una especie de dictadora vehemente, fanática e implacable, en un vivo ejemplo de todo lo que hasta aquel momento había detestado con mayor ímpetu y vehemencia.

Había pasado del extremo de la tolerancia más utópica a la intransigencia más radical. Parecía creerse sin lugar a ninguna duda en posesión de la verdad absoluta. Y todo pasaba por el gobierno de los mejores, por una especie de aristocracia en el sentido que tenía en la antigua Grecia, una oligarquía en el que los designios de un pueblo fueran dirigidos por los más inteligentes y sabios. ¿Y quién mejor que el GRET para llevar a cabo esta misión?

Ahora creía con firmeza en su encomienda.

El mismo día que apareció el cuerpo degollado de Ángel Caballero en la antigua tienda de fotografía del desaparecido Guillermo, por primera vez en la historia una mujer vestía una capa y un bastón con el cuatrefuellas apuntado en sendos escapularios que colgaban de dichas prendas, los símbolos de Cofrade Supremo del Grupo de Recuperación de la España



Tradicional. ¿Quiénes la conocían podían seguir durmiendo tranquilos? Quién sabe si en otra ocasión podremos saberlo.

Por la codicia humana no podemos dejar de desear y ese mismo deseo nos eleva y nos mata, nos hace levantar imperios condenados a convertirse en polvo y nos hace, día tras día, desear lo que no podemos poseer.